



T. N. HAWKE

Navidad en

Green Valley

LOS LOBOS DE GREEN VALLEY
ESPECIAL NAVIDAD



NAVIDAD EN GREEN VALLEY

T. N. HAWKE

LOS LOBOS DE GREEN VALLEY ESPECIAL NAVIDAD





ÍNDICE

[Sobre este libro.](#)

[Agradecimientos.](#)

[Historia 1: ¿Has sido bueno?: Sheila y Liam.](#)

[Historia 2: El mejor regalo: Aaron.](#)

[Historia 3: Luces de invierno: Jane.](#)

[Historia 4: La magia ha llegado: Pam.](#)

[Historia 5: Sueño de una noche de invierno: Ewan.](#)

[Historia 6: Feliz Navidad: Clara.](#)

[Historia 7: Pide un deseo: Nina.](#)

[Historia Extra: Blanca Navidad: Emma.](#)

[Sobre la autora: descubre más de sus libros.](#)



Sobre este libro

Copyright © del libro: Marta Guinart Tamarit. Primera edición a través de Amazon KDP, 2020.

Todos los derechos reservados.

Copyright © de la portada: imágenes cortesía de Pixabay. Editada y arreglada por Marta Guinart Tamarit.

Imágenes del interior cortesía de Pixabay y sus usuarios. Licencia gratuita sin necesidad de dar créditos para uso comercial.

Este libro está protegido por la Ley de Derechos de autor.

Por favor, no practiques, colabores o promociones la piratería. Respeta a la autora del libro y lee sus trabajos de manera legal, colaborando de esa manera a que ella pueda continuar escribiendo.

La piratería mata cualquier tipo de arte. Y los artistas y escritores tristemente no nos alimentamos de aire.

Si lees el libro, hazlo a través de Amazon. Es exclusivo de esa plataforma por decisión de la autora. Si lo has descargado de otro sitio, entonces se trata de una descarga ilegal. Por favor, evita estos lugares. Los autores dedicamos mucho tiempo y esfuerzo y merecemos que se respete nuestro trabajo.

A nadie le gusta que le roben.

Si estás leyendo este libro a través de Amazon: ¡muchas gracias por tu

apoyo! Espero que lo disfrutes y que te haga pasar un buen rato.

Este libro es pura ficción. Cualquier coincidencia con nombres, lugares, o hechos, es totalmente arbitraria.



Agradecimientos

Como siempre, a mi familia, mis hermanas CC, y mis lectores.

¡Feliz año nuevo!

Espero que este año sea mejor que el anterior y venga cargado de maravillosos momentos felices y sueños cumplidos.

Y que el mundo sea un hogar más amable y más lleno de bondad y honestidad.

Un abrazo.



1

¿HAS SIDO BUENO?

Sheila

—¿Tienes la carta de Samara?

—En el bolsillo de la chaqueta. —Me señala Liam con un gesto mientras conduce.

Hoy es el último día de colegio antes de las vacaciones de Navidad, y sé que mi esposo está tan feliz como resignado.

Feliz de poder pasar más tiempo con su hija, que desde que ha empezado el colegio pasa a veces más tiempo con sus nuevos y pequeños amigos que con su padre como solía hacer anteriormente, pero resignado porque no vamos a tener tanto tiempo para nosotros como antes hasta que pasen las vacaciones.

Si fuese otra época del año sería maravilloso poder volver a pasar tiempo con nuestra niña y disfrutar de cada segundo de ello. Pero mi Celo está a punto de empezar (con un mes de retraso) y ambos podemos sentirlo en la tensión de mis músculos y el sutil e invitador olor de mis hormonas.

Lo que significa que vamos a tener que ser muy cuidadosos si queremos tener sexo en casa con Samara alrededor durante el día.

Y posiblemente, dado que Samara está en una época en la que requiere mucha atención, ello signifique un montón de frustración sexual para ambos

Liam adora a Samara hasta el punto de que a veces se pone un poco celoso de los amigos de su hija, y ello siempre me hace tanta gracia y me parece tan adorable que no puedo evitar querer besar el mohín que hace este feroz Lobo Alfa cada vez que su pequeña hija habla de lo mucho que le gusta su nuevo amigo de turno del cole.

Vamos rumbo al centro a buscar en las tiendas de juguetes aprovechando que Liam no tiene que acudir al Consejo y que yo no he quedado con mis amigas y que Samara todavía estará unas horas más en el cole, y tenemos ambos la esperanza de que este año las cosas que nuestra adorada hija ha pedido sean razonables.

Y reales.

La última vez pidió un unicornio real que vomitase arcoíris que al parecer había visto en una serie de dibujos animados. Y una motocicleta rosa voladora.

Y evidentemente nos fue imposible encontrar algo así, para total frustración de Liam, que adora darle a su hija todo lo que pide hasta el punto de que a veces tengo que pararle los pies o la mimaría hasta volverla una malcriada.

Mi gran Lobo feroz tiene un corazón dulce y maleable cuando se trata de su hija. O de mí.

Y Samara está empezando a entender que eso significa que le puede pedir a su padre cualquier cosa y que éste se desvivirá por conseguirlo, para mi total exasperación.

Mi hija es inteligente y perceptiva y conoce bien a su padre.

—¿Qué ha pedido este año? —Pregunto sacando la lista del bolsillo del abrigo de Liam.

Samara, que está aprendiendo a escribir cada vez mejor, insistió en hacerla ella sola anoche, así que no he podido echarle un vistazo hasta ahora.

—Un billete para el tren de Hogwarts y su carta de la escuela de magia.... Entre otras cosas. — Me dice Liam mientras yo abro la carta llena de dibujos de princesas, Lobos con lacitos rosas en el cuello, y lo que creo que es un dragón en uno de los márgenes.

O quizá podría ser un búho deforme.

—¿Algo razonable que podamos realmente conseguirle? —Pregunto echando un vistazo a la carta de Papá Noel de mi pequeña.

La letra es grande y cada frase está escrita con un color diferente, y está tan llena de faltas de ortografía que es casi ilegible.

Se nota que ha puesto mucho esfuerzo y el pecho se me llena de esa sensación de amor infinito y calidez que es tan familiar cuando pienso en mi pequeña cantando mientras pintaba y escribía su carta como hizo anoche.

Samara es un milagro de la vida. Y la amo tanto que a veces me cuesta creérmelo a pesar de que sé que esta ahora es mi realidad y que nadie me la va a arrebatar nunca.

Que todos esos sueños de tener una familia y un esposo que me amara se han hecho reales.

Pienso en mis padres y agradezco en silencio la felicidad que he logrado junto a Liam. Todavía pienso en ellos de vez en cuando aunque haya logrado dejarlos ir en paz.

Y todavía siento que me bendicen y me protegen desde el Más Allá.

Cómo no iba a creerlo con la maravillosa realidad en la que se ha convertido mi vida día tras día.

Ya ni siquiera recuerdo aquellos días en los que despertarme cada mañana era un infierno lleno de ansiedad y preocupación.

Siento que esa es otra Sheila. Otra vida.

Y no me entristece haberla dejado atrás.

—También quiere un unicornio. Otra vez. —Suspiro descifrando la carta sin poder evitar una sonrisa.

Mi niña es tan cabezota como su madre.

Las Navidades pasadas logramos que se contentara montando a caballo con su padre en unas clases de hípica en la granja de un amigo de Liam.

Mi Lobo incluso le había puesto un cuerno falso a uno de los caballos para que Samara fuese feliz.

Yo había hecho tantas fotos que había gastado la batería de la cámara. Y no había dejado de reírme al ver a Liam vestido de príncipe azul y a mi Samara de Cenicienta montando en un caballo disfrazado de unicornio.

Y los hermanos de mi marido, que se habían presentado en la granja «de casualidad» después de que uno de los trabajadores, amigo de los gemelos, les enviara una foto por WhatsApp de lo que estaba ocurriendo, tampoco.

Pero no sé qué vamos a hacer este año. No sé si lo del falso unicornio funcionará de nuevo.

Mi niña se está haciendo mayor.

La lista incluye, como suele hacer Samara, varias posibilidades e ideas de regalos: el unicornio, la carta y el billete de tren a Hogwarts, un dragón rosa volador con cuernos (y esto me cuesta especialmente descifrarlo) de cristal, y, lo más extraño de todo: un elfo de Papá Noel vestido de pirata.

Samara tiene una imaginación desbordante.

Liam me pone una mano en el muslo y me sonrío de medio lado con su sempiterna satisfacción masculina al ver mi reacción a un toque tan simple.

Pero mi Lobo siempre logra hacer arder las llamas de mi deseo sin importar la situación. Me basta con mirarlo.

A veces tengo que detenerme para no empezar a babear.

Sin importar los años que hayamos pasado estando Emparejados, sé que Liam siempre tendrá esa reacción en mí.

Y yo en él.

—Estamos llegando. —Me dice metiéndose en el aparcamiento público subterráneo construido bajo la plaza del centro de la ciudad.

Yo me muerdo la lengua y contengo las ganas de sentarme a horcajadas sobre el regazo de mi marido aquí mismo en el coche y convencerlo para hacer el amor en el garaje, pero la idea no se me va de la cabeza.

Tal vez más tarde.

No sería la primera vez que usamos en Jeep para algo más que para conducir, para horror de Ewan, que desde que nos descubrió un día teniendo sexo en el interior del vehículo en el garaje de la casa principal se niega a tocarlo y actúa como si estuviese infectado.

A Liam le había cabreado la reacción de su hermano menor. A mí me había parecido hilarante una vez se me había pasado la vergüenza de ser pillada *in fraganti* en mitad del acto.

A veces los Wolf pueden ser tan dramáticos.

—No vamos a encontrar nada para ella en estas tiendas. —Suspiro mientras me pongo el abrigo tras bajar del coche.

Lo que Samara pide rara vez se puede comprar en una tienda.

—Ya se nos ocurrirá algo. Y ya que estamos aquí podemos mirar el regalo de Sonya y Kate y algo para el resto de la familia.

Asiento y nos cogemos de la mano al salir del garaje.

Las calles de Green Valley están llenas a rebosar de gente.

Tanto ciudadanos del lugar, la mayoría de los cuales nos reconocen y saludan al pasar (tanto Cambiantes como humanos), como turistas que vienen a pasar las Navidades en el encantador valle de cuento de hadas y a disfrutar de su belleza, su gastronomía, y su afamada seguridad.

Los escaparates de las tiendas, tanto las multinacionales como los pequeños comercios, se superan unas a otras con los adornos y las luces de Navidad; y la música navideña resuena en cada esquina.

Liam lo encuentra agobiante si pasa aquí más de una hora, pero yo lo adoro. Siempre lo he adorado, desde que era niña y caminaba con mis padres por las calles de las diferentes ciudades a las que nos íbamos mudando conforme el precario trabajo de turno de mamá terminaba y debía buscar uno nuevo.

Casi nunca comprábamos nada ya que no solíamos tener dinero para ello, pero ver las luces y los escaparates siempre fue una de nuestras tradiciones.

Los recuerdos de mi infancia son a la vez dulces y amargos.

—¿Qué es lo que han pedido Sonya y Kate? —Pregunto cuando nos detenemos frente a una librería para recoger unos libros para Sorren y Jane de la larga lista que ambos mandaron hace unas semanas como ideas de regalos, después de que sus sobrinos insistieran hasta que ellos cedieron a sus demandas.

—Al parecer quieren hacer un viaje a París junto a su amiga Reno cuando acaben las fiestas,

cosa de la que Pam y Duncan se encargan.

—¿Y a nosotros?

—Una guía de París y una agenda de este año nuevo para Sonya, y un videojuego cuyo nombre tengo apuntado en el móvil para Kate.

—Eso será fácil.

—Mmmm. —Asiente Liam. —Nuestra hija, en cambio....

—Lo sé. Habrá que pensar en qué podemos.... ¡Liam, mira! —Me detengo junto a la zona interior del escaparate de la librería y mi esposo alza la cabeza de la pila de libros en la que está buscando los títulos de los que han pedido sus tíos.

Junto a mí, hay un cartel inmenso en el que se puede leer en letras grandes y brillantes:

«Exposición del Mundo Mágico.»

Solo esta Navidad en el Museo de las Artes de Green Valley.»

—Es perfecto. —Sonrío. —A Samara le encantará, y tal vez solucione nuestro problema.

Liam besa mi sien.

—Mi genia. Será mejor que miremos en Internet si quedan entradas.

—Yo me encargo. —Digo sacando el móvil. —Tú coge lo de Sorren y Sonya y luego vamos a por lo de Kate.

¿Cuáles son las posibilidades de que solo queden tres entradas para el evento? Al parecer, el Destino nos sonríe una vez más, pienso mirando el resguardo de mi reserva para la exposición, que solo me ha llevado unos minutos hacer.

Mi hija va a estar por las nubes.

Una hora y algo más tarde, estamos de nuevo en el coche rumbo a casa tranquilos por haber conseguido todo lo necesario a tiempo.

Muchos de mis cuñados rara vez compran regalos, ya que muchos de ellos prefieren, si es que regalan algo en estas fechas, dar algo que han creado con sus propias manos.

O al menos no compran cosas excesivas.

Como en el caso de Ewan, que el año pasado le talló un unicornio-dragón a Samara en madera y lo pintó para que fuese lo más realista posible.

Pero Liam y yo preferimos hacer cosas más sencillas y rápidas, y además a mí me encanta ir de compras. Especialmente si es con él a mi lado.

La noche de Navidad llega más deprisa de lo esperado.

De un día para otro, pasamos de ir haciendo preparativos a estar sentados alrededor de la mesa comiendo y hablando de todo y nada en general con la familia al completo.

Los pequeños mellizos de Clara, que hace algo más de un par de meses que dio a luz, y los gemelos son preciosos y Samara no se aparta de su lado, y son los primeros en ser agasajados con presentes a pesar de que se pasan la cena dormidos.

La mayoría de paquetes son cosas útiles, como ropas y zapatos y un par de cunas talladas a mano en el caso de Ewan como la que le hizo a Samara cuando nació y que emociona mucho a sus hermanos.

Luego llega el turno de mi hija.

—¡Voy a ser una bruja! —Grita desbocada dando saltos cuando su padre le entrega el sobre con las entradas en forma de pasaje para el famoso tren rojo de la escuela de magia que ha impreso aquí en casa.

Samara no deja de dar botes, y el vídeo que Aaron graba entre risas siguiendo a su excitada

sobrino corriendo por todo el salón será, como el de ella y su padre sobre el unicornio (que ya se ha visto al menos cuatro veces en este día), un clásico Navidad tras Navidad.

Cuando llega la noche y la familia se despide y nos quedamos solos de nuevo en casa, Samara está tan agotada que duerme como un ángel en su habitación, y Liam se queda recogiendo mientras yo me retiro al dormitorio tras haberle ayudado durante un rato.

Rápidamente y sabiendo que tengo solo unos minutos antes de que mi esposo acabe, me desnudo, voy corriendo al baño anexo, me retoco el maquillaje y pinto los labios de rojo, me arreglo el pelo de nuevo, y me embuto en el disfraz que las chicas y yo hemos estado diseñando desde que se nos ocurrió (y sé que ellas estarán buscando el momento de ponerse los suyos. Nos lo hemos pasado en grande planteándolo todo y llevando nuestros diseños a Henrietta, la amiga de Nina que es costurera profesional y que no ha dejado de reírse desde que le planteamos lo que queríamos cada una).

El disfraz es sencillo: unas medias negras de rejilla hasta los muslos, botines rojos con la parte superior en blanco, y un vestido con un escote indecente, rojo y apegado a cada curva de mi cuerpo y adornado con pelaje falso de borrego blanco en los bordes. Todo ello con un antifaz rojo y negro que me ajusto sobre la nariz y una fusta de cuero en la mano.

Como una Mamá Noel pero en versión actriz porno.

Me dan ganas de reírme al ver mi imagen en el espejo de cuerpo entero del vestidor.

Liam se va a llevar una buena sorpresa.

—Cariño, ¿has....

Mi Lobo aparece por la puerta justo a tiempo y se me queda mirando con la boca abierta de tal modo que parece que se le haya desencajado la mandíbula.

—¿Ha sido usted un Lobo bueno o malo, Señor Wolf? —Pregunto intentando aguantarme la risa y poniendo mi mejor voz seductora.

—...¿Bueno? —Alzo una ceja cuando él tartamudea. —...¿Malo?

Me relamo los labios y casi hago una mueca cuando la lengua se me llena de pintalabios. La mirada de Liam, cada vez más caliente, se queda fija en mi boca.

—He sido *muy* malo, señora Wolf. —Dice mi Lobo con la voz enronquecida, cada vez más seguro de sí mismo y con una lenta sonrisa depredadora extendiéndose por su apuesto rostro. — Merezco un buen castigo. Uno muy severo.

Liam empieza a quitarse el suéter y a mí la visión de sus músculos me desconcentra (eso, y que puede que me haya bebido un par de copas de más) tanto que casi me olvido de mis planes originales.

—¡Alto! —Le grito con autoridad. —No se desvestirá usted hasta que se le ordene hacerlo, Señor Wolf.

Liam baja las manos, obediente e interesado por mi juego y evidentemente excitado, y me sonrío seductoramente.

—Mis disculpas. —Ronronea.

Me aclaro la garganta y me agunto la risotada que amenaza por salir de mi garganta.

Esa parte algo perversa de mí se pregunta si puedo hacer que mi Lobo pierda el control como aquél primer día de nuestro Emparejamiento.

Probablemente sí.

Lo interesante será saber cuánto puede contenerse antes de intentar dominarme.

El sexo con Liam es increíble e intenso, pero mi Lobo es un dominante por naturaleza, y esta noche, en cambio, quiero ser yo la que lo domine a él. Al menos durante un rato.

Recordarle, a él y a mí misma, que yo también soy una Loba Alfa.

—Quítate los zapatos y los calcetines.

Liam obedece sin rechistar y sin dejar de pasear sus ojos por mi cuerpo, con el bulto de sus vaqueros cada vez más pronunciado, y yo descubro que me encanta darle órdenes a mi marido y que él las acate.

Especialmente órdenes como estas.

Arrugo los dedos de los pies en mis botas de tacón de quince centímetros de la excitación que me recorre cuando pienso en todas las cosas que quiero hacerle a este hombre.

No tan diferentes de todas las cosas que él me hace a mí de manera habitual.

Mi Lobo se eleva en toda su considerable estatura y me mira alzando una ceja con picardía en los ojos.

—¿Quieres que me quite algo más?

—Silencio. —Ordeno.

Salgo del vestidor y camino hacia él, dando una vuelta a su alrededor y observando cada centímetro de su bien proporcionado y musculoso cuerpo.

Mierda. No sé si voy a poder contenerme.

Entre el Celo y lo bueno que está mi Emparejado mis bragas, que no son nada más que unos delgados hilos de encaje a los que no se les puede llamar como tal, están empapadas y no dejo de pensar en lo mucho que deseo sentirlo en mi interior, embistiendo de manera desenfrenada hasta hacerme gritar del éxtasis como a él le gusta.

—El suéter. Quítatelo. Despacio. —Trago saliva cuando él levanta la prenda y va poco a poco revelando sus tonificados abdominales y sus pectorales ligeramente salpicados de vello oscuro.

Cuando está desnudo de cintura para arriba, acaricio los valles y planos de su pecho y su vientre con la punta de la fusta, fascinada por su masculina belleza.

Y satisfecha de que me pertenezca solo a mí.

Liam me mira con los párpados caídos y las pupilas dilatadas, y su vista se desvía una y otra vez hacia mis pechos. He ganado algunos kilos desde que me quedé embarazada de Samara que no se fueron tras el parto, y a él le encanta mi figura llena de curvas suaves.

A pesar de que pasar tiempo en forma de Loba tiende a tonificar los músculos y a quemar grasa y energía, mi amor por la buena comida, que antes no era capaz de permitirme, solo se ha visto acentuada por ello.

—Ahora los pantalones. Con lentitud. —Le digo conteniendo el aliento cuando los desabrocha y los baja por sus muslos hasta quitárselos y lanzarlos a un lado de la habitación.

No lleva nada debajo.

Propio de él. A mi Lobo no le gusta llevar ropa interior.

Me tintinean las puntas de los dedos con deseo de tocar su glorioso cuerpo desnudo. Su pene erguido y sus músculos tensos y marcados.

Está haciendo un esfuerzo considerable por contenerse, y ello me complace. No quiero estropear el momento siendo impulsiva y cediéndole el control.

No hasta que me quede satisfecha con mi juego.

—Quédate quieto. No muevas ni un músculo. —Liam abre la boca para hablar y yo lo corto. —Ni un solo sonido coherente, Señor Wolf. No hablará hasta que yo le dé permiso para ello.

Me relamo los labios y lo miro de arriba abajo, ignorando su sonrisilla divertida y centrándome en mis propias fantasías.

A Liam le gusta dar y rara vez recibir, pero esta vez va a ser diferente.

Dando la vuelta hasta estar frente a él, lo miro a los ojos de manera sugestiva sonriendo cuando él tiene que apretar los puños para intentar no agarrarme y lanzarme a la cama como normalmente habría hecho a estas alturas.

Respirando pesadamente, paso la punta de la fusta por su piel de nuevo, trazando un camino descendente desde sus pectorales hasta rozar la base de su erección, y tengo la satisfacción de escucharlo emitir un gruñido ronco y bajo lleno de promesas oscuras.

Liam está perdiendo la paciencia.

Mi pasional Lobo feroz prefiere participar a mirar.

Lentamente, me dejo caer de rodillas frente a él hasta estar a la altura de su considerable erección y alzo la mirada por entre mis pestañas para ver que se ha quedado totalmente inmóvil y que está clavándose las uñas en las palmas de las manos, seguramente obligándose a no cogerme del pelo y ordenarme que abra la boca para él como le pido que haga a veces.

Me tomo mi tiempo con su excitación.

La acaricio primero con la fusta, haciéndolo temblar con un escalofrío y soltar otro gruñido bajo y grave de advertencia y, luego, soltando una risa que no puedo contener y sabiendo que mi impaciente Lobo está en su límite, agarro la base de su pene con mi mano libre y acaricio la abertura de la punta con la lengua haciéndolo gemir.

Repito el gesto una y otra vez hasta que él enreda una de sus manos en mi pelo, y entonces me alejo.

—La mano fuera, Señor Wolf.

Liam me mira con frustración en los ojos pero obedece respirando de manera agitada y vuelve a colocar su mano al lado de su muslo, cerrándola en un puño tenso.

Y yo, una vez satisfecha de que no va a moverse por ahora, renuevo mis atenciones sobre su miembro.

Lo agarro de la base otra vez y meto la cabeza de su erección en mi boca, presionando la lengua contra la misma, y lo escucho gemir de placer y frustración.

Contenta de que no me haya interrumpido esta vez, voy introduciendo poco a poco su longitud en mi húmeda cavidad hasta que ya no puedo más. Mi Emparejado es demasiado grande como para caber enteramente en mi boca, aunque sé que a él no le importa mucho que no sea capaz de ello.

Prefiere tener su propia boca sobre mí y no al revés.

Bombeo su erección con una mano mientras la chupo y Liam tiembla y gruñe y gime pero permanece obedientemente todo lo quieto que puede estar y con sus manos cerradas en puños a cada lado de su cuerpo.

Una vez noto que la base de su miembro está inflamándose y que pronto va a alcanzar la cima, me aparto unos segundos para coger aire y luego acelero el ritmo.

—Sheila. —Me advierte mi Lobo.

Sé que quiere derramarse en mi interior, y también que no habrá cosa que disfrute más yo misma, pero ahora quiero probar algo diferente.

Determinada a obtener lo que quiero de mi dominante Emparejado, no me detengo hasta que su semilla, abundante y caliente, sale de él en oleadas, llenando mi boca y goteando por mi barbilla y, una vez me aparto para respirar cuando ya no puedo tragar más, por mis mejillas, mi cuello y mi escote.

Liam ruge y pierde el control, enredando una de sus manos en mi cabello y obligándome a levantarme del suelo, y conquista mi boca en un beso ardiente y exigente que me hace perder el

sentido del aquí y ahora durante unos instantes.

Vuelvo en mí cuando me doy cuenta de que me está empujando hacia la cama y de que una de sus manos está intentando alzar el borde de mi vestido sobre mis caderas.

—¡Espera! —Exclamo falta de aliento.

Mi Lobo se detiene y me mira con tanto fuego y posesividad en los ojos que apenas soy capaz de hilar dos pensamientos juntos por el calor que me produce esa mirada.

—Tengo planes....

—Sheila. —Gruñe él, tenso y con los ojos dorados y brillantes.

Sé que está conteniendo a su bestia interior para que esta no tome el control y ello me llena de tal excitación que mi Loba aúlla de deseo por ser poseída.

—Se supone que iba a... —Me ruborizo de solo pensarlo.

Lo que, considerando lo que acabo de hacer (y todo aquello que hago con este hombre continuamente, que me ha visto en todas las posturas humanamente posibles y en las que no también), es ridículo, pero no puedo evitarlo.

—¿Que ibas a qué? —Pregunta Liam, impaciente.

—A sentarme en tu cara. —Digo reuniendo todo el coraje que tengo, que no es poco.

Liam me mira y entonces emite un ronroneo que conozco bien y que hace que mi vientre se derrita de calor y de deseo, y se pasa la lengua por los labios con expresión de interés.

—Como deseas. —Dice con los dorados ojos tan brillantes que parecen estar hechos de puro fuego.

Con evidente esfuerzo, se separa de mí y se tiende en la cama. Su pene está empezando a erguirse de nuevo pero, dado el aguante que tiene mi Lobo Alfa y el hecho de que yo esté entrando en Celo, ello no me sorprende en lo más mínimo.

Mordiéndome los labios y tragándome un gemido de deseo, me subo a la cama y trepo por el cuerpo de mi marido hasta que mi centro, al que las ridículas tiras de encaje no protegen de la vista en absoluto, está justo encima de su barbilla.

Mis muslos arden por sostener mi peso, pero no quiero dejarme caer y hacerle daño. Liam alza las manos y las coloca bajo éstos, sosteniéndome sin esfuerzo alguno, y a mí su casual demostración de fuerza, como es habitual cuando lo hace, me pone todavía más cachonda.

Me agarro al cabecero de la cama y me dejo caer lentamente sobre el rostro de mi amado conteniendo el aliento.

Y casi pierdo el sentido cuando siento su experta lengua, que conoce cada milímetro de mí íntimamente de todas las veces que mi Lobo me ha devorado hasta que he gritado por piedad, lame mi clítoris y presiona su húmeda longitud en el punto exacto que sabe que me hace temblar de gozo.

Me muevo lentamente al principio pero, una vez estoy más segura de mí misma o quizá más perdida en el placer, pierdo la noción de nuevo y solo soy capaz de pensar y sentir el placer que la boca de mi Lobo me provoca.

Cabalgo su rostro emitiendo quedos gemidos entrecortados que se convierten en un grito de éxtasis cuando el placer se eleva hasta hacerme estallar y recorre mi cuerpo por entero hasta llegar a los dedos de mis pies.

Liam me sostiene mientras yo recupero el dominio de mí misma y soy capaz de moverme de nuevo, y lame cada gota que sale de mí con hambre y con sus ojos ardiendo como soles gemelos sin perderme de vista ni un solo segundo.

—Magnífica. Tan sublime. —Ronronea lamiendo uno de mis temblorosos muslos. —Y toda

mía.

Me dejo caer a un lado de la cama, incapaz de sostener mi propio peso, y Liam posiciona mi cuerpo hasta que estoy tendida de espaldas con él sobre mí.

—¿Algo más que desees probar esta noche, Compañera? —Me pregunta con una sonrisa satisfecha y muy masculina.

—Déjame embarazada. —Le ordeno. —Quiero otro cachorro tuyo.

Los ojos de Liam se oscurecen y él pierde todo rastro de diversión y esta vez es mi turno de sonreír satisfecha.

Sé muy bien cómo le afectan esas palabras. Lo que le hacen.

Mi Lobo suelta un gruñido que es más bestia que humano y me arrastra sobre la cama hasta que mis piernas están abiertas y mi centro está expuesto para él, y entonces agarra su miembro erecto y goteante con una de sus manos y me penetra de una estocada, firme y dura.

Yo me arqueo y gimo mientras él enviste sin darme tiempo a respirar y jadeo y grito cuando él acelera sus embestidas con un rugido posesivo y hunde su cara entre mis pechos, mordiendo y lamiendo los sensibles montes hasta que ya no puedo más y llego al éxtasis una vez más.

Pero mi feroz Alfa no se detiene. Me cabalga mientras yo tiemblo y me estremezco de placer hasta que él mismo se derrama en mi interior con un rugido y nos deja unidos cuando su nudo se hincha.

Abrazo a mi Emparejado y me concentro en controlar mi respiración agitada hasta que vuelve a la normalidad.

—¿He sido un Lobo bueno? —Ronronea mi esposo alzándose sobre sus brazos para mirarme a la cara, que está todavía manchada con su semilla.

Sus ojos han vuelto a su gris-plateado normal y hay diversión en ellos. Está claro que ha disfrutado de lo lindo con mi juego.

—Definitivamente no. Seguro que estás en la lista de los Traviesos de Papá Noel.

Liam suelta una carcajada.

—Creo que prefiero no serlo. —Dice inclinándose para besarme. —Así puedes seguir castigándome todas las veces que haga falta.

—Dalo por sentado. —Prometo entre risas devolviéndole los besos. —Aunque estoy pensando en Caperucita Roja para la próxima vez.

—¿Y puedo ser yo el Lobo Feroz o me va a tocar llevar una capa roja?

Finjo pensármelo.

—Dependerá de cómo te portes.

Liam entrecierra los ojos y se inclina a besarme de nuevo con uno de esos besos que hacen que no sea capaz de pensar en nada que no sea él.

—Me temo que la respuesta es *mal*. —Dice con voz ronca puntuando sus palabras con un movimiento de sus caderas. Vuelve a estar duro y su nudo ni siquiera se ha deshinchado todavía.

—Muy mal. —Me muerde los labios mientras empieza a moverse una vez su inflamación se va reduciendo y yo gimo contra su boca con ganas de más. —Soy un Lobo feroz, al fin y al cabo. Y no nos gusta portarnos bien.

Y yo amo cada segundo de ello, pienso justo antes de que ya no sea capaz de centrarme en nada que no sea el placer durante un buen rato.



2

EL MEJOR REGALO

Aaron

—¿Cómo vas?

—Bien, ya sólo me falta el de tu... Espera. Dame un segundo, no cuelgues.

Sujeto el móvil entre el hombro y el cuello y rebusco las llaves del coche en el bolsillo del abrigo, procurando que las bolsas repletas de regalos de Navidad no se me caigan (otra vez) al suelo.

Casi suelto un grito de triunfo cuando logro abrir el coche sin que nada se me caiga. Podría haber dejado las bolsas en el suelo pero el problema es que el suelo ya está lleno de ellas y no me caben más alrededor del coche. Apenas soy capaz de moverme.

—Dame un minuto. —Le digo a Adele guardando el móvil en el bolsillo todavía con la llamada en curso mientras juego a Tetrix con las malditas bolsas y paquetes para poder meterlas en el maletero y los asientos de atrás.

A pesar de que me he traído el todoterreno, ya no cabe nada más ni en el interior ni en la capota del coche.

Todo está lleno de paquetes apilados unos sobre otros.

Fue un alivio para mí el hecho de que la familia de Adele no hiciese regalos de Navidad a los adultos Reindeer... hasta que descubrí que los menores de edad sí que reciben un detalle o dos por parte de sus familiares y que estos suman algo más de unos treinta.

Es aterrador tener tanta familia de la noche a la mañana.

Y pensar que yo creía que mi manada era enorme, con seis hermanos, mi tío, y sus Parejas y mis dos sobrinas.

Ja.

—¿Te has acordado de lo de Sarah?

—Sí. Sí. Tranquila, amor, lo tengo todo.

Ya ha pasado un año desde que nos Emparejamos, y estas son nuestras primeras fiestas juntos.

Normalmente, los Cambiantes celebramos el Festival de Invierno la primera semana de Diciembre, pero desde hace unos años las Navidades humanas se han ido celebrando cada vez más entre las diferentes razas de nuestras especies.

Quizá por todo el ambiente que un mes antes llena escaparates y rincones en todo el mundo de luces, árboles, y adornos.

Y por los niños, claro.

No todos los Cambiantes o los Clanes hacen regalos. En el Clan de Adele, los adultos hacen colectas para regalar a los más jóvenes, cosa que encuentro sensata considerando la cantidad de niños que tienen si contamos a los hijos de los primos y los primos de los primos y etcétera.

Pero a mi Addie le gusta ahorrar durante todo el año y hacer sus propios regalos Navideños a

su familia.

Dice que ello la ilusiona. Que le gusta recibir y leer sus cartas de Papá Noel y ver sus caras encantadas cuando abren sus presentes. Y envolver los presentes. Tiene hasta una cómoda llena de papeles de regalo y etiquetas y cintas de Navidad y todas esas cosas.

Es muy creativa.

A veces hasta pone un buzón falso que supuestamente lleva cartas al Polo Norte para que los hijos de sus clientes metan sus listas, y les hace a ellos algún detalle por Navidad, dejando regalos bajo el árbol que ha puesto en un rincón de la pastelería para que los pequeños los encuentren al visitarla.

Y yo no he podido negarme a participar. No después de ver su brillante sonrisa cuando me lo ha contado, llena de espíritu Navideño.

No es que mi cuenta bancaria me preocupe, tengo mucho más dinero del que necesito entre los Royalties del porcentaje del beneficio que me corresponde de las propiedades del Clan y el dinero que gano yo por mi cuenta, pero pasarme semanas visitando centros comerciales no es mi mayor ilusión aunque de normal llegue a disfrutar yendo de compras cuando no se trata de épocas especiales como estas.

Especialmente cuando se trata de acompañar a Adele a comprarse lencería.

Esa se ha convertido en una de mis actividades favoritas.

—Lo tengo todo. —Le contesto entrando en el coche tras apartar un par de bolsas que han caído en el asiento del conductor y hacer crujir la espalda con un gruñido. —De todas formas luego repasamos la lista, no te preocupes.

Todavía faltan días para Navidad, pero mi Adele hace un mes que sacó ya la decoración Navideña y que ha estado cantando villancicos día sí y día también.

A mí me parece adorable. La verdad es que nunca le había dado muchas vueltas a las festividades. Para mí solo era un día más en el que comer con la familia y luego salir de fiesta a tomar unas copas con los amigos.

Es decir, un día muy normal. Pero con más adornos por todas partes y gente llevando gorros ridículos.

Pero ahora con ella es diferente. Se siente diferente. Como si de repente hubiese más magia en el aire y todo fuese más acogedor.

Para la familia Reindeer, las Navidades consisten en que los familiares que han comprado regalos los llevan a varias de las casas de los numerosos Alfas el día anterior y los dejan bajo los árboles (en plural, ya que hay demasiados presentes como para que quepan todos en un mismo árbol, así que tienen varios en el salón de sus casas principales de cada Clan Reindeer), y después todos excepto los Alfas se disfrazan, principalmente los niños pero muchas veces también los adultos, y van de casa en casa a recoger sus presentes y tomar algo antes de ir a la siguiente.

Como una especie de Halloween pero en vez de brujas y demonios todo está lleno de luces y Papás Noeles, elfos, hadas, Elsas, y demás.

Y por la noche, una vez todo el mundo ha saludado y felicitado las fiestas al resto y recogido sus regalos, todas las manadas se reúnen y hacen una gran cena en la casa de los Alfas Supremos de los Renos.

No es nada tradicional, pero por supuesto que los Reindeer tenían que hacer las cosas a su manera.

No serían ellos mismos si no fuese así.

Ah, y, por si fuera poco, al parecer los regalos no los trae Papá Noel.

No.

Papá Noel es un Alfa Reno mágico disfrazado en su forma humana. Y los regalos en realidad los traen los Renos mágicos de su manada, que tiran del trineo volador. Que además todos, por supuesto, son Cambiantes capaces de volar a la velocidad de la luz de acuerdo a las tradiciones Reindeer.

Creatividad no les falta.

Y a mí cada día me gusta más ser parte de esta familia.

—Recuerda que tenemos que avisar a los Alfas de mi manada y a los Supremos de que el mediodía del día veinticinco lo pasaremos en casa de tu lado de la familia. —Me repite Adele por segunda vez en este día, y yo asiento y murmuro una maldición cuando otro de los paquetes se desliza del precario montón que hay apilado en los asientos traseros a mis espaldas y me golpea la coronilla.

—Ya se lo he dicho a la bisabuela Agnes cuando me la he encontrado esta mañana.

La mujer, que es la Alfa del Clan de Adele (y ahora el mío) me había pellizcado las mejillas durante veinte minutos y había estado contándome absolutamente todo lo que estaba pasando en su vida en esos momentos (desde sus problemas de reuma hasta la incontinencia de su marido) cuando me había encontrado con ella y una de sus hijas hace unas horas en uno de los centros comerciales, donde al parecer asistían a un curso de Yoga público.

En estos momentos, siento que la conozco mejor que a mis propios hermanos.

Y eso que a ellos los he visto desnudos demasiado a menudo.

Ugh.

—Bien, ¡perfecto! Entonces nos vemos en un rato, cariño. Cecile y yo estamos acabando de recogerlo todo por hoy.

—¿Quieres que vaya a ayudaros?

Puedo sentir la sonrisa de Adele y la calidez de su espíritu incluso a través del teléfono. Llevo al menos siete horas sin verla y tengo unas ganas inmensas de besarla y de sentirla y de tocarla.

Nunca pensé que podría llegar a ser tan ñoño.

Al menos me consuela pensar que Liam y Ewan lo pasan peor que yo cuando se separan de sus Compañeras.

Sus caras largas y aura depresiva cuando Natalie y Sheila se van de compras juntas o similar y pasan el día fuera son insoportables.

Menos mal que han cogido la costumbre de hacerse compañía el uno al otro en su miseria y que ya no se presentan tanto en el apartamento con cara de perros apaleados y se pasan horas hablando de lo mucho que las echan de menos y mirando el reloj y la pantalla del móvil para ver si los han llamado.

Cada cinco minutos.

Patético.

Es lo que tiene que tus hermanos sepan que trabajas desde casa y que por lo tanto es muy probable que estés en disponible para visitas sorpresa.

Los quiero a rabiar, pero a veces son irritantes.

Me despido de Adele con un «te quiero» y un «llámame si necesitas ayuda» y pongo rumbo a casa.

Su antiguo apartamento de soltera es ahora nuestro nido de Emparejados.

Adele le tiene un cariño inmenso al lugar, y yo le he cogido el gusto a vivir en la ciudad y no tener que coger la moto para ir a cualquier parte. Y ni siquiera tengo que subir al bosque a ver a

mis hermanos, ya que cada dos por tres vienen a visitarme por su propio pie.

Hablando de los reyes de Roma.

Saludo con una mano a mis hermanos Ewan y Liam, que están de pie charlando justo enfrente de la puerta de mi patio con Zain y Caleb, mis dos mejores amigos, y meto el coche en el garaje, aparcando y sacando el móvil del bolsillo tras buscarlo durante un buen rato sin acordarme de dónde lo había metido.

—Hey, Liam. ¿Podrías bajar a ayudarme? Llevo el coche cargado.

Menos mal que ya no tengo que hacer los veinte viajes en ascensor que me había planteado que iba a acabar haciendo.

Tener hermanos y amigos que buscan cualquier excusa para visitarte tiene su utilidad.

—Abre el garaje. —Me ordena mi hermano Alfa.

Me entretengo sacando y apilando bolsas y paquetes en el suelo de manera ordenada para que sea más fácil cargar con ellos hasta que escucho la voz casi siempre malhumorada de Ewan haciendo eco en el cavernoso garaje mientras bajan una de las rampas asfaltadas hasta donde estoy yo aparcado.

—¿Qué coño has hecho? ¿Comprar todo el maldito centro comercial? ¿Te has vuelto loco?

—Hola, Ewan. Me alegro de verte, felices fiestas.

—Ahórrame el sarcasmo, cachorro. ¿Para quién es todo eso? —Refunfuña señalando los montones y más montones de bolsas con estampados navideños.

—Addie siempre hace regalos a todo el mundo, aunque sean pequeños detalles. —Responde Zain por mí cogiendo algunas bolsas sin protestar.

Yo le sonrío ampliamente y le doy un puñetazo de agradecimiento en el hombro. Y otro a Caleb, que me lanza una mirada furibunda con esos ojos dorados suyos pero coge unas cuantas bolsas y pone rumbo al ascensor que va desde el garaje al apartamento sin rechistar.

A diferencia de mis hermanos.

Liam me abraza unos segundos con fuerza haciendo salir todo el aire de mis pulmones, cosa que suele hacer a menudo. Como si me hubiera echado de menos a pesar de que nos vimos ayer para cenar.

Y Ewan continúa con sus quejas y abre las bolsas para echar un vistazo dentro con curiosidad tras revolverme el pelo haciéndome rabiarse como siempre hace.

Me resisto a poner los ojos en blanco.

Mis hermanos no se están tomando nada bien que esté Emparejado y ya no viva en la casa principal bajo la supervisión constante de Liam a pesar de que tengo ya treinta años y hace más de una decena de los mismos que dejé de ser un cachorro.

Al final hacemos dos viajes para cargar con todo, porque hay demasiadas cosas.

Cuando acabamos, el salón parece un centro comercial. Todo está cubierto de bolsas.

Desde los sillones hasta el mueble de la televisión y el suelo que los rodea.

—¿Cuántos jodidos paquetes hay? —Pregunta Ewan con sorpresa.

—No lo sé. Tenemos casi toda la lista ya. Creo que solo nos quedan unos cuantos.

—Espera. —Corta Liam con un resoplido incrédulo. —¿Aún os quedan cosas que comprar?

—Hay muchos Reindeer. —Digo encogiéndome de hombros. —En torno a unos treinta sobrinos. Bueno, más o menos sobrinos, ¿no, Zain?

Zain hace un sonido de asentimiento desde la cocina mientras devora un paquete de Doritos que se dejó ayer en uno de los cajones.

Hace unos pocos meses que se ha Emparejado, y su Compañera tiene un horario de trabajo fijo

al igual que mi Adele, así que suele venirse aquí y pasamos el día juntos viendo películas y trabajando.

Como solíamos hacer antes también.

Nada ha cambiado mucho en ese aspecto, la verdad. Y ello me alegra. No querría que lo hiciera.

—Joder. —Silba Ewan. —Joder. —Repite haciendo énfasis en la palabra. —No me puedo imaginar lo que es eso. Treinta críos. Menudo caos. —Silba de nuevo meneando la cabeza. —No ofensa, Zain.

—No hay ofensa. —Contesta el Reno metiéndose cuatro Doritos en la boca a la vez. —Me gustan los niños, pero mis sobrinos son muchos y muy ruidosos.

Caleb le quita el paquete de las manos y se sube a la encimera de un salto. Es mucho más bajo y ligero que el resto de nosotros, pero los Zorros tienden a serlo. Su cabello rojo parece casi dorado bajo la luz de las lámparas de la isla.

Zain saca otro paquete de uno de los cajones y le ofrece comida a Liam, que se apoya junto a él en la encimera y aprovecha que Sheila no está presente para reñirle por comer porquerías dañinas para su cuerpo devorando Dorito tras Dorito.

—¿Natalie y tú no pensáis tener hijos? —Pregunta Liam con curiosidad chupándose los dedos. Ewan se encoge de hombros.

—Estamos bien como estamos. Y no nos faltan cachorros a los que mimar, con las sobrinas y con Aaron.

—No soy un cachorro. —Respondo de manera automática quitando las bolsas que hay sobre la mesa de comedor para hacer espacio para que podamos sentarnos. —¿Os apetece comida china? Adele y Cecile estarán aquí en un rato.

—No, gracias. He quedado con Sheila para cenar. Vamos a llevar a Samara a la feria de Navidad hoy. Y Ewan y Duncan y sus familias se vienen con nosotros.

No me acordaba. Liam me habló de ello ayer.

—Yo sí que me quedo. Y Caleb también. —Dice Zain señalando al Zorro. —Además tengo algo de lo que hablar con Cecile. No me apetece ir de compras y sé que a ella y a Addie les encanta así que planeo sobornarla para que lo haga por mí.

Zain y yo nos miramos por encima de su cabeza cuando Caleb da un respingo evidente y se ruboriza al escuchar el nombre de la tímida prima del Reno.

Sabemos desde hace años que él y Cecile son Predestinados, pero ninguno de los dos quiere hablar de ello. Ni siquiera con nosotros.

Sospechamos que son demasiado tímidos como para avanzar en su relación a pesar de las reacciones que tienen ambos a la presencia del otro cuando están en la misma habitación. Celo o no Celo, hay gente que es demasiado escrupulosa y recatada como para actuar como lo hicimos Adele y yo tras conocernos.

—Sheila quiere tener otro bebé. —Suelta Liam de repente haciendo una bola con el paquete vacío de Doritos y tirándolo a la papelería del plástico.

—¿Y tú? —Le pregunta Ewan mientras me ayuda a apartar bolsas. —¿Quieres más cachorros?

—Llevo meses esperando a que deje de imaginar que no sé qué es lo que está pensando y me lo pida. —Dice Liam con una sonrisa fanfarrona. —Y creo que esta es la noche, así que voy a necesitar que uno de vosotros se quede con Samara hasta mañana después de la feria.

—Ew. —Suelta Ewan poniendo cara de asco. —No puedo creer que nos acabes de insinuar que vas a pasarte la noche teniendo sexo con tu Compañera.

—Pues no te lo creas, pero va a pasar de todas formas.

—Que te den. Natalie y yo nos vamos a pasar la noche en el hotel japonés ese que han abierto cerca de las aguas termales, así que nosotros no vamos a poder. Lo siento.

—Ya lo sé. Por eso estoy aquí, idiota. —Se gira hacia mí y yo ya sé qué es lo que va a preguntarme. —Oye, enano, ¿te importaría quedaros con Samara esta noche? Pasaría a recogerla mañana por la mañana.

Me froto la nuca. Adoro a mi sobrina, pero está en esa época en la que Cambiar a cachorra de Lobo y morderlo todo es su actividad favorita del momento.

—No creo que a Adele le importe, pero déjame preguntarle primero.

Liam asiente.

—Perfecto, llámame cuando hables con ella.

A mi Compañera le encantan los niños. Los adora y le parecen graciosos y adorables y muy monos. No es la primera vez que nos quedamos con Samara una tarde o una noche, pero últimamente la cachorra está revolucionada. Como si le hubieran puesto un par de pilas inagotables.

Y sé que Adele, en esta época en la que todo el mundo sale a tomar algo con familiares y amigos, vuelve a casa agotada y con ganas de echarse en el sofá y no moverse durante horas.

—Nosotros nos vamos, que no deberíamos llegar tarde y todavía tenemos que recoger a las reinas. —Dice Ewan estirando los brazos por encima de la cabeza tras dejar las dos últimas bolsas sobre el sofá.

—Reinas. Qué romántico. —Se burla Liam.

—Como si no te hubiera oído llamar así a Sheila alguna que otra vez. —Bufa Ewan sin picar en el anzuelo.

Ewan me revuelve el pelo de nuevo y Liam me da otro abrazo y ambos se despiden de Zain y Caleb.

—Nos vemos, cachorro. —Dice Ewan cerrando la puerta de entrada tras de sí y yo rechino los dientes de nuevo y lo dejo pasar por esta vez.

Siempre le ha gustado provocarme.

La cena transcurre en relativa paz y normalidad.

Caleb y Cecile se se la pasan entera intentando no mirarse a los ojos con anhelo y fallando en el intento y el resto conversamos alrededor de su silencio evitando mencionar el elefante que hay en mitad de la habitación y el olor de las hormonas de ambos.

Cuando por fin nos quedamos a solas en casa una hora y algo más tarde, mi Adele y yo fregamos los platos mientras charlamos de nuestro día a día.

—Si traemos a Samara habrá que esconder los regalos o los abrirá todos.

Gimo. No había caído en ello. Tiene razón.

—¿Los metemos en el vestidor o en el despacho?

—Despacho. —Responde Adele. —Le gusta probarse mis ropas y maquillaje en el vestidor. Ahí los encontrará.

Unas horas después, Samara entra gritando como una bala por la puerta abierta mientras sus padres, con los ojos brillantes y la sonrisa en la cara de quien espera una noche a solas con su Emparejado teniendo sexo sin interrupciones, nos dan las gracias, nos dejan una bolsa con las cosas de la niña, y se marchan sonriéndose el uno al otro como niños traviesos.

Cuando entramos en el salón, la niña está sentada y sonriente frente a la tele moviendo los dedos de sus pequeños pies tras haberse quitado los zapatos con cara de no tener sueño en

absoluto a pesar de que acaba de pasarse unas horas en la feria con sus padres y tíos.

—Samara, cariño, ¿quieres ir a dormir?

—¡NO! —Grita la cachorra antes de echarse a reír y saltar del sofá a los brazos de Adele con excitación. —¿Jugamos a algo? Porfaaa.

Ahí va nuestra esperanza de que por una vez algo lograra cansarla lo suficiente. Está siempre tan llena de energía que no sé cómo es posible que un cuerpo tan pequeño sea capaz de moverse tanto y tan rápido sin agotarse.

Pero tras una partida de tenis en la Wii, jugar a las carreras en el salón, luego al escondite unas cuantas veces (después de haber cerrado el despacho con pestillo para que no pudiera entrar), y después a un juego de mesa de monos y bananas que no tengo muy claro de qué va y que uno de los sobrinos de Adele se había dejado aquí la última vez que vino, Samara por fin empieza a dar signos de estar agotada y cae rendida poco después en mis brazos.

Adele y yo soltamos un suspiro agotado y nos dejamos caer sobre el sofá, cansados hasta la médula.

La pequeña duerme en mis brazos con la carita llena de paz y los mofletes rojos llenos de babas, y yo doy gracias de que hoy haya sido uno de esos raros días en los que no ha decidido Cambiar a Loba y destrozar algún almohadón o peluche jugando a «cazar como los papás.»

—Si tuviésemos hijos, ¿crees que nacerían Renos o Lobos? —Pregunta Adele apoyando la cabeza sobre mi hombro cubriendo un bostezo con la mano.

—No lo sé.

Caidan nos contó hace unos días que dio con la información de contacto de una mujer Recesiva de Ciervo que se había Emparejado con un Tigre y que había tenido seis hijos con él, varios de los cuales son Tigres, otros Ciervos, y uno de ellos Recesivo como lo había sido su madre antes de Emparejarse.

Y ello nos había dado mucho en que pensar.

—Quizá nazcan como yo. —Susurra mi Adele con el ceño fruncido.

Yo beso su frente, incapaz de alcanzar sus labios sin molestar a Samara y no queriendo despertar a la niña.

—Entonces serán perfectos.

Adele se ríe quedamente y se ruboriza, complacida.

—Bobo. Yo también te quiero.

Mientras ella coge a Samara en brazos y besa los rizos negros de la cachorra con una sonrisa, yo me levanto y monto la cuna portátil, que hay en la bolsa que Liam y Sheila nos han traído, al lado de nuestra cama y la cubro con mantas, encendiendo la chimenea para caldear la habitación para que la pequeña no pase frío mientras duerme.

Samara duerme profundamente durante horas.

Y nos despierta a la mañana siguiente entre gritos excitados, haciéndome saltar de la cama de un bote con el corazón en la garganta.

—¡REGALOS! ¡Papá Noel ha venido ya!

Suelto un rezongo y hundo mi cabeza entre las manos porque no me hace falta ir a ver para saber qué es lo que ha ocurrido.

Se ha escaqueado de su cuna mientras dormíamos y ha abierto la habitación que le dijimos que debía permanecer cerrada.

Y ha encontrado los regalos.

Eso nos pasa por no haberla cerrado mejor.

A mis espaldas, mi Compañera se estira haciendo crujir sus huesos y deposita un beso sobre mi hombro desnudo.

—Será mejor que haga el desayuno mientras tú la convences de que no se los quede todos.

Suspiro sabiendo que no va a ser una tarea fácil.

Y no lo es.

La cosa acaba en lágrimas y en pucheros, pero al menos consigo que comprenda que los demás también tienen derecho a tener presentes y que ella solo puede quedarse con dos. Que de todas maneras eran suyos.

Que luego se convierten en tres porque soy incapaz de resistir sus grandes ojos grises llenos de súplica.

Samara se queda contenta después de que la convenciera de que efectivamente Papá Noel había venido esta noche y que ella tiene derecho a elegir regalos antes que nadie porque es una niña especial, pero que los demás niños también merecen ser felices, y yo me quedo contento de que no haya habido ninguna rabieta monumental.

Es una niña dulce y tranquila, pero está en una edad difícil para todos los Cambiantes en la que empiezan a transformarse por primera vez y el mundo es un lugar confuso lleno de percepciones y cambios que los alteran.

Según mis hermanos, yo fui mucho peor de niño, y no había día en el que no mordía a alguien o que no destrozaba algo o me meaba en algún sofá o alfombra.

E incluso me escapé una vez de casa y me perdí en el bosque en forma de cachorro durante casi un día entero, para sofoco de mi familia.

El tío Sorren fue quién me encontró y me trajo de vuelta.

Comparado conmigo, o con algunos de los niños Cambiantes o humanos que conozco, Samara es una bendición llena de sensatez y calma.

Cuando Liam y Sheila se pasan a por ella, la niña está contenta y sonriente y tiene el estómago lleno y se aferra a su nuevo peluche de Reno con los cuernos llenos de lentejuelas, que vamos a tener que comprar de nuevo porque originalmente iba a ser de uno de los sobrinos recién nacidos de Adele, como si fuera lo más maravilloso del mundo.

—¡Papá! ¡Mamá! —Grita con alegría desmesurada al verlos y los abraza con fuerza y ellos no la sueltan a ella tampoco.

Una vez se han ido todos y el apartamento está en calma y nosotros tenemos todo el día para descansar, ya que es domingo, Adele y yo nos sentamos frente a la chimenea del salón y nos acurrucamos en el sofá bajo una gruesa manta de lana.

—¿Seguro que quieres tener hijos? —Me pregunta mi Compañera con seriedad. —No es una tarea fácil. Y es permanente.

Yo pienso en Samara. En los sobrinos y sobrinas y primos y primas y demás familiares de mi Adele.

Pienso en las rabietas; los Cambios súbitos de forma de animal a humano y viceversa; en la falta de sueño de sus padres; los pañales; las horas pasando jugando sin poder dedicarse tiempo a uno mismo; y en pasarse toda una vida cuidando y amando a alguien, porque ser padre no se acaba cuando crecen.

—Sí. —Respondo al cabo de un tiempo con total seguridad.

Tal vez sea de locos, y estoy seguro que de muy probablemente Ewan lo crea así, entre otros, y están en su derecho a ello.

Pero, a pesar del caos y de los malos ratos y de las horas de sueño perdidas y demás, no puedo

imaginarme un futuro sin hijos ahora que sé que es posible.

A pesar de todo eso, o quizá por lo maravilloso que es ese sacrificio y lo incalculable que es el amor de un hijo, es una de las cosas que más quiero en el mundo.

Y sé que Adele también lo quiere. Que lo ha estado pensando y lo ha estado queriendo y que está esperando a que yo dé alguna señal de que eso es lo que yo también quiero.

—Seríamos buenos padres, ¿no crees? —Pregunto.

La escucho tragar saliva con emoción y la beso capturando su rostro entre mis manos con suavidad porque no puedo resistirme a ello.

—Los mejores. —Sonríe ella contra mis labios.

No hay nada más hermoso, pienso mientras la beso, que el ser capaz de tener una vida y formar una familia con esta mujer.

No hay mejor regalo para mí que ese.

Y apenas puedo esperar para todas esas noches de insomnio y esas horas llenas de juegos y reclamos y risas y lloros.

Para esos años incomparables en los que sostendré a nuestros hijos en mis brazos y sabré que no hay personas capaces de llenar mi vida de caos a las que pueda llegar a amar más con excepción de su madre.

A que mi hijo o hija me grite «papá» cuando llegue a casa con amor infinito en el rostro y en su pequeño corazón.

Y que sus existencias sean el mejor presente que podría imaginar jamás.

Pero, por ahora, la vida junto a mi Emparejada es suficiente felicidad para mí.



3

LUCES DE INVIERNO

Jane

Reviso que todo está en orden una última vez y echo un vistazo a mi alrededor.

Mi sobrina Jane, mi homónima, llamada así en mi honor, ha diseñado los carteles y panfletos que hay frente a la puerta del local y que cuelgan de las paredes del interior de la sala de espera y los pasillos, y los observo una vez más con una sonrisa.

Nunca pensé que la idea pudiera cobrar forma, pero aquí estamos.

—Aquí están. —Dice Sorren entrando por la puerta.

Le sonrío a mi Emparejado con afecto.

A pesar de que está liado re-aprendiendo su antigua carrera de Filología para poder dar clases de nuevo, siempre encuentra tiempo para venir a ayudarnos con la Agencia y ha sido mi mayor apoyo desde que todo empezó.

La idea de hacer una Agencia de Emparejamiento para Ferales y otros Cambiantes puede parecer una locura, y para muchos lo ha sido (sé que es la comidilla de la ciudad), pero para mí tiene toda la lógica del mundo.

Al fin y al cabo Sorren y yo y Bert y Karen somos prueba de que es posible traer a un Feral de vuelta. Y Caidan y Nina también.

Karen ha estado trabajando conmigo en la agencia desde que comenzó todo.

La Pantera es la capitana de nuestro nuevo Equipo de Recuperación de Ferales, que se encarga de viajar hasta la tundra helada de la que salimos nosotros y de «rescatar» a los Ferales, o al menos de hacer vídeos o fotos sobre ellos para así poderles hacer un perfil y hacer un recuento de cuántos de ellos hay perdidos en el norte del país.

Lidera un equipo compuesto por otras cuatro personas: Bert, su Emparejado; Caleb, un Zorro Rojo que se ha unido hace poco a nuestras filas y que es amigo de uno de los sobrinos de Sorren; Greta Reindeer, que es una de las muchas sobrinas de Bert; y James Tiger, un Cambiante de Tigre que se mudó desde Florida hasta Green Valley cuando se enteró de nuestro proyecto y exigió ser parte del mismo hasta que lo aceptamos.

El proyecto Reintegración Feral va viento en popa a pesar de que por ahora hemos logrado hacer muy poco, pero no pierdo la esperanza de poder rescatar a cada uno de los Ferales y de los Cambiantes que poco a poco van perdiendo la esperanza de encontrar a su Emparejado y de esa forma hacer del mundo un lugar más feliz y con mucha menos tragedia y sufrimiento.

Y lleno de amor.

Sorren deja una caja de madera llena de adornos de Navidad sobre el recién instalado mostrador de entrada, tras el que Dexter Reindeer, otro de los muchos sobrinos de Bert, se sienta en su nueva silla de escritorio frente a un ordenador que a mis ojos parece sacado de una película de ciencia ficción.

La tecnología ha avanzado tanto en estos años en los que hemos estado Perdidos que volver a

ser parte de la sociedad a veces se siente un poco irreal.

Como estar en medio de una película de Star Trek.

Cuando yo era joven, los teléfonos móviles eran trastos inmensos que pesaban un quintal, y ahora son tan finos y ligeros que Sorren ya ha roto dos sin querer al cogerlos con demasiada fuerza.

—Gracias, cariño. —Le digo a mi Lobo depositando un beso sobre su mejilla.

Ha estado toda la mañana en la universidad y le he echado mucho de menos aunque sea solo mediodía y nos hayamos mandado más mensajes y hecho más llamadas para escuchar la voz del otro que un marcador automático.

No es lo mismo que tenerlo en persona a mi lado.

—¿Necesitáis ayuda con algo más? —Me sonrío mi Lobo devolviéndome el beso.

Ignoro la mueca de Dexter, que está Emparejado y tiene ya tres hijos y cuya esposa viene a verlo todos los mediodías para comer con él y al que he visto ser todavía más bochornosamente cariñoso de lo que somos Sorren o yo abiertamente.

—¿Te importaría ayudar a Dexter y a James a colocar los adornos? Quiero acercarme a la cafetería de Adele con Bert a ver si nos deja que pongamos algunos panfletos en el mostrador.

Dexter suelta un suspiro.

—La publicidad por Internet es lo que más vende hoy en día, jefa. —Me dice por decimoséptima vez esa semana.

—No somos una tienda. —Le recuerdo por decimoctava vez.

—Ya, pero...

—Si quieres poner un anuncio en el Internet, hazlo, pero vamos a dejar los panfletos. Bert y yo ya lo hemos hablado.

Dexter se encoge de hombros y suelta otro suspiro dramático.

El chico es más teatral que cualquier otro Reindeer que haya conocido hasta ahora y, conociendo a Bert y teniendo a su familia a las puertas del local día sí y día también, eso es decir bastante.

—Vale. Diseñaré algo y haré una página en el Face.

No tengo ni la más remota idea de lo que está hablando, pero asiento porque no quiero continuar con esta conversación y Bert me está esperando en la puerta con el abrigo puesto ya sobre los hombros.

—No te preocupes, nosotros nos encargamos de la decoración. —Me dice mi Sorren.

—¿Comemos juntos? —Le sonrío a mi apuesto Lobo con esperanza.

Espero que esta no sea una de las veces en las que tiene que volver a la universidad por un motivo u otro, cosa que ha estado sucediendo con mayor frecuencia últimamente. Quizá porque pronto será Navidad y los exámenes finales están en sus últimas etapas.

Sé que está integrándose y trabajando como asistente con uno de sus antiguos amigos y colegas y que está liado recuperando el tiempo perdido y poniéndose al día, pero hay días en los que apenas lo veo en persona y lo echo tanto de menos hasta que vuelve a casa por la noche.

Espero que las vacaciones empiecen pronto.

Quiero volver a tenerlo todo para mí sin interrupciones.

—Claro que sí. No tengo que estar en la universidad hasta las cuatro.

Casi doy un bote de alegría. Llevamos más de una semana sin comer juntos, entre la Agencia y su trabajo como asistente de profesor.

Animada, corro hacia la percha de la entrada y me pongo el abrigo, lanzándole un beso a

Sorren antes de coger a Bert del brazo y poner rumbo hacia *Adele's Dream*, que está situada unas calles más abajo.

—¿A qué viene tanta prisa? —Se queja mi viejo amigo Reno.

—Sorren se queda a comer hoy y no quiero perder mucho tiempo.

Bert se ríe y ambos corremos como niños hacia la pastelería-cafetería de su sobrina, entrando por la puerta como un huracán y dejando un montón de panfletos informativos con el teléfono y el correo electrónico de la Agencia tras tener unas palabras con Adele.

Y luego corremos de vuelta a la Agencia cogidos del brazo.

Bert siempre está feliz de ser parte de mis impulsos por ridículos que estos sean.

Es un gran amigo.

Karen nos está esperando en la puerta con cara horrorizada y coge a su Emparejado del brazo nada más vernos.

—Están haciendo un desastre. Estáis avisados. —Dice tétricamente señalando al interior del local. —Que conste que he intentado detenerlos.

Me asomo por el cristal de uno de los ventanales y lo que veo me confunde.

Sorren está subido a una de las escaleras colocando una guirnalda de luces en una de las paredes.

Excepto por el hecho de que lleva puesto un sombrero Mexicano enorme y colorido, la escena parece de lo más normal a primera vista.

Hasta que veo que James, el Tigre, tiene a Dexter en mitad de la sala de espera y le está colocando adornos de Navidad en los cuernos mientras se bebe una cerveza.

La gran cabeza de Reno de la forma animal de Dexter alza la mirada y suelta un bramido lleno que suena a risa y yo parpadeo para ver si la imagen desaparece como el extraño sueño que debe ser.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué están haciendo? —Pregunta Bert con desconcierto.

—Llenándolo todo de ambiente Navideño. —Gruñe Karen, exasperada. —O eso dice James.

El Tigre se ha hecho muy amigo de Sorren y Dexter estos últimos días, y la verdad es que yo todavía no sé muy bien cómo definirlo.

Es austero, o eso parece a primera vista, pero tiene un sentido del humor extravagante e impulsivo.

—¡Cariño! —Me saluda Sorren desde lo alto de su escalera con una amplia sonrisa. —¿Te gustan las luces?

—Las luces están bien. —Respondo sin dejar de mirar a Dexter, cuyo tamaño ocupa una buena parte de la sala de espera, y a James, que levanta su cerveza a modo de saludo al vernos entrar por la puerta. —¿Qué estáis haciendo? ¿Qué hace Dexter en forma de Reno?

—James ha pensado que sería buena idea que, ya que tenemos un Reno real por aquí, podríamos adornarlo y salir a la ciudad a anunciar nuestra Agencia. Y a Dexter, según sus propias palabras, le ha parecido «desternillante.» —Explica Karen con cara de quien está rodeada de idiotas muy a su pesar.

Dexter suelta otro bramido lleno de diversión y James sonrío ampliamente y le palmea el costado poniendo otra boa llena de glitter y plumas alrededor de su cuello.

—Así seguro que llamamos la atención.

—.... Creo que voy a hacer lo de los anuncios de Internet al final. —Digo tras mirar al Reno lleno hasta la cola de boas y con los cuernos repletos de campanas doradas y plateadas de plástico.

Parece una especie de Drag-Queen animal.

Dexter brama de nuevo e intenta salir por la puerta de la sala de espera, golpeando el marco con ambos cuernos y haciendo temblar el cristal que la separa del resto del local cuando su cabeza se queda encajada.

—Quizá deberíamos haberlo hecho fuera, grandullón. —Suelta James con cara pensativa acabándose la cerveza.

Dexter asiente. O lo intenta, porque uno de sus cuernos se enreda en una de las luces de Navidad que ha colgado Sorren alrededor del marco y el cristal de las paredes vuelve a crujir de manera ominosa cuando el Reno intenta desenredarse.

Karen se lleva las manos a la cara entre rezongos sobre lo idiotas que son y Bert se acerca para intentar ayudar a su sobrino a desenredarse del lío que está haciendo.

—Estamos rodeadas de idiotas. —Me susurra la Pantera. —Deberías haberme dejado elegir el personal.

—No es para tanto, seguro que ha sido solo una broma y no lo decían en serio.

Karen resopla con incredulidad y Sorren baja de la escalera para ayudar a Bert, que ha acabado enredado en uno de los hilos de los que cuelga una larga tira de campanillas y es incapaz de desatarse.

Seguro que ha sido solo una ridícula broma, me digo. No puede ser que realmente pensarán en salir así a la calle a anunciar nuestra Agencia a la ciudad.

Somos algo serio.

Pero algo me dice que me equivoco.

Efectivamente, no es la primera ni la última idea estúpida que se les ocurre y, por algún extraño motivo, mi Sorren parece encontrar esas ideas divertidas y se suma a la mayoría de ellas con gusto cuando tiene tiempo para ello.

Desde lo de convencer a unos cuantos Reindeer de hacer una cabalgata de Renos adornados de manera ridícula y «Navideña» que acaba con la policía deteniendo la fiesta improvisada que surge al final, cuando algunos de la familia Reindeer y de sus amigos y aliados los Deer y los Moose deciden unirse y traen alcohol y montan mesas con comida en mitad de la Plaza Mayor; hasta lo de saltar en paracaídas desplegando un cartel con el número de teléfono de la Agencia, pero sin nuestro nombre en la misma, que causa una avalancha de llamadas de gente de toda la ciudad preguntando quiénes somos y otros muchos más que se creen que somos una teletienda o un servicio de citas a domicilio.

O algo peor que prefiero no recordar.

Karen, Greta, Caleb, y yo, contemplamos cómo cada día se les ocurre algo todavía más estúpido que el día anterior que al final acaba siendo un lío tras otro.

Eso sí, al menos la gente empieza a saber que existimos y algunos humanos y Cambiantes nos han contactado interesados en conocer a nuestros Ferales.

De los que ahora mismo solo están la Alfa Bisonte, el Zorro de las Nieves, y los dos Ciervos en nuestros perfiles, ya que no hemos tenido tiempo de completar más.

Pero es progreso.

Dexter parece haberse olvidado de su insistencia con lo de los anuncios de Internet y se lo está pasando en grande con las estúpidas ideas que empezaron siendo de James pero que han pasado a ser un concurso entre los machos de la agencia y Demetria para ver quién tiene la idea más tonta

sobre cómo anunciar nuestra Agencia antes de que acabe el año.

La mujer es una humana de unos treinta y muchos años que trabaja con Dexter cogiendo turnos en el mostrador y que ha hecho buenas migas con los chicos y se lo está pasando en grande colaborando en sus tonterías.

La Navidad llega casi de manera atropellada e inesperada. Entre compras de última hora, preparaciones tardías, y salidas a rescatar a Sorren y a los chicos (y a Demetria) de comisaría y de su último lío que acaba en detención por parte de unos exasperados oficiales que han tenido que sacarlos desnudos y cubiertos de glitter de la fuente de la Plaza Mayor.

Pero mi Lobo parece estar pasárselo tan bien que soy incapaz de protestar por las trastadas en las que se mete.

Me alegra que haya encontrado nuevos amigos.

Aunque preferiría que esos amigos conservasen las ropas puestas, cosa que curiosamente no sucede a menudo cada vez que se meten en un nuevo lío que casi siempre acaba con ellos huyendo desnudos de los pobres policías de turno.

—¿Dónde están vuestras ropas? —Pregunto mientras James, Demetria y Sorren se suben al coche entre risas. A Dexter se lo ha llevado su mujer a casa hace unos minutos.

Al menos antes, pienso con exasperación, la policía se molestaba en darles algo con lo que cubrirse. Se está volviendo algo tan habitual que me temo que ya están acostumbrados a verlos desnudos.

—Adornando la casa de los miembros del Consejo de Gobierno. —Dice James fingiendo seriedad. —Con todo nuestro amor Navideño, por supuesto.

Sorren suelta una risotada mientras se pone el cinturón de seguridad y yo decido no preguntar nada más. Por ahora.

Vamos a llegar tarde a la comida de Navidad con sus sobrinos y todavía tengo que dejar a Demetria y James en sus casas y a Sorren en la nuestra para que se duche y se vista.

—Necesitábamos adornos y se nos olvidó traerlos, así que fue una suerte que se nos ocurriera improvisar. —Explica Demetria.

—Tus bragas son una bandera de lo más Navideña. Y quedan maravillosamente bien colgadas de la veleta del tejado de los Moose, Demi. —Dice James de manera solemne.

Demetria y Sorren se echan a reír de nuevo.

—¡Menos mal que eran rojas! —Exclama Demi entre resoplidos de risa. —Hoy he estado a punto de ponerme las negras.

Yo me aguanto la risa al verlos así.

Son como críos, pienso para mí mientras aparco frente al edificio de apartamentos en el que sé que vive James.

—¿Subís a tomar algo? —Pregunta el Tigre.

Su voz es profunda y reverberante incluso cuando habla sin elevarla. Es un hombre inmenso. Más grande que Sorren y casi tan alto como sus sobrinos gemelos, Adrien y Blake. Sus anchos hombros apenas dejan espacio a Demi en el asiento trasero y sus músculos parecen tallados en piedra de lo grandes y duros que son.

Como todos los Cambiantes, es apuesto de una manera natural y masculina, con la mandíbula cuadrada y unos penetrantes ojos de color azul oscuro.

No me extraña que Demi esté prendada de él y se lance a decir que sí microsegundos después de cada propuesta que hace James por estúpida que esta sea, y me da algo de pena el verlo, porque sé que el Tigre es célibe y está espetando a conocer a su Compañera Predestinada y que el

evidente enamoramiento que la humana tiene con él no va a llegar a ninguna parte porque ella no es quién él desea. No es su Destino.

El Tigre ha cumplido ya los treinta y seis, o eso me dijo durante la entrevista, y está determinado a encontrar a su Alma Gemela antes de cumplir los treinta y siete dentro de cinco meses.

Ese es uno de los motivos por los cuales está en Green Valley, que es conocido por su alta población de Cambiantes Emparejados que han encontrado a su otra mitad en este mismo valle.

Y él espera ser uno de ellos.

—Tenemos comida Navideña con mis sobrinos, Jamie, pero nos podemos ver mañana para tomar algo. —Responde Sorren a su nuevo amigo.

Veo a través del retrovisor la expresión de momentánea pena de James, pero este se recupera tan rápido que es casi como si hubiera sido una ilusión, y ello me impulsa a abrir la boca antes de pensar en que había planeado pasar mañana todo el día con Sorren a solas en la casa recuperando las horas perdidas de estas últimas semanas.

—Había pensado que podríamos hacer una comida Navideña empresarial o algo así mañana. Nosotros invitamos y vosotros elegís el local. ¿Qué os parece?

Sorren me sonríe con afecto desde el asiento del copiloto y la expresión de James se llena de tan ilusión que me llena el corazón de calidez.

—¡Conozco un sitio genial! —Exclama el Tigre. —Os lo paso luego por el grupo de WhatsApp y lo hablamos.

—Claro.

—¿Te vienes, Demi? —Le pregunta a la humana abriendo la puerta del coche.

Le tiendo mi chaqueta a Demi cuando la veo tiritar y recuerdo que los humanos son más sensibles a las temperaturas que los Cambiantes.

—Nos vemos mañana. —Sonríe la mujer saliendo del coche tras James y colocándose la chaqueta sobre los hombros. —Y gracias por sacarnos de la comisaría otra vez, jefa, ¡eres genial! ¡Y por el abrigo!

—De nada. —Respondo con una sonrisa.

Nos despedimos de ellos con la mano y los vemos entrar al patio del edificio antes de poner rumbo a casa.

—Gracias. —Me dice Sorren segundos después.

—¿Por qué?

—Demi y James no tienen familia. —Me explica abriendo la guantera para sacar un paquete de caramelos de menta que se dejó ahí la última vez. —Demi no se lleva bien con sus padres adoptivos y James es hijo único y sus padres murieron hace unos años, así que no tienen a nadie con quien pasar la Navidad.

Lo miro con sorpresa.

—No sabía nada de eso. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No lo sabía yo mismo hasta hace un rato cuando les he preguntado cómo iban a celebrar las Navidades.

Me quedo en silencio. Siento pena por ambos y me siento culpable de no haberme planteado el cómo iban a pasar estas fiestas.

Son amigos. Se han convertido rápidamente en parte de nuestro día a día, y debería preocuparme más por su bienestar, me recrimino

—Hey, cariño. Oye. —Sorren apoya una mano sobre mi muslo. —No le des muchas vueltas.

No es culpa tuya.

Pero sí que le doy vueltas.

Muchas.

—No puedo creer que por fin la jefa se haya animado a ser parte del Pelotón Tigre, esto hay que celebrarlo. —Se ríe James frotándose las manos, escondido detrás de un pilar que no hace mucho para ocultar la anchura de sus hombros.

—Por última vez. —Dice Dexter, arrodillado detrás de un seto sin hojas con su chaqueta con adornos en color neón brillando ofensivamente en la oscuridad. —Somos La Compañía del Anillo.

—Pero no hay ningún anillo. —Remarca Bert, confuso y asomando la cabeza desde detrás de una farola que ni siquiera le cubre la anchura del pie.

La Emparejada de Dexter, Mara, se ríe de la escena mientras se acomoda sobre su asiento en el único banco de madera que hay en la acera y se come las golosinas que se ha comprado en la tienda automática de la esquina.

—Lo que sois es idiotas. —Afirma secamente Karen, cruzada de brazos en mitad de la calle parada junto a Bert sin hacer ningún esfuerzo por ocultarse. —Excepto tú, amor. —Se corrige mirando a su Emparejado. —Y, hasta hace tres minutos, Jane también.

—Callaos todos o me van a pillar. —Siseo entre dientes.

Sorren, que tiene las manos en mis nalgas y me está ayudando a escalar la pared de la finca, presiona sus dedos contra la tela de mis vaqueros disfrutando de su posición y yo dejo a un lado las sugestivas imágenes que nuestras posiciones actuales me provocan y me centro en escalar el muro de cemento lleno de enredaderas sin caerme.

Estoy borracha como una cuba, así que mi equilibrio, o falta del mismo en estos momentos, no es de mucha ayuda.

—¿Jefa, llevas las luces? —Pregunta Demi con ansiedad una vez he logrado sentarme a horcajadas sobre el muro.

Yo me palmeo el bolsillo trasero de los pantalones y asiento de manera triunfante dando un chillido cuando casi pierdo el equilibrio de nuevo al mover la cabeza demasiado rápido.

Al otro lado de la calle, Caleb, Cecile, Zain, su Emparejada de cuyo nombre no me acuerdo, Aaron, que es sobrino de Sorren, y Adele, Emparejada de este último, lo observan todo sentados sobre el capó del coche de Caleb, que lo está grabando todo en vídeo con su móvil.

Se han unido a la fiesta cuando nos los hemos encontrado en un bar. Que era el tercero o cuarto que visitábamos después de haber comido ese mediodía en el centro de la ciudad en un bar lleno de Cambiantes de Ciervo vestidos de Papá y Mamá Noel que por algún extraño motivo nos invitaban una y otra vez a chupitos y a cantar con ellos en el karaoke situado a un lado del local y que eran casi todos conocidos de James, que suele ser habitual del lugar.

He cantado *My Heart Will Go On* al menos seis veces.

En público. Cada vez más borracha y más emocional. Y James luego la ha cantado conmigo en un dueto de lo más intenso.

Nos hemos hecho súper amigos.

Y aun así no puedo creerme que me haya dejado convencer por el Tigre y que esté haciendo esto.

Siempre he sido una niña buena y obediente. Una ciudadana modelo que definitivamente no se

salta los muros de la propiedad privada de alguien de manera ilegal.

Y tampoco soy precisamente una adolescente para andar haciendo estas trastadas a estas alturas.

—Estoy lista. —Digo ojeando la altura del muro justo antes de mandarlo todo al carajo y saltar para sorpresa de todos.

Sorren lanza un grito preocupado. Quizá porque he caído cabeza abajo a pesar de que mi intención era caer sobre mis pies tras hacer un salto elegante como los de Lara Croft que evidentemente acabo de fallar.

Tengo el pelo lleno de las ramas del arbusto sobre el que he caído.

—¿Estás bien? —Pregunta Sorren con cara aterrada asomando su cabeza por encima del muro.

—Shhhhh. —Le digo yo todavía tendida sobre el arbusto. —Calla o vas a alertar a seguridad y nos van a pillar.

Me lleva al menos cinco minutos deshacerme de las espinas que insisten en clavarse en mi chaqueta y durante todo ese tiempo la cabeza de James y luego la de Aaron y la de Zain se unen a la de Sorren.

—¿Ya habéis pensado en cómo va a salir? —Pregunta Zain con tono sensato. —No creo que pueda trepar las enredaderas ella sola dada la borrachera que lleva encima.

—¡Oye! —Se queja Bert asomando su cabeza por entre la de su sobrino y la de Aaron. —Seguro que a Jane se le ocurre algo. Es muy lista.

Mierda, pienso yo medio en pánico.

No había caído en eso.

Bueno, me digo, ya pensaré en algo.

Miro a mi alrededor. Estoy en la parte de atrás de la Casa Principal de la familia Reindeer. O una de ellas, ya que tienen muchas, una para cada Clan o manada y cada set de Alfas. Esta, en concreto, es la de los Alfas Supremos que gobiernan a la totalidad de su especie y a los otros Alfas Renos de Green Valley.

Y es, con perdón, jodidamente grande.

La mansión ocupa casi una calle entera y tiene un jardín tan grande que estoy segura que en él cabría dos veces mi casa entera y habría espacio entre ambos edificios.

—Venga, cariño, que tú puedes hacerlo. —Me anima Sorren, que está tan ebrio como yo y que lleva un disfraz de Papá Noel puesto después de haber intercambiado sus ropas de calle con las de uno de los Ciervos del bar-restaurant-karaoke.

Limpiándome el sudor de la frente, me acerco a la pared de la parte trasera de la casa mirando nerviosamente a mi alrededor.

Me parece de lo más extraño que no haya guardias de seguridad corriendo en mi dirección, pero lo dejo correr.

A caballo regalado no se le miran los dientes y todo eso.

Sacándome la guirnalda de luces y otros adornos del bolsillo trasero de los vaqueros, me escondo tras un árbol y observo mi entorno una vez más antes de correr entre risotadas nerviosas y divertidas al mismo tiempo hacia uno de los postes de metal de la mansión modernista de los Reindeer Supremos del lugar.

Se me ocurre que Bert, Zain, y Dexter, entre otros, están relacionados con los Alfas y que quizá se van a llevar una buena bronca si alguien descubre que han tenido algo que ver, pero lo ignoro en pro de centrarme en escalar el maldito poste sin caerme.

—¡Tú puedes, amor mío! —Grita Sorren haciendo bocina con las manos desde el otro lado del

jardín, y giro la cabeza para ver que la mayoría, incluidas Karen, Adele y Demi y las demás, se han subido al muro y están sentados sobre él charlando y mirándome y algunos grabándome con el móvil.

—Shhhhhh. —Les chisto audiblemente para que se callen y, por si acaso no me han escuchado, hago aspavientos con los brazos hasta que casi me caigo y tengo que agarrarme de nuevo al pilar.

—¡Lo sentimos, nos callamos ya! —Chilla James con su potente voz.

—¡Shhhh! —Acallo con mayor agresividad y miro a mi alrededor esperando ver un grupo de guardias aparecer por la esquina de la casa.

Pero no hay nadie. Y todo está a oscuras.

Qué raro.

Sintiendo curiosidad por el hecho de que la mansión esté a oscuras aparte de unas cuantas farolas encendidas en el jardín aquí y allá, trepo por el pilar con dificultad y me asomo al enorme ventanal de la planta superior.

Lo que veo me hace ahogar una risotada con la palma de la mano y luego quejarme porque me acabo de dar tal torta a mí misma que la piel de la boca me palpita.

—Joder. —Me quejo volviendo a acallarme con una mano segundos después, y me inclino con ojos como platos para confirmar lo que acabo de ver.

Sí, indudablemente. Es real.

Reconozco a Beth Reindeer y a Gabriel, su Emparejado, porque Beth es una de las muchas hermanas de Bert. Y la madre de Dexter y Zain, entre otros.

Aunque nunca me habría imaginado que me los encontraría haciendo el perrito con Beth vestida de Dominatrix y Gabriel con un collar literalmente de perro con guirnaldas navideñas en mitad de la cama de sus Alfas Supremos.

Supongo que todo el mundo tiene sus fetiches, me encojo de hombros.

La próxima vez que vea a la agradable y afable taxista no voy a ser capaz de aguantarme la risa.

Qué digo, en cuanto vuelva a saltar el muro y vea la cara de dos de sus hijos no voy a poder aguantarme las carcajadas.

Imaginarme sus caras cuando les cuente lo que acabo de ver me lo está haciendo muy difícil ahora mismo.

Mordiéndome los labios para no molestar a la Pareja, enredo con cuidado la guirnalda de luces en el pasamanos de metal y cristal de la terraza, procurando que los adornos extras queden colgados de manera bien visible y orgullosa, y la enciendo tras comprobar que la batería solar, que por suerte ya está cargada, está en su sitio.

Y bajo de nuevo por el pilar de metal todo lo silenciosamente que puedo, dando un salto el último metro y corriendo como una posesa de vuelta hacia el muro.

—¡Lo has conseguido, jefa! —Aplauda James.

—¡Tenemos que celebrarlo! —Añade Demi.

Sorren me agarra de las manos y me eleva con facilidad hasta que estoy sentada a su lado en el muro con la enredadera clavándoseme en el culo y entonces me besa con ganas, para deleite de unos y disgusto de otros.

Nos bajamos de un salto, con James ayudando a Demi a bajar más lentamente, y nos reímos de todo el asunto mientras ponemos rumbo al apartamento de Adele y Aaron a tomarnos algo y ver una película que posiblemente seamos incapaces de decidir ya que cada uno tiene una opinión y unos gustos diferentes.

—¿Qué es lo que había en la habitación? —Me pregunta Zain arrastrando de la mano a su enfermera Emparejada hasta situarse a nuestro lado. —Te he visto mirar y reírte.

En cuanto lo recuerdo, me río tan fuerte que Sorren tiene que sostenerme y me llenan la vergüenza y la diversión y se me ruboriza la cara.

—A tu madre. —Le suelto a Zain, que pone los ojos en blanco y resopla volviendo al lado de Aaron con su Pareja.

Y me doy cuenta de que se cree que es una broma, lo que me hace reírme todavía más.

Si se lo cuento, no creo que vayan a creermelo, deduzco.

Así que tal vez debería guardármelo para mí misma.

O contárselo solo a Sorren.

A nuestras espaldas, la guirnalda navideña especial de la Compañía Pelotón Tigre del Anillo cuelga de la terraza de los Alfás Supremos Reindeer en toda su gloria.

Con nuestra ropa interior enredada entre sus luces intermitentes de colores y ondeando alegremente en el viento nocturno y el teléfono de la Agencia escrito en cada una de las etiquetas.



LA MAGIA HA LLEGADO

Pam

Lo tengo todo ordenado en mi vida, tal y como me gusta.

En una agenda con listas que van de la A a la Z y por colores.

Así que no me cabe en la cabeza cómo se me puede haber pasado algo así.

—Pam, ¿has...?

Duncan se detiene en la entrada del baño y me mira con ojos como platos y la boca abierta de asombro.

—Sí. —Le confirmo. —Estoy embarazada.

Cosa que no esperaba que sucediera hasta dentro de al menos unos tres meses. En mi próximo Celo.

Ahora que Sonya es ya más mayor y que ya no necesita tanta de nuestra atención y que Duncan y yo tenemos más tiempo libre y muchas ganas de tener otro hijo, habíamos hablado de intentarlo.

De hecho, llevábamos intentándolo más o menos un año y medio, durante cada Celo que se ha presentado.

Pero al parecer la vida tenía otros planes para nosotros.

Es el día veintiséis, justo la mañana después de la noche de Navidad, y no podría haber llegado en un momento mejor.

Mi Predestinado, que a pesar de su apariencia de guerrero nórdico tiene un corazón de oro, se acerca hasta mí y me abraza con cuidado, besando mis labios con tanta emoción que se me llenan los ojos de lágrimas.

Puedo sentir su felicidad a través del vínculo que nos une, y que se funde con la mía propia, y apenas sé cómo reaccionar a semejante noticia.

El olor es inconfundible a pesar de que es la primera vez que lo siento provenir de mí. Lo noté en Clara, la Compañera de los gemelos, cuando ella misma estaba encinta con los mellizos, y mi instinto me dijo de qué se trataba; pero sentirlo provenir de mí y notar esas dos pequeñas y hermosas luces brillando en mi vientre es algo tan maravilloso que soy incapaz de creérmelo.

—Dos, ¿lo sientes? —Me susurra Duncan con lágrimas en los ojos. Sus habilidades son algo más intensas que las mías, pero aun así yo también soy capaz de sentirlos. —Dos. Mellizos, como Clara, creo.

Escondo la cabeza en el amplio pecho de mi esposo y Compañero porque estoy tan llena de emoción que apenas puedo sostenerme en pie.

Llevaba tiempo deseando ser madre otra vez, pero ahora que va a ser una realidad (y ojalá salga todo bien), no sé cómo reaccionar.

Estoy llena de amor y esperanza y anhelo, pero también de miedo y preocupación.

No sólo por el embarazo y el parto, sino también por Sonya.

Sé que sabe que estamos intentando tener un bebé porque se lo dijimos tras tomar la decisión,

pero una cosa es saberlo, como acabo de descubrir yo, y otra muy diferente enfrentarse a la realidad de ello.

Voy a ser madre. De nuevo. Esta vez no de uno, sino dos bebés.

—Duncan... —Ni siquiera sé qué es lo que quiero decir.

No me salen las palabras, y no puedo dejar de llorar.

Después de todo lo que pasé, de lo que pasamos Sonya yo, para llegar a este momento, casi parece que la vida no pueda ser tan maravillosa. Que es un sueño.

No me había sentido así en años, después de que mi Emparejamiento con Duncan fuese una realidad y me convirtiese en Loba por primera vez.

Después de la muerte de Terrence.

—Shhh. —Duncan me besa el pelo y me abraza con más fuerza y yo me acurruco contra él y dejo salir todo el estrés que de repente acaba de surgir. O quizá ya estaba ahí y lo había estado acumulando desde que tomé la decisión de tener un bebé. —Estoy aquí. Estoy aquí, mi Pam. Mi Predestinada. Todo va a salir bien. Vamos a estar bien.

Me dejo llevar por las palabras y la presencia de mi Predestinado.

Duncan es un bálsamo de paz y amor para mis sentidos. Siempre lo es.

A nuestro alrededor, y más allá de las paredes de nuestro hogar, puedo sentir al bosque susurrando una melodía llena de esperanza y afecto que inspira calma y me relaja y me hace sentir protegida.

Dios, no sé ni siquiera cómo fui capaz de vivir sin esta conexión toda mi vida.

Sin Duncan y sin el bosque a mi lado.

—¡Mamá, Kate y yo nos vamos a la fiesta de Navidad del colegio! ¿Nos vais a llevar o no? — Grita mi hija desde la planta de abajo.

Y, por supuesto, sin mi amada Sonya.

Me separo de Duncan y me limpio las lágrimas del rostro, besando con ternura los labios de mi Emparejado y pensando en cómo decírselo a Sonya.

Mi mayor miedo es que sienta que la estoy sustituyendo.

Eso no pasará jamás.

Ella siempre será ni niña.

El primer amor significativo de mi vida.

—Todo va a salir bien, Pam. —Me reitera Duncan con una sonrisa feliz. —¿Quieres que se lo diga yo?

Yo niego con la cabeza y trago saliva.

—Tengo que decírselo yo.

No es que él sea menos padre de Sonya que yo, pero siento la necesidad de ser yo quien lo comparta con ella.

Va a ser hermana, y quiero que sepa cuánto la quiero y que no voy a querer a sus hermanos más que a ella, y espero poder encontrar las palabras necesarias para ello.

—¡Mamá! —Grita Sonya asomando la cabeza por el hueco de las escaleras. —¿Qué es lo que pasa?

Está ya tan mayor que algo dentro de mí se rompe un poco, tanto de alegría como de pena, al verla. Pronto tendrá dieciocho y querrá irse a la universidad y quizá no sea la de Green Valley así que se irá lejos y el mero pensamiento de que eso suceda algún día, de que va a suceder algún día, me llena de terror y de maravilla.

Me hace tan feliz que pueda vivir una vida normal como la de cualquier otra niña. La de

cualquier otra adolescente.

Y, al mismo tiempo, me aterra perderla y verla quizá solo los fines de semana o una vez al mes o al año o esas cosas que suceden cuando los hijos se van de casa y hacen sus vidas.

Y, además, el mundo fuera de este valle mágico sigue siendo un lugar peligroso y preocupante.

—No pasa nada malo, cariño. Pero tengo que hablar contigo. —Le digo con una sonrisa temblorosa saliendo del baño y bajando las escaleras.

Su expresión de aprensión me hace sentir culpable. Ya ha superado muchos de sus miedos y preocupaciones que solía tener cuando era más joven, pero quizá la memoria del horrendo Terrence siempre la haga preocuparse algo más que el resto en cualquier situación de estrés.

Ello me enfurece tanto que a veces sueño con revivirlo para poder volver a matarlo.

Pero me doy por satisfecha de que haya un cabrón menos en el mundo la mayor parte de los días.

—Y, si no pasa nada, ¿por qué estabas llorando? —Pregunta con los labios prietos y los ojos entrecerrados, furiosa con cualquier persona imaginaria que a su entender me haya hecho infeliz. —¿Ha sido la señora Gretchen otra vez?

La señora Gretchen era una de las profesoras de Sonya, y una vez, durante una reunión de profesores y padres y en mitad de un Celo que me hizo demasiado emocional, me acusó de haber raptado a Sonya y de ser una cocainómana después de que me manchara el labio superior de azúcar glas tras comerme una ensaimada minutos antes de entrar en su oficina y no me diese cuenta de ello.

Al parecer, ella misma lo había sido en su juventud y el ver el polvo blanco sobre mi labio superior le trajo malos recuerdos.

Dimitió dos días después del incidente tras disculparse, pero Sonya ni perdona ni olvida fácilmente.

—No. No es nada de eso. —Niego con la cabeza y beso su mejilla indicándole que quiero que nos sentemos a hablar en la mesa de la cocina.

Duncan, que baja tras de mí, le pone una mano en el hombro y le sonrío con afecto, cosa que ayuda a que Sonya se apacigüe, ya que mi hija sabe que si Duncan está tranquilo es que no me ha pasado nada malo.

—¿Entonces qué es? ¿Quién ha sido? —Sonya se cruza de brazos, todo rastro de la alegría de estar a punto de irse con sus amigas de fiesta olvidada en pro de preocuparse por mí, y a mí me sobreviene una oleada de afecto tan intensa por mi hija que casi me echo a llorar de nuevo.

Estoy más emocional que de costumbre.

—Tu madre tiene algo que decirte. —Dice Duncan con paciencia dándome tiempo a recuperarme al ver lo tensa que está Sonya.

Me sueno la nariz con una servilleta de papel y la dejo a un lado, concentrándome en el presente y en decir lo que tengo que decir sin estropear más el momento.

—Estoy embarazada.

Así no es cómo había pensado en decírselo durante todas esas noches en las que me había quedado despierta preocupándome sobre cómo darle la noticia a mi hija adolescente en caso de que me quedara encinta. Había planeado discursos enteros. Palabras llenas de amor que la hiciesen entender cuánto la quiero y cuánto la seguiré queriendo siempre.

Pero mi estúpido cerebro ha decidido saltarse todo eso y dejar de funcionar, o eso parece.

Sonya se lleva las manos a la boca.

—¿Con un bebé? —Pregunta incrédula.

—Tal vez dos. —Confirma Duncan, demasiado feliz e impaciente como para callárselo.

Los ojos le brillan y su felicidad es como un amanecer que toca mi alma con su luz.

—Oh. —Suelta Sonya apoyando las manos sobre su regazo.

No sé qué hacer de esa reacción. Qué deducir. Qué pensar.

El momento se alarga y yo tengo ganas de llorar de nuevo porque acabo de estropearlo todo cuando en realidad tenía hermosas palabras preparadas que quería decirle a mi niña hasta que mi estúpida boca y mi maldito cerebro han decidido no cooperar.

—Me alegra. —Dice Sonya finalmente.

—¿Seguro? —Pregunto sintiendo mis ojos humedecerse una vez más.

—Mamá. —A Sonya se le suaviza la expresión y me mira como si fuese boba. —Claro que me alegra. Y sé que no vas a dejar de quererme y que el que yo piense eso os preocupa a ambos, así que deja de preocuparte tanto. Todo va a salir bien. —Me coge de las manos y yo rompo a llorar cuando la escucho decir lo mismo que me ha dicho Duncan una y otra vez.

Ambos se mueven hasta las sillas que hay a cada lado de mí y me abrazan y yo me siento tan abrumada por su evidente afecto, que siento en cada poro de mi cuerpo a través de sus auras, que lloro con más fuerza.

No sé qué se ha adueñado de mí. No es propio de mí el perder el control de esta manera, pero no soy capaz de evitarlo.

—Os quiero. —Balbuceo entre sollozos.

—Y nosotros a ti, mamá. —Solloza Sonya, afectada por mi arrebató. —Nosotros también te queremos.

Duncan nos abraza a ambas con fuerza y se me cruza por la cabeza que la escena que presentamos debe de ser más dramática que una película de James Cameron.

Pero esta es mi familia y no la cambiaría por nada en el universo entero.

Y ahora va a ser más grande, y no podría ser más feliz que en este momento.

O eso suelo creer cada día de mi vida desde que llegamos a Green Valley a pesar de que el universo mismo me lo desmiente de manera constante, sorprendiéndome de manera maravillosa cada día que paso en este mágico valle encantado.

Tres años después...

—¡Martin, no! Cariño, no. Eso no se lleva a la boca.

Duncan corre a quitarle la pila de la boca a nuestro hijo, que a sus dos años y tres meses es todo un torbellino lleno de curiosidad y de nulas inhibiciones o sentido del peligro, y yo me concentro en lograr que Erika se coma lo que queda de su plato sin que lo escupa y manche a su hermana por segunda vez.

Aunque Sonya suele encontrar las trastadas de sus hermanos de lo más divertidas, a mí no me parece gracioso el tener que volver poner una lavadora ese día.

Aunque sea Duncan quién lo haga casi siempre.

Martin se ríe al ver a su padre hacer muecas y trata de correr para subirse al sofá, y Duncan lo agarra con facilidad con una sola mano y levanta a nuestro hijo sentándolo en su regazo para así poder terminar de darle la comida sin que lo derrame por todo el salón como la última vez que algo como esto ocurrió.

De normal son niños muy tranquilos, pero esta mañana su tío Ewan, que es uno de sus

favoritos, les ha dado helado para desayunar.

Tanto Duncan como yo hemos jurado que no vamos a dejar que Ewan los cuide de nuevo hasta nuevo aviso. Natalie se ha disculpado por ello, pero Ewan tan solo se ha encogido de hombros cuando los hemos recogido de su casa hace unas horas tras afirmar que le encanta ser el tío favorito y que no ha podido negarse.

Aunque lo sea porque los llena de azúcar debido a que es incapaz de negarse cuando se lo piden.

El corazón de Ewan es demasiado débil ante la cara angelical de cualquiera de sus sobrinos y sobrinas aunque se niegue a admitirlo.

Debíamos haber sabido que algo así ocurriría.

Es Navidad, y habíamos querido pasar una noche solos los dos, cosa que no hemos hecho desde que los mellizos nacieron, así que dejarlos con Ewan había parecido una idea maravillosa ya que Sonya, que de normal cuida de sus hermanos cuando puede, había quedado para salir a ver una película con sus amigos, y el resto de los hermanos de Duncan tienen sus propias familias y sus asuntos de los que ocuparse estos últimos días a pesar de que los vemos a menudo.

Ha sido, pienso mirando a Erika golpear su silla entre risas animadas, una muy mala idea.

La última vez les compró chocolates a pesar de saber que los cachorros de Lobo son especialmente afectados por el azúcar, que aunque no les hace daño sí que les da *demasiada* energía.

—¿Seguro que no queréis que me quede?

—No te preocupes. —Le digo a Sonya besando su mejilla. —Vete. Que nosotros nos encargamos.

Mi hija mayor le hace cosquillas a su hermana, que se ríe con deleite y pide más, y se despide de nosotros con abrazos y besos antes de coger la maleta de viaje de la entrada de la casa y caminar hasta su coche.

Y yo me trago las lágrimas de la emoción.

Hace unos meses que entró en la universidad de Green Valley a estudiar Periodismo y que se mudó a un apartamento en la misma finca en la que vive una de sus dos mejores amigas, Helena Reindeer, tras haber viajado con su inseparable amiga Osa Kate y con Helena por Europa al acabar el instituto durante un año sabático.

Pero a pesar de que mi niña es ya mayor e independiente yo todavía no me acostumbro.

Para mí siempre será mi niña.

Duncan se acerca con Martín en brazos y me besa hasta que se me pasa el disgusto.

Ya debería de estar acostumbrada a verla salir y entrar de la casa en la que hace meses que ya no vive y además sé que está a tan solo unos minutos en coche de distancia, pero no creo que llegue a hacerme nunca a la idea. No del todo.

Ha crecido demasiado rápido.

—Mamá, yo amor. —Martín me besa llenándome la cara de babas y comida y yo me río cuando veo mi imagen reflejada en uno de los cristales del mueble de la televisión.

Menudas pintas.

—Mamá también te quiere. Os quiere. A todos.

La habitación de mi Sonya se va a sentir vacía durante mucho, mucho tiempo.

Pero, aunque duela, no lo tendría de ninguna otra forma.

Verla así, tan feliz y libre, sin miedo a nada y tomando su vida por las riendas, es un sueño hecho realidad.

Es mágico, si pienso en lo asustadas que estábamos ambas cuando llegamos a este valle y lo mucho que las dos hemos cambiado. Que hemos sanado.

—Muy bien. —Dice Duncan cogiendo a ambos niños en brazos sin esfuerzo, que se echan a reír con deleite, y besando mis labios de nuevo. —Vamos a acabarnos la comida y entonces papá jugará con vosotros a los bloques mientras mamá descansa.

Suspiro con una sonrisa y me río al ver cómo Duncan les hace cosquillas a los niños y consigue que coman sin rechistar después de agotarlos.

Mi mirada se desvía una vez más hacia la entrada de la casa y mi mente piensa en Sonya, pero esta vez logro sonreír sin echarme a llorar.

La echaré de menos, mucho, pero nada me hace más feliz que el hecho de que mi hija sea libre por fin de la sombra de Terrence.

Ya iba siendo hora.

Esa noche, el bosque canta una canción de cuna que cantó años atrás para una niña humana asustada la primera noche que ella llegó al valle, y la hace soñar con la música de los árboles y el silbido del viento y llena su corazón de una sensación de libertad y amor que estará con ella el resto de sus días.

Y la magia llena sus venas esperando a ser despertada por el rugido de un Compañero cuya presencia es una luz en el horizonte.



SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO

Ewan

—¿Estás seguro de que es por aquí, cariño? No recuerdo que hubiese ningún Bosque del Terror en las imágenes de la Web que vimos.

—Estoy seguro. No te preocupes, llegaremos enseguida.

Sé que mi Natalie puede sentir a través de nuestro vínculo que no estoy tan seguro como aparento, pero soy demasiado orgulloso como para admitir que es posible que, tal vez, me haya perdido un poco de camino al hotel.

O quizá mucho.

He vivido toda mi vida en Green Valley y conozco el valle y los bosques ancestrales de esta tierra como la palma de mi mano.

Y no recuerdo haber visto este camino ni estos árboles hasta ahora.

Puede que no tenga el don de mi hermano Duncan para comunicarme con el bosque, pero sigo siendo un Lobo, y no hay Lobo que se pierda en los bosques que son su hogar.

La mera idea es ridícula.

—Parece que hay luces allá arriba. —Señala Natalie mirando por su ventanilla, y yo me inclino hacia su asiento y veo que, efectivamente, hay luces en lo alto de la colina por la que asciende el sendero de tierra por el que nos hemos metido.

Tal vez haya cogido el desvío equivocado, aunque lo dudo.

Esta zona de Green Valley, situada en el noroeste de la ciudad y cerca de los límites de su territorio, es famosa por sus piscinas naturales de aguas termales y por los hoteles que aprovechan la constante ida y venida de los visitantes, que acuden de todas las partes del mundo debido a que se rumorea que tienen propiedades mágicas y otras sandeces, para llenar sus bolsillos, de los que la ciudad se lleva una buena porción en forma de impuestos.

Lo sé porque mi familia es propietaria de uno de dichos hoteles. Uno de cinco estrellas construido en forma de palacio, de altas torres blancas como la nieve y detalles Art Nouveau en dorado que mi propia abuela, arquitecta de profesión, diseñó y mandó construir, y del que la familia sigue obteniendo beneficios constantes dado que es uno de los hoteles más famosos del mundo.

Pero esta vez no nos dirigimos hacia allí a pesar de que no es raro que Natalie y yo disfrutemos de sus acomodaciones y que reservemos la suite familiar, que de todas las maneras mis hermanos y mi tío utilizan bien poco, para pasar unos días allí arriba relajándonos.

Hace unos meses Liam y los restantes miembros del Consejo de la Ciudad autorizaron la construcción de otro hotel en las cercanías, a un par de kilómetros en dirección opuesta a nuestro propio terreno en esta zona del valle, y Natalie y yo logramos reservar una habitación justo antes de que se agotaran las reservas pocos minutos después de haber salido al mercado.

A ambos nos alegró escuchar que ya no tendríamos que solicitarla con dos meses de antelación

como han tenido que hacer algunos, ya que el nuevo hotel se ha vuelto bastante famoso a través de las Redes Sociales a pesar de que hace menos de un par de días que abrió sus puertas de manera oficial.

No todos los días se construyen hoteles estilo onsen japonés con materiales, arquitectos y personal traídos desde Japón mismo en su totalidad. Incluso la familia que lo posee, los Kitsune, son un Clan de Cambiantes famoso en todo el mundo por la belleza y elegancia de su forma animal, y son quienes están detrás de todo el proyecto.

Tanto a Natalie como a mí nos gusta viajar a pesar que pasamos la mayor parte del tiempo en casa felizmente, y disfrutar de los hoteles del valle y sus alrededores es uno de nuestros pasatiempos favoritos.

Y llevamos tiempo deseando visitar este en particular.

Casi desde que se anunció su construcción después de que la familia Kitsune visitara el lugar y negociara su adquisición con el Consejo.

—¡Mira, Ewan! Creo que vamos por buen camino. —Dice Natalie señalando a un lado del camino unos metros más adelante.

Las luces del coche iluminan un altar lleno de figuras talladas en piedra y detengo el vehículo momentáneamente junto a él para echarle un vistazo.

Es hermoso.

Tanto mi Emparejada como yo valoramos y amamos el arte. Ella es pintora y yo trabajo con madera, ya sea haciendo esculturas o muebles o juguetes o cualquier cosa que se me ocurra, y las estatuas y el altar, que tienen un aire de antigüedad y un aura que infunde respeto y maravilla a su alrededor, nos inspiran reverencia.

Sabía que habían traído cada milímetro del hotel desde Japón tras haberlo diseñado y construido allí por partes, y que el mismo (cosa que a ambos nos tiene excitados) es en parte un antiguo templo en decadencia que fue adquirido, restaurado y reconstruido por la familia Kitsune y posteriormente se convirtió en la base central de su nuevo hotel aquí en Green Valley, pero no me había esperado que también trajeran altares y estatuas desde Japón.

Porque no me cabe duda de que vienen de allí.

—Podemos acercarnos cuando salga el sol y echarles un buen vistazo. —Digo cuando noto lo mucho que Natalie quiere salir del coche para admirarlas.

Siendo Lobos como somos, ningún bosque oscuro de ramas desnudas y aura misteriosa nos preocupa mucho. Somos los depredadores más peligrosos de por aquí y lo sabemos.

Pero es invierno y es noche cerrada, y hace algo más de una hora que nos hemos despedido de nuestra familia tras pasar una agotadora pero divertida tarde en la Feria de Navidad con algunos de mis hermanos y mis sobrinas, así que estoy deseando llegar al hotel.

Y mi Natalie también.

—Tendremos que levantarnos temprano. —Me dice mi Compañera mientras pongo en marcha el coche de nuevo tras echar un último vistazo al altar Sintoísta, y yo emito un sonido de acuerdo.

Vamos a pasar un par de días por aquí, así que espero que tengamos tiempo de verlo todo.

Aunque originalmente habíamos planeado quedarnos en el edificio y disfrutar de sus comodidades y de su arte, al parecer vamos a tener que cambiar de planes e incluir un paseo por el terreno en los mismos, porque sé que ambos estamos deseando descubrir más de estas sorpresas llenas de historia y significado cultural que no queremos perdernos.

—Pues sí que era este el camino. —Dice Natalie señalando el Torii que marca la entrada del camino que asciende la colina en la que está situada el hotel.

Pasamos por debajo maravillados por el trabajo artesanal del mismo y por su peso histórico y cultural. Otra pieza única de Japón que los Kitsune se han traído hasta aquí.

Impresionante.

Justo cuando el coche ha cruzado al otro lado, sentimos un escalofrío recorrernos y nuestros corazones laten audiblemente durante un par de segundos.

Detengo el coche.

—¿Qué ha sido eso? —Pregunta Natalie con confusión.

Yo le devuelvo la mirada sin saber qué decir.

No tengo ni idea, pero ambos hemos sentido la energía que había en el aire bajo esa puerta, de eso estoy seguro.

—Seguro que no ha sido nada. —Frunzo el ceño y pongo en marcha el coche de nuevo.

Sacudiendo la cabeza para despejar la mente, me centro en conducir y me digo a mí mismo que debe de ser el cansancio que hemos acumulado durante el día.

Si hubiera algo fuera de lo normal, nuestra sangre de Lobo lo habría notado, pero nuestros Lobos interiores están muy tranquilos, así que no me preocupo.

Debe ser que nuestra imaginación está un poco sensible tras haber encontrado ese altar Sintoísta a las afueras del hotel.

Es una maravilla el poder encontrar semejantes obras de arte en Green Valley. Tanto Natalie como yo amamos la cultura Japonesa, así que estar aquí esta noche es un privilegio.

No creo que hubiese tenido la paciencia de esperar dos meses hasta poder hacerme con una reserva, así que me alegra haberme quedado despierto hasta casi la una de la madrugada para poder pujar por una habitación cuando lo hice.

—Ya hemos llegado. —Sonríe Natalie con excitación cuando el hotel aparece tras girar un recodo del camino.

Es todavía más hermoso que lo que se podía ver a través de la pantalla de un ordenador. Las fotografías y vídeos no le hacen justicia al edificio.

Y los arquitectos japoneses que han restaurado y re-diseñado el ancestral templo para reconvertirlo en un hotel han hecho un trabajo impresionante.

Aparco en el garaje exterior tras enseñarle el código de nuestra reserva a través de la pantalla del móvil al guardia de la entrada, que nos deja pasar con rostro serio y nos guía hasta nuestro aparcamiento asignado caminando al lado del coche.

—Pensaba que las habitaciones estaban todas reservadas ya hasta dentro de meses. —Señala Natalie desconcertada.

Yo miro a nuestro alrededor tras apagar el motor y sacar las llaves y parpadeo, igualmente confundido.

Todos los aparcamientos están vacíos a excepción del nuestro y el de otra habitación. La 2-B.

Qué raro.

—¿Señores Wolf? —Pregunta el guardia cuando salimos del vehículo.

Es un hombre japonés. Alto y de piel cetrina y con una perilla bien cuidada. Y humano.

—Ewan y Natalie Wolf. —Nos presento.

El hombre asiente, parco y serio.

—Los estábamos esperando. Bienvenidos.

—Muchas gracias. —Sonríe Natalie, y ya sé qué es lo que va a preguntar antes de que lo intente porque es lo mismo que yo quiero saber. —Veo que el aparcamiento está casi vacío. Pensaba que todo estaba ya reservado hasta Febrero.

—Y lo está. —Afirma el hombre sin dar mayores explicaciones.

—Buenas tardes, Señores Wolf. Bienvenidos.

Nos giramos sorprendidos cuando vemos que, tras nosotros y a un par de metros de distancia, hay parado un joven japonés de sonrisa amistosa vestido con un kimono azul oscuro que se acerca acompañado por un par de hombres, también con kimonos pero estos en tonos grises, que a diferencia de él llevan máscaras blancas adornadas con anchas sonrisas de dientes amarillos y pintura roja en los ojos y en mejillas y boca y que se acercan silenciosamente a por nuestras maletas.

Ni siquiera habíamos sentido que estaban allí.

Y eso no es normal.

No cuando eres Lobo.

—Soy Takashi y les acompañaré a sus habitaciones si son tan amables de seguirme. Nos encargaremos de llevar su equipaje ahora mismo. —El macho se gira hacia el guardia. —Gracias, Jiro, puedes volver ya a tu puesto.

—De inmediato Takashi-sama. Estimados invitados. —Se despide el guardia inclinándose en una reverencia antes de dar media vuelta.

Mis instintos me dicen que Takashi es un Cambiante de Zorro y que los otros dos trabajadores, los enmascarados, son Cambiantes de Cuervo.

Una especie muy rara de ver y que no es conocida precisamente por su fertilidad pero sí por su predilección por vivir en pequeñas comunidades alejadas de los humanos.

—Muchas gracias. —Sonríe Natalie sin perder el ánimo. —Soy Natalie Wolf y éste es mi Emparejado, Ewan.

A estas alturas, yo estoy ya intentando no fruncir el ceño de nuevo.

No me gustan las sorpresas, a no ser que dichas sorpresas incluyan a mi Emparejada vestida con un conjunto de encaje que deje poco a la imaginación. Y no estoy acostumbrado a que mis instintos me fallen de semejante manera.

Takashi nos acompaña a la habitación y el disgusto se me pasa rápidamente en cuanto entramos por la puerta del hotel.

El interior, tal y como había imaginado, es una obra de arte en sí mismo.

Las puertas correderas pintadas con motivos tradicionales, el arte que cuelga de las paredes, las tallas de madera, los arcos, e incluso el suelo de madera y tatami.

Todo es perfecto.

Como si hubiésemos cruzado un portal hacia Japón mismo.

El personal se inclina cuando pasamos, y Takashi nos lleva hasta un par de puertas correderas tras las cuales están nuestras habitaciones: una zona para comer y otra para dormir separadas por otro par de puertas correderas delicadamente pintadas.

—Ewan, esto es increíble. —Se ríe Natalie dando vueltas sobre sí misma descalza sobre el tatami mientras mira a su alrededor.

En la pared opuesta por la que hemos entrado, otro juego de puertas correderas se abre hacia un porche de madera que está construido casi encima de una piscina de aguas termales privada que ya me veo disfrutando.

El cansancio está empezando a desaparecer.

—Si todo está en orden, mandaré que les traigan la cena. —Dice Takashi de manera serena.

—Todo está perfecto, gracias. Y estamos ilusionados por poder probar la maravillosa comida de su chef. —Responde Natalie con una sonrisa de oreja a oreja.

El chef del lugar, Genji Kitsune, es reconocido mundialmente por su habilidad en la cocina preparando platos tradicionales japoneses. Y por trabajar solo para su propia familia sin importar las ofertas que le lleguen.

—Muy bien, pues entonces me retiro. Por favor, llamen si necesitan cualquier otra cosa. — Takashi se inclina antes de salir de la habitación y cerrar las puertas tras de sí.

—Qué guapo es. —Suspira Natalie.

Yo suelto un bufido.

Supongo que si a uno le van los hombres altos y delgados de pelo negro y largo y piel de porcelana con rostro andrógino Takashi puede considerarse atractivo.

A mí no me lo parece.

Pero yo tengo un *bias* bastante evidente, pienso mirando a mi amada.

—Mira, nos han dejado un par de kimonos. —Señala Natalie hacia un mueble de pesada madera sobre cuya superficie hay, efectivamente, un par de simples kimonos. En azul para mí y en un tono más claro para ella.

Por suerte, son fáciles de poner. Más de lo que me había imaginado.

Nos miramos el uno al otro y nos ayudamos a ajustarnos el cinturón justo cuando suenan un par de golpes en las puertas correderas de entrada a la habitación, y estas se abren dejando ver a un grupo de mujeres delicadamente arrodilladas sobre el suelo que llevan en sus manos un montón de bandejas de madera cubiertas cuyo interior me está haciendo la boca agua.

—Bienvenidos, estimados invitados. —Dicen todas a coro sobresaltándonos.

—Mi nombre es Mikoto Kitsune y yo les serviré esta noche. —Se presenta la mujer del centro. —¿Cenarán aquí y ahora mis señores Wolf? —Inquiere la mujer que está al frente y evidentemente al mando y que es la única que no lleva una de esas máscaras, muy parecidas a las que los Cuervos de la entrada llevaban.

Y que, al igual que Takashi, es una Cambiante de Zorro.

—Eso sería maravilloso. —Responde Natalie alegremente a pesar de que nos hemos llenado el estómago con dulces y comida basura de la feria hace tan solo un par de horas tal vez.

Mi estómago ruge de hambre y me doy cuenta de que estoy famélico y de que no hay nada como la comida japonesa casera y original para causar apetito.

—Concuerdo con mi mujer, muchas gracias.

La Cambiante asiente y las demás mujeres, todas ellas Cuervos, entran en la habitación y sirven en silencio y de manera ordenada las numerosas bandejas sobre la mesa baja de madera que hay en el centro exacto de la habitación y luego salen de nuevo en perfecto silencio.

—Disfruten de la cena. Si necesitan cualquier cosa, estoy a su disposición. —Las mujeres hacen otra reverencia inclinando la parte superior del cuerpo y se retiran cerrando las puertas tras de sí con ademanes elegantes.

—Mira esto, Ewan, es genial. Aquí hay de todo.

Se me hace la boca agua. Hay de todo lo imaginable.

Desde ramen hasta sopa de ostras pasando por mariscos y verduras condimentadas. Y todo está delicioso.

Ambos comemos hasta reventar y decidimos darnos un baño antes de irnos a dormir tras haber descansado y charlado durante un rato sobre nuestros planes para mañana.

O eso planeábamos.

Nos despertamos unas horas más tarde, todavía en plena noche, con el sonido de un festival en curso.

Hay tambores y flautas, voces entonando cánticos e instrumentos de música que desconozco emitiendo sonidos armoniosos y llenos de misterio.

—¿Qué es lo que ocurre?

Natalie se frota los ojos adormilada y yo me aparto el pelo de la cara y me incorporo del futón frunciendo el ceño.

—Nadie nos dijo nada de un festival.

En el teléfono móvil pone que son las tres en punto de la mañana.

Gruñón, como siempre me pasa cuando cualquiera que no sea mi Emparejada me despierta de malos modos, me levanto y me pongo el kimono que me había quitado cuando anoche hicimos el amor antes de irnos a dormir, atándolo sobre mi cintura con ademanes irritados.

—Quédate aquí, iré a ver qué pasa.

—Oh, no. De eso nada. Si es una fiesta de algún tipo quiero verla. Parece que se lo están pasando en grande. —Me responde mi Natalie poniéndose su propio kimono azul claro con estampado de flores.

Con los pies vestidos únicamente con los calcetines blancos que estaban junto a los kimonos y llenos de curiosidad, asomamos la cabeza por las puertas buscando a Mikoto o a Takashi para preguntarles qué es lo que está ocurriendo, y lo que nos encontramos es a un montón de los trabajadores de las máscaras corriendo de un lado a otro llevando bandejas en sus manos cargadas de comida y bebidas.

A lo largo del pasillo, todas las puertas de papel de arroz pintado están iluminadas por las cálidas luces de las lámparas que cuelgan del techo y las situadas en el interior de las habitaciones.

De las que sale una algarabía llena de júbilo.

A través del fino papel, se pueden ver figuras en forma de sombras que ocupan las habitaciones y que al parecer se lo están pasando de lo lindo.

—Deben de haber legado los demás invitados. —Señala Natalie a pesar de que está tan confusa como yo.

Cuando los trabajadores abren las puertas que están justo en frente de nosotros para entrar las bandejas, lo que vemos nos hace abrir los ojos como platos.

Cambiantes.

Muchos.

Docenas de ellos.

Llenando cada habitación y vestidos con los mismos kimonos que llevamos puestos nosotros o con algunos más elaborados.

Eso, los que están en forma humana, porque los hay, y muchos, que están tranquilamente sentados, bebiendo o comiendo, en su forma animal.

Hay Jabalíes, Ciervos, Osos, Macacos, Faisanes,... debe de haber al menos uno de cada especie.

Y todos ellos son japoneses, noto tras observarlos unos segundos.

Al parecer, hay algún tipo de celebración en curso esta noche y el personal del hotel se ha olvidado de avisarnos.

—Estimados señores Wolf. —Mikoto se acerca hacia nosotros por el pasillo, vestida con un kimono rojo adornado con cuentas e hilos dorados y el cabello negro ébano recogido de manera elegante y salpicado con joyas en oro y perlas, y se inclina con respeto juntando las manos con una sonrisa. —Lamento si les hemos despertado.

—No hay problema. —Afirma Natalie antes de que yo pueda abrir la boca para quejarme. Mi Emparejada tiene los ojos brillantes de excitación y sé que está pensando en que todo esto es único y en que no le importa en lo más mínimo que la hayan despertado a la fuerza con la algarabía si puede vivir una experiencia irrepetible como esta. —Parece que todo el mundo se está divirtiendo mucho.

Cruzo los brazos sobre el pecho con ademán serio, dejando claro de manera no verbal que, a diferencia de mi Natalie, yo no estoy nada contento de que me hayan molestado mientras dormía.

—Sería un placer para nosotros el que se unieran a las festividades de esta noche.

—¡Eso sería genial! ¿A que sí, cariño? —Natalie ríe alegremente y yo gruño como respuesta sin estar muy seguro de que haya nada de genial en esto, por muy interesante que sea para ella.

Solo son un puñado de cambiantes emborrachándose y bailando canciones cuya letra desconozco.

—¿Qué es lo que se celebra? —Pregunta mi Compañera con curiosidad inagotable.

—El Gran Pacto que unió a todas las especies de Cambiantes en nuestra tierra hace ya tres mil años en una alianza que se ha mantenido hasta nuestros días.

—Guau. —Natalie me da un codazo de la sorpresa y yo la cojo de la mano para que no vuelva a hacerlo sin darse cuenta. —Eso es increíble. Y es maravilloso que nos inviten a participar. ¿No es verdad, Ewan? Es un honor que semejante hito histórico se celebre este año en Green Valley.

Asiento a regañadientes.

No me parece nada maravilloso el emborracharse y comer de nuevo hasta reventar. Eso ya lo hemos hecho antes en alguna fiesta. Y eso es lo que parece que están haciendo el resto de los invitados.

Mikoto no dice nada más al respecto pero no puedo dejar de notar el hecho de que sus labios se han curvado momentáneamente con algo parecido a la diversión cuando Natalie ha mencionado nuestra tierra.

—Por supuesto. —Dice la Cambiante de Zorro cordialmente. —Puedo acompañarlos al jardín donde el festival principal tiene su lugar o puedo ordenar que traigan sake y comida a su habitación si lo prefieren.

—¿No hay alguna habitación lejos del ruido? —Pregunto antes de que mi Natalie pueda cortarme y me llevo una mirada irritada por parte de mi Compañera como regalo.

Resoplo de nuevo.

He venido hasta aquí a admirar el arte y la artesanía y a disfrutar de las aguas termales, no a emborracharme con sake japonés en una fiesta inesperada por mucha celebración histórica que sea.

Pero Natalie está en desacuerdo.

—Nos encantaría que nos acompañaras hasta el jardín, si eres tan amable.

Mikoto nos guía hasta el otro lado del pasillo, por donde cruzamos hasta un hall lleno hasta los topes de gente en diferentes estados de embriaguez, todos ellos Cambiantes y todos ellos japoneses, y más adelante un genka, creo que se llama, donde nos ofrece dos pares de sandalias de madera de tamaño perfecto que nos calzamos sobre los calcetines blancos.

Perfecto. Una noche de insomnio rodeado de borrachos.

Lo que me faltaba.

Lo único que me alegra de todo esto es que mi Emparejada parece estar excitada y alegre de participar en las festividades a pesar de que no deja de bostezar.

El jardín está tan lleno de luces y colores que es difícil ubicarse y tengo que parpadear varias

veces para que mis ojos se ajusten a la luz.

—Mira, Ewan. Esto es precioso. —Natalie mira a su alrededor maravillada, e incluso yo debo admitir que el lugar es magnífico.

Dos enormes estatuas de piedra en forma de Komainu, el león-perro guardián japonés de templos y lugares sagrados, adornan el pie de la escalera de piedra que desciende hasta un camino de grava que atraviesa el terreno.

La hierba es verde. Los árboles coloridos y frondosos. Y el clima agradable.

Y yo me quedo mirando la imposibilidad de todo esto.

Estamos en mitad del invierno Canadiense.

Y, sin embargo, acabamos de entrar a un jardín japonés que parece estar a principios de otoño, con un clima cálido y agradable y lleno hasta los topes de gente, tanto en su forma humana como animal, sentada alrededor de mesas bajas, sobre alfombras y cojines coloridos, dispuestas aquí y allá bajo árboles de cerezo.

Cerezos que además, para añadir más surrealismo a la escena, están en flor.

—¿Pero, qué....?

Me giro hacia Mikoto, pero la Cambiante ya ha desaparecido dentro del edificio.

Natalie tira de mi brazo y me giro para ver que Takashi está frente a nosotros vestido con un largo y elaborado kimono azul real y verde bordado en oro que hace juego con sus ojos que, ahora que lo miro más de cerca y bajo una buena luz, me doy cuenta de que tienen colores desiguales.

Uno es verde y el otro azul.

Qué curioso.

El Zorro parece de lo más contento y de su brazo cuelga una humana de unos treinta y pocos años que reconozco de Green Valley y que creo recordar haber visto alguna que otra vez por las calles de la ciudad.

—Es un honor que hayan decidido unirse a nosotros, estimados invitados. —Nos saluda Takashi con los ojos brillantes de la felicidad.

—¡Gracias! —Exclama Natalie alegremente.

Miro a la humana de reojo. Tiene el pelo marrón oscuro, casi negro, y un par de ojos marrón chocolate tras unas gafas de montura azul oscuro. No es ni guapa ni fea. Bastante normal y con una figura que también está en la media.

Y está claramente el Cielo.

De manera reciente.

Por el Zorro.

Parece ser que no es que se hayan acercado a saludarnos y a invitarnos a una de las mesas, me sonrío, sino que nosotros los hemos pillado a ellos escaqueándose de la fiesta para aparearse y Emparejarse.

—Hola. —Saluda la mujer humana con una sonrisa avergonzada y las mejillas coloreadas. — Soy Mirtle. No sé si te acordarás de mí, creo que fuimos juntos a la misma universidad.

Asiento de manera ausente y le devuelvo la sonrisa sin pensarlo mucho porque el Zorro acaba de ponerse tenso y posesivo y sé que está marcando territorio por el olor que emite.

—Natalie, creo que aquél señor de allá nos está llamando a su mesa. —Carraspeo poniendo una mano sobre la cadera de mi mujer.

No es que le tenga miedo al Zorro, pero no quiero que la tensión que claramente tiene el macho encima con toda la excitación y el deseo que deben de estar volviéndole loco (cosa que sé de primera mano) y el estar rodeado de otros machos sin Emparejar, acabe en reyerta.

Me gustaría poder volver al hotel en un futuro en el que todo esté más tranquilo y no hayan festivales de por medio.

Y para ello debo de intentar no liarme a palos con el que sospecho que es uno de sus dueños. O el hijo de los mismos al menos.

—Encantado. —Murmuro al pasar arrastrando a mi Emparejada hacia la mesa en la que uno de los Cambiantes, otro Zorro más, esta vez mucho mayor que los otros dos (que deben ser sus hijos por el parecido físico que tienen), nos está indicando que quiere que nos sentemos a su lado.

—Ewan, me gustaría haber hablado un poco más con Takashi. —Se queja Natalie justo antes de sentarnos junto al otro Zorro.

—Ah, perdonen a mi hijo. Tiene un poco de prisa. —Se ríe el macho indicándole a uno de los sirvientes enmascarados que nos sirva algo de sake para hacer un brindis. —¡Por mi hijo Takashi y el que por fin me vaya a dar nietos! —Exclama, y el resto de invitados se unen gritando cosas que prefiero no discernir y se echan a reír tras beberse el vaso de sake.

—Soy Tadashi Kitsune, por cierto.

—Un honor, señor Kitsune. —Digo mientras Natalie tose para quitarse el sabor del vino de arroz de la boca.

—Nada. Nada. El honor es mío. Todo mío. Es un placer que estén aquí en Japón con nosotros esta noche.

—Espere. —Me detengo antes de llevarme la segunda copa, que Tadashi insiste en que debemos beber, a los labios. —¿En Japón? ¿Cómo que en Japón? Estamos en Canadá.

Tadashi se ríe.

—Ah, un pequeño truco de mi mujer. Siempre se le han dado bien los portales, y sabíamos que la Compañera de Takashi vivía en estas tierras, así que, ¿por qué no unir ambas realidades?

Tanto Natalie como yo nos quedamos en silencio anonadados por lo que acabamos de oír.

O el hombre dice la verdad o está loco, porque está claro, según lo que me dicen mis instintos, que él se cree palabra por palabra lo que acaba de decir.

—Magia, ¿eh? —Digo lentamente pensando en que definitivamente el Zorro está chiflado.

—Magia o como uno quiera llamarlo. —Asiente el macho de mayor edad.

—Ajá.

Me giro hacia Natalie y le indico que no beba más del sake.

Quién sabe si causa intoxicaciones alucinatorias de algún tipo.

Pero ella pone los ojos en blanco y se lo bebe de todas formas a pesar de que ello la hace toser de nuevo.

—Abre un poco más la mente, mi amor. —Me riñe. —El universo es un lugar inmenso y lleno de fuerzas desconocidas.

Tadashi grita lo muy de acuerdo que está con lo que mi esposa acaba de decir y se levanta alzando una vez más su copa de sake.

—¡Por la magia, por el universo, por el amor y las fuerzas del Destino! —Exclama a pleno pulmón apenas haciéndose oír por encima del ruido de los demás Cambiantes.

La gente corea su brindis, o al menos algunos intentan repetirlo o hacen su propia versión tergiversada del mismo, y yo alzo una ceja y evito poner los ojos en blanco porque no quiero ofender al hombre.

—Así que.... —Digo lentamente. —Esto es Japón.

—Efectivamente. —Dice Tadashi señalando con un ademán a su alrededor. —Bueno, más o menos. Mi esposa tiene hechizado el lugar para que el invierno no lo toque. Y para que podamos

entendernos a pesar de que ustedes no hablan ni una pizca de japonés.

Abro la boca para discutir y me quedo en blanco.

Y entonces me doy cuenta de que toda la gente que hemos conocido esta noche, con excepción del guardia de entrada, estaba hablando el perfecto japonés.

Que mi cerebro traduce al inglés automáticamente de manera constante sin apenas procesarlo.

A mi lado, Natalie deja salir una exclamación ahogada.

Ella también acaba de darse cuenta.

Al ver nuestras caras, Tadashi se echa a reír una vez más, y se levanta de nuevo sobre pies inestables para hacer un nuevo brindis.

—¡Por los nuevos amigos, la familia, y por mi esposa! —Grita. —Jenna, ¿dónde estás?

—Aquí. —Responde una voz femenina que, a pesar de su suavidad, es audible por encima de la algarabía.

Nos giramos para ver caminar hacia nosotros a una mujer de largo cabello dorado, profundos ojos azules, y rostro angelical, de edad indeterminada, vestida con un pesado kimono blanco y azul con bordados de Zorros saltando y bailando en dorado en los bordes y en las mangas del mismo.

Jenna Kitsune, esposa de Tadashi Kitsune, nos sonrío serenamente antes de sentarse con ademanes delicados al lado de su Emparejado, que la mira con ojos enamorados y sonrisa ancha y alegre.

Pero no es su aspecto ni el imposible color cerúleo de sus ojos lo que a mí me choca.

No.

Es el aura de poder y sabiduría antigua que hay a su alrededor, pesada y brillante y casi visible en el plano físico.

—No eres humana. —Sé en cuanto la miro.

Ella se ríe con un sonido que me recuerda a las pequeñas campanas de plata que solía colgar con mamá en el árbol todas las Navidades.

—Claro que no. —Dice Tadashi. —¡Es Kitsune!

Pero yo niego con la cabeza, sé que ellos saben a lo que me refiero.

Natalie pone una mano en mi antebrazo y acaricia mis músculos tensos.

No noto ningún tipo de peligro, pero el pelaje de mi Lobo está erizado.

—¿Qué es lo que eres? Nunca había sentido a nadie como tú.

Tadashi suspira y besa la mano de su esposa, pero hay tensión en sus hombros y sus ojos están llenos de cautela.

—Es mi esposa y la dueña de mi corazón, eso es lo que es.

La mujer, que cada vez estoy más seguro de que ni es Cambiante ni es humana, besa la mejilla de su Emparejado con afecto.

—Está bien, Tadashi. —Le sonrío, y el Zorro se relaja, pero continúa con un ojo puesto en mí y los labios en una línea tensa llena de advertencias.

A nuestro alrededor, la fiesta prosigue y los invitados continúan con sus celebraciones ajenas a la tensión de nuestra mesa.

—Soy lo que llamaríais una bruja, Ewan Wolf.

—Las brujas no existen. —Me apresuro a decir mordiéndome la lengua para no soltar un bufido.

Natalie no dice nada y sé que, a diferencia de mí, ella sí que cree en las palabras de la mujer.

Jenna se ríe entre dientes.

—Vengo de un plano diferente. De un mundo que tiene muchas similitudes con el vuestro y, también, muchas diferencias, y al que nosotras llamamos Aesilath. El mundo espiritual.

Niego con la cabeza.

—Imposible.

—Cree lo que te venga en gana, chico. Pero yo he estado allí y sé quién y qué es mi mujer, y ella no miente. —Gruñe Tadashi entre dientes mientras se sirve otra copa de sake.

Este hombre tiene un aguante increíble, pienso de manera distraída, ni siquiera parece que el alcohol le afecte.

—Crearás aquello que desees creer, veas lo que veas y percibas lo que percibas, porque eso es lo que hacemos todos. —Dice Jenna cogiendo el pequeño plato de sake que su marido le ofrece. —Dar sentido a la realidad dentro de unos márgenes que nos permitan vivir en dicha realidad de manera cómoda, y sin plantearnos mucho más allá de lo que nos rodea, es como sobrevivimos a un universo demasiado vasto e inmenso y cuya complejidad no comprendemos.

Me encojo de hombros.

Tiene razón por muy cáusticas que sean sus palabras, pero aun así me cuesta admitir que su presencia es definitivamente nada que yo haya visto, sentido, u olido antes.

—Como quieras.

Es lo último que recuerdo haber dicho esa noche.

Natalie, a diferencia de mí, se embarca en una animada conversación sobre ese mundo del que supuestamente Jenna proviene y se pasa la noche hablando con ella.

Pero yo no puedo quitarme la sensación de incomodidad de encima.

Nunca me ha gustado pensar en que hay fuerzas que no puedo controlar. Fuerzas mayores que yo. Más poderosas.

Peligrosas.

Que pueden poner en peligro a mi Natalie y a mi familia y amigos y contra las que yo solo puedo sentir impotencia.

La impotencia de ver sufrir a los que más amo es mi mayor miedo, y descubrir que la magia y las brujas, o lo que quiera que sea esta mujer, existen, no es precisamente agradable para dichos traumas.

Nos despertamos a la mañana siguiente sin tener ni idea de cómo llegamos anoche a la habitación. Lo último que recordamos ambos es el haber bailado alrededor del fuego y después haber visto a Mikoto, vestida con ropas ceremoniales, bailar una danza tradicional propia de la celebración.

Ese día lo pasamos sin ver nada más de la familia Kitsune.

Los trabajadores enmascarados se encargan de cubrir todas nuestras necesidades, y la mayor parte del tiempo lo pasamos explorando el hotel y sus terrenos y disfrutando de las aguas termales.

Pero mi mente no deja de dar vueltas a Jenna y a Tadashi y a cosas que escapan de mi entendimiento.

Esa noche, no hay ni festival ni apariciones inesperadas ni nada por el estilo y, poco a poco, me encuentro relajándome y buscando nuevos sentidos a lo que ocurrió la noche anterior.

Cuando nos despedimos a la mañana siguiente, un contento Takashi está en lo alto de las escaleras, y colgada de su brazo Mirtle sonríe ampliamente y se despide de nosotros, evidentemente feliz de quedarse atrás con su Emparejado.

—¿Has sentido eso? —Me pregunta Natalie al pasar por debajo de la Torii minutos después.

Yo rezongo con un sonido que ni es de acuerdo ni de desacuerdo.

Y empujo hacia el fondo de mi mente el tintineo que siento en todo el cuerpo y el latir de la energía que siento al pasar por debajo de la puerta.

Como si estuviésemos atravesando un velo que une y a la vez separa dos realidades diferentes.

Semanas después, los recuerdos de esa noche se han ido desvaneciendo como si fueran engullidos por una bruma, pero la sensación de que hay algo más allá de este mundo todavía persiste.

Y, a veces, sueño con la voz de mis padres y los veo reír juntos, flotando como dos nebulosas de colores entrelazadas sobre un océano de luz en cuyo horizonte se alza una ciudad blanca y brillante llena de altos y coloridos árboles.

Y me susurran que no tenga miedo de aquello que desconozco.

Y me despierto con una sensación de paz que perdura en mí día tras día y que me reconforta el alma y el corazón casi tanto como el amor que siento por mi Predestinada.

Tal vez, pienso en esos momentos, el hecho de que el universo sea tan inmenso e impredecible no es algo que deba causarme aprensión.

Sino una aventura que espera a ser descubierta.

Una llena de magia.



6

Feliz Navidad

Clara

—Estos son preciosos.

Giro la pantalla del ordenador para que Blake pueda echar un vistazo.

—Sí que lo son...

—Oigo un *pero* en esa frase.

—Cariño, ¿no crees que ya tenemos bastantes?

—Son mellizos, Blake. Dos personitas. Necesitan muchos zapatos.

—Clara, mi amor. Tienen tres meses, ni siquiera andan... y ya les has comprado casi cincuenta pares de zapatos que ni siquiera pueden llamarse zapatos porque no van a *andar con ellos*.

Frunzo los labios pero no respondo. Sé que tiene razón, pero es que son tan bonitos.

Tan diminutos.

Podría ponérmelos en un dedo y faltaría espacio. De hecho, *puedo* ponérmelos en un dedo sin problema alguno.

Soy consciente de que tengo un problema.

Empecé a comprar ropa de bebé incluso antes de que nacieran. Nada más saber que estaba embarazada.

Y ahora no puedo parar.

Los pequeños zapatitos, en especial, son una adicción.

No sé qué me pasa, pero es que es ver esas diminutas prendas de ropa, tan adorables, tan chiquitinas, y algo dentro de mí salta de excitación y ternura simplemente de lo encantadoras que son.

Vamos a tener que reconvertir una de las habitaciones en un almacén para toda la ropa de bebé que no puedo para de comprar a pesar de que la mayoría mis hijos no llegarán a ponérsela porque no dejan de crecer cada día más.

Y porque hay demasiada como para que lo hagan a no ser que los cambie de ropa cinco o seis veces al día.

Suspiro.

—Tienes razón. —Admito cerrando la pantalla del portátil.

Adrien está con los mellizos en la habitación, ya que es su turno de cantarles nanas hasta que se duerman.

Los pequeños Lobos están cada día más activos y despiertos y últimamente solo quieren que se les coja en brazos y que jueguen con ellos. Y eso que todavía no pueden ni gatear.

Me alegra que mis dos Compañeros sean tan excelentes padres y estén más que felices de pasarse el día alimentando, cambiando pañales, y jugando con sus hijos.

Hasta creo que los adoran más que yo.

Mis pequeños, Fenris y Athena, son la perfección hecha persona. Y cada día, cuando los miro, me asombra el haber sido capaz de crear algo tan maravilloso.

Cuando pienso en ello, el hecho de que seamos capaces de crear a otra persona, a otro ser vivo, es un milagro en sí mismo.

Nunca imaginé que amaría tanto a alguien como amo a esta familia que Adrien, Blake, y yo, hemos formado juntos.

Cada vez que veo las pequeñas manitas y deditos y piececitos y caritas de mis hijos el corazón se me derrite de amor.

Cada día aprenden a sonreír con mayor asiduidad y sus sonrisas desdentadas me hacen querer reír de alegría.

Mis adorables bebés.

Me están entrando ganas de llorar de la emoción otra vez.

—Clara. —Susurra Blake sentándose junto a mí en el sofá y abrazándome. —Mi dulce Compañera.

—Lo siento. —Sollozo. —Es que son tan pequeños. Y tan perfectos.

—Lo sé. Lo son, ¿verdad? —Blake se aclara la garganta y sé que está tan emocionado al pensar en ellos como yo.

Ver las caras de mis Compañeros cuando sostuvieron a sus hijos en brazos por primera vez en la sala de partos y sus lágrimas cuando se echaron a llorar, abrumados por la emoción, fue uno de los momentos más felices de mi vida. Y de las suyas.

No hay día que no demos gracias a los Espíritus y a la Madre Naturaleza y al mundo por ello.

No puedo esperar para verlos crecer, pero al mismo tiempo tampoco quiero que crezcan demasiado y demasiado rápidamente.

—Se han dormido al fin. —Murmura Adrien bajando las escaleras con el monitor vigila-bebés en la mano.

Los tres estamos cansados y despeinados y hemos visto días mejores a pesar de que tenemos más tiempo para descansar que otros padres, ya que nos turnamos para cuidar de ellos y además nos hemos tomado unos años sabáticos con el trabajo para dedicarnos a cuidar y ver crecer a nuestros hijos, cosa que es un privilegio que agradecemos.

Adrien y Blake han dejado en manos de una administradora profesional el hacerse cargo del cuidado de sus inversiones y propiedades que heredaron de su familia al llegar a la mayoría de edad, cosa de la que antes se encargaban ellos personalmente, y yo he dejado a un lado las Redes Sociales y mi trabajo como periodista en varias revistas de moda y de viajes de momento.

—¿Vas a cocinar algo o pedimos comida China? —Le pregunta Adrien a su hermano tomando asiento junto a mí en el sofá.

Blake es el cocinero de la casa, y la verdad es que cada día se supera más con sus platos. Cada comida que hace es más deliciosa que la anterior.

—Cocinaré algo si tú cargas y descargas el lavavajillas.

—Hecho.

Blake besa mis labios con ternura antes de levantarse y empezar a sacar ingredientes de la nevera en la cocina abierta que hay junto a la zona de comedor y Adrien, contento de no tener que levantarse durante un rato, se acurruca contra mí y me pasa un brazo por los hombros, empujando mi cuerpo suavemente hasta que mi cabeza está cómodamente apoyada sobre su hombro.

—¿Zapatitos de bebé otra vez? —Pregunta con una sonrisa.

Me conoce bien.

—Siempre podemos donar lo que ya no les venga más adelante. —Me dice cogiendo el portátil de la mesita y abriéndolo en la página de la tienda de ropa para bebé que estaba ojeando yo hace unos minutos.

—Adrien, ya tenemos demasiados.

—Piensa en ello como en una donación, hermanito. —Dice Adrien girando la cabeza hasta que puede mirar a su gemelo por encima del hombro, y yo sonrío cuando veo de nuevo la página de los adorables zapatos estilo marinero de los que me había enamorado antes.

No es mala idea lo de la donación, pienso mordiéndome los labios.

Blake suelta un bufido.

—Al final no vamos a caber nosotros en la casa. Todavía hay cajas y bolsas en el vestidor de los mellizos que no hemos abierto. —Se queja. —No, espera, borra eso que acabo de decir. El mero hecho de que los mellizos tan solo tengan tres meses y que ya tengan un vestidor propio es ridículo. Todavía son demasiado pequeños para saber siquiera qué es la ropa. Seguro que les daría igual si fuesen por ahí desnudos. A mí me la daba.

—Tú eras un escándalo andante de niño. Te negabas a ponerte ropa hasta que cumplimos los cuatro o cinco años. Papá siempre andaba detrás de ti con un par de pantalones en la mano.

Blake se ríe con los ojos llenos de cariño por un hombre cuyo nombre es cada día más fácil de pronunciar para ellos.

Durante mucho tiempo, hablar de sus padres solo les causaba tristeza. Pero poco a poco los buenos recuerdos van sobrepasando los malos y el trágico amargor del final de Nero y Hera Wolf, cosa que me alegra inmensamente.

—Papá merecía ganar un premio al padre más paciente del siglo. —Dice Blake mientras hecha los ingredientes que acaba de cortar en una sartén.

El escucharlos hablar de su infancia siempre me llena de curiosidad. Yo provengo de una familia amplia y unida, pero la familia Wolf es un mundo aparte. Tal vez porque los hermanos están tan apegados y encariñados unos con otros.

No hay día que uno de ellos no llame o se pase por la casa a ver cómo están sus hermanos o sobrinos (o yo).

Los Wolf, a pesar de la reputación que solemos tener los Lobos de ser solitarios y territoriales y poco amigables, son de hecho muy sociables y tienen un fuerte vínculo familiar.

Miro la pantalla del ordenador y me planteo si comprar los zapatos o no. Es cierto que Blake tiene razón. Y que, aunque podamos donar lo que compro más adelante, quizá debería rebajar un poco mi recientemente descubierta pasión por la ropa infantil. Y los adornos infantiles. Y los muebles pequeños como el juego de sillitas y mesa de ratán apto para niños de dos o tres años que compré hace poco a pesar de que todavía faltan años para que mis hijos puedan usarlo.

Convertirme en madre, al parecer, me está volviendo loca con todo lo que tenga que ver con las cosas fabricadas para los niños. Incluso he comprado un juego de toallas pequeñas con dibujos infantiles.

Sé que es ridículo, pero no soy capaz de parar.

Suspirando, cierro la página de la tienda sin comprar nada y apago el ordenador para evitar tentaciones.

Y me digo a mí misma que es hora de empezar a hacer un esfuerzo en ser menos consumista.

Propósito de año nuevo que espero poder cumplir.

Los mellizos se despiertan justo cuando hemos acabado de comer y estamos compartiendo algunos de nuestros respectivos recuerdos de la infancia y los tres subimos hasta su habitación

cuando oímos sus lloros, como si no llegar en segundos a consolarlos fuese a provocar el apocalipsis.

—Tienen hambre. —Dice Adrien cogiendo a su hija en brazos y haciéndole carantoñas hasta que se ríe.

Me siento en la mecedora que hay junto a la ventana y, mientras alimento a mis hijos uno después del otro, no puedo dejar de maravillarme una y otra vez de lo diminutos y absolutamente perfectos que son.

Creo que nunca dejaré de hacerlo sin importar cuanto crezcan.

—Mañana ya es Navidad. —Murmura Adrien sentado en uno de los sillones sosteniendo a un alimentado Fenris en brazos y lo llena de besos mientras intenta que sus pequeños puños suelten el mechón de pelo que ha cogido y se niega a dejar ir.

—Y no hemos comprado regalos este año. —Nos recuerda Blake.

Me siento un poco culpable al respecto, pero la verdad es que hemos estado tan ocupados adorando a nuestros hijos y yo recuperándome del parto poco a poco que ni siquiera habíamos caído en que Navidad estaba a la vuelta de la esquina.

Lo he hablado con las chicas y Sheila, Nina, y Pam me han asegurado que les comprarían algo a las niñas de nuestra parte, así que por ese lado no hay problema. Y además los mayores saben que no hemos tenido ni tiempo ni nos hemos acordado de comprarles nada.

Pero, aun así, presentarme en casa de Liam y Sheila mañana con las manos vacías me sienta un poco mal.

—Haré una tarta. —Dice Blake, que está sentado en el suelo frente a mí observándome alimentar a Athena como suele hacer.

—No será suficiente para todos a no ser que la hagas inmensa. O que coman solo un bocado cada uno. —Responde Adrien.

Blake se encoge de hombros.

—Pues entonces que le den a la Navidad. Hay cosas más importantes. —Dice Blake besando uno de los pies de Athena con ternura.

Adrien se ríe y le aparta un rubio mechón de la cara a Fenris tras sacar una goma del bolsillo de su pantalón y recogerse el largo pelo en una coleta para que nuestro hijo no pueda volver a agarrarlo.

—Lo secundo. —Responde a las palabras de su gemelo.

Me recuesto en la mecedora con una sonrisa.

—¿Sabéis qué? —Digo sin apartar los ojos del pacífico rostro de mi hija. —Que tenéis razón. Que le den a la Navidad. O, al menos, que le den al consumismo.

Blake bufá de risa y yo le doy una ligera patada para que pare.

—Hablo en serio. —Continúo. —Y sé que suena un poco hipócrita de mi parte después de haberme hecho adicta a comprar cosas de bebé, pero, en serio, eso de tener cada año que estresarse pensando en qué regalarles a los miembros de tu familia y amigos que sea lo suficientemente bueno y más o menos igual en calidad y precio para que no se ofendan es una mierda. Lo odio.

—Estoy de acuerdo. —Murmura Adrien.

Fenris se ha dormido por fin en sus brazos pero sé por experiencia propia lo difícil que es dejarlos en la cuna una vez los tienes en brazos. Al menos hasta que los músculos se te duermen y empiezan a dolerte por el cansancio.

Es como si encajaran perfectamente cuando los apoyas contra tu pecho. Como si tus brazos

estuviesen hechos para poder sostenerlos.

—Ewan siempre ha dicho algo parecido. —Dice Blake. —A mí la verdad es que las fiestas en sí me resultan indiferentes. Es agradable reunirse a comer con la familia, y adoro ver las caras de mis sobrinas cuando abren sus regalos, pero eso es algo que podemos hacer cualquier día del año.

—Yo odio escuchar las mismas diez canciones una y otra vez en diferentes versiones. —Añade Adrien.

Me río.

—A mí me gusta la música Navideña. Y el ambiente mágico que hay en el aire. Pero no el agobio de tener que estar comprando cosas para todo el mundo y pensando en qué puedo regalarles que sea más o menos del mismo rango de precios que el resto de personas para que no hayan discusiones.

Me reitero. Esa parte la odio.

—Creo que nos acabamos de convertir oficialmente en los Grinch de la Navidad. —Comenta Blake apoyando su cabeza en uno de mis muslos.

—Pues que así sea. —Afirma Adrien. —Creo recordar que el mensaje subyacente del Grinch era que se debía disfrutar más de los sentimientos navideños de amor familiar y demás y menos del materialismo o algo así, ¿no?

—No me acuerdo. Vimos esa peli cuando éramos críos. —Responde Blake.

—Somos los Grinch. —Sonrío haciendo eructar a Athena.

Blake y Adrien se miran entre sí.

Y se sonríen lentamente de una manera que conozco muy bien y que significa problemas.

—Bienve-.... ¿pero de qué coño estáis vestidos?

—¡Mamá! —Grita Samara desde los brazos de su padre. —¡Papá ha dicho palabrota!

Liam está parado en la puerta de la casa principal de los Wolf con expresión de espanto.

Y no lo culpo.

—¡Liam! ¡No digas palabras malsonantes frente a tu hija! —Grita Sheila desde el salón.

Ewan asoma la cabeza por el arco que da a la entrada y pone la misma cara que su hermano mayor al ver la escena.

—¿Se puede saber qué leches os ha pasado?

—¡Mamá! —Grita Samara retorciéndose en brazos de su padre para que la deje bajar. —¡El tío Ewan ha dicho palabrota!

—*Leche* no es una palabrota, enana.

Samara echa a correr hacia el salón gritando excitada sobre la aparición de los que no reconoce como sus tíos y Liam se lleva las manos a la cara soltando un largo suspiro irritado y se hace a un lado para dejarnos entrar.

—Sentimos llegar tarde. —Me disculpo besando ambas mejillas del Alfa e ignorando a mis Compañeros mientras éstos se ríen de manera maniaca. —Por favor, ignoradlos, yo lo he estado haciendo toda la mañana. —Les digo a mis cuñados mientras se van asomando uno tras otro a la entrada para ver qué está causando tanto alboroto.

Adrien y Blake pasan de largo con los mellizos en brazos, todos ellos vestidos de verde, mientras yo dejo el abrigo y el bolso en uno de los colgadores de la entrada y finjo que todo es absolutamente normal.

—¡Somos la familia Grinch! —Exclama Blake desde el salón con un saco vacío en la mano y

sosteniendo a Athena en la otra.

—¡Y hemos venido a recordaros lo que es la Navidad! —Prosigue Adrien con otro saco vacío y con Fenris riéndose en brazos de su padre con adorables gorjeos.

—Lo único que vais a recordar cuando acabe con vosotros como no paréis es como se sienten mis colmillos en vuestros jodidos culos, idiotas. —Gruñe Ewan siguiendo a sus hermanos e interponiéndose entre ellos y el enorme árbol de Navidad lleno de regalos que hay en el salón.

—¿Quieres una copa de vino? —Me ofrece Natalie mientras tomo asiento a su lado en uno de los sofás.

—¿Tinto?

—Por supuesto.

—Gracias.

La vida, pienso mientras observo a mis Compañeros, que sé que no tienen intención alguna de quitarles los regalos a los demás y que solo quieren tocarles las pelotas a sus hermanos, danzar por todo el salón vestidos de verde y con la piel pintada del mismo color gritando que son el Grinch y seguidos por una Samara que no deja de reírse a carcajadas con la escena, es impredecible.

Y, a veces, por mucho que ames a tus Compañeros y por muy maduros que éstos puedan ser (cuando la posibilidad de irritar a sus hermanos no está en el aire), te das cuenta que los adultos somos, al fin y al cabo, nada más y nada menos que niños crecidos que en el fondo nunca han dejado del todo de ser niños.

Y que los recuerdos y las experiencias y las personas que forman parte de tu vida son mucho más importantes que cualquier objeto material, valioso o no.

—¡El tío Sorren estará aquí en dos minutos, así que dejad de comportaros como idiotas de una vez! —Exclama Ewan, que siempre es el primero que pica en las trastadas de sus hermanos.

Adrien (que ha dejado el saco a un lado y tiene a Samara también en brazos) y Blake dan una última vuelta por el salón y corren escaleras arriba para limpiarse el maquillaje, y sus hermanos, algunos de los cuales lo han grabado todo con el móvil, se ríen exasperados de la escena que acaban de montar.

—¡Feliz Navidad, familia Wolf! —Grita Adrien coreado por Samara desde lo alto de las escaleras antes de desaparecer en uno de los baños.

—Machos. A veces son como niños. —Dice Nina mientras mira a su Caidan, que está sentado en el suelo junto a Duncan y Aaron escuchando el sonido que hacen las cajas de regalos que llevan su nombre para intentar averiguar qué hay dentro.

Cosa que al parecer es una costumbre que comparten los hermanos y sobre la que todos hacen apuestas sobre el número de regalos que serán capaces de averiguar este año.

No podría estar más de acuerdo con las palabras de la Osa, concluyo mirando a mi alrededor.

Los adultos somos solo niños jugando a ser mayores que a veces aciertan y a veces se equivocan y a veces cometen locuras y se visten de Grinch para crispar a sus hermanos mayores.

Y quizá no haya mayor magia que esa: que el crecer, y seguir jugando y divirtiéndonos y amando con todo nuestro corazón y guiar a una nueva generación para que siga nuestros pasos y herede el mundo tras nosotros y no se olvide de que, dentro de cada adulto, hay todavía un niño que nunca dejó de creer del todo en la magia de la Navidad y en el amor sin importar lo cínico que uno se vuelva.

Y nunca dejará de hacerlo.



PIDE UN DESEO

Nina

Aparco el coche en el aparcamiento reservado a la policía del hospital. No es técnicamente algo que deba hacer ya que estoy fuera de servicio desde hace veinte minutos y no llevo el coche patrulla sino el mío propio, pero esta noche estoy un poco más dispuesta a hacer la vista gorda a algunas normas e irregularidades.

Solo esta noche.

Es Nochevieja y las calles están a rebosar de gente que ha salido a cenar y a reunirse antes de que suenen las campanadas que darán inicio a un año nuevo en la plaza mayor de la ciudad, que poco a poco se va llenando hasta los topes, así que me ha costado un poco más de lo normal el llegar al hospital debido al tráfico y a la gente que decide que esta es la noche perfecta para cruzar la calle sin esperar a que el semáforo se ponga en verde, como si la ciudad les perteneciera solo a ellos.

Cosa que hace a mi policía interior rechinar los dientes de irritación.

—Buenas noches, agente Bear, ¿ha venido a recoger a Caidan esta noche?

La formalidad con la que algunas personas se dirigen a mí a pesar de que voy vestida con mis ropas de paisana era algo que, cuando era más joven, me hacía sentir incómoda, pero a lo que ahora estoy acostumbrada.

El enfermero es uno que reconozco porque trabaja frecuentemente en la misma planta que Caidan y porque era uno de los que solía atender a mi fallecido hermano Anton.

El hombre humano, que ya habrá sobrepasado los sesenta si mis cálculos de edad humana no me fallan, siempre ha sido agradable y respetuoso.

Y yo jamás he logrado recordar cuál es su nombre a pesar de que me lo ha dicho más de una vez.

—Buenas noches. Efectivamente.

No soy precisamente una experta en socialización. Todo lo contrario.

Me pone incómoda.

Caidan es el pájaro social de los dos. O como se diga eso.

Mi Lobo siempre logra hacer que la gente se relaje a su alrededor en cuestión de segundos tras conocerlo. Será su aura noble y acogedora o que su gran corazón puede sentirse en su mirada pero siempre lo logra.

A mí me pasa todo lo contrario.

La gente ve mi tamaño y mi cara de piedra, que según mi hermana solo se relaja cuando está alrededor de mi Clan o de mi Caidan, y mis ropas de motera o mi uniforme de policía dependiendo de si estoy trabajando o no, y se ponen tensos y nerviosos y apestan a veces a culpabilidad a pesar de que sé que no son culpables de ningún crimen.

Según me confesó Marko Reindeer, un viejo amigo civil con el que hice migas cuando trabajó como ayudante en un caso, es probablemente porque la gente piensa en todas esas cosas ligeramente ilegales o inmorales que ha hecho a lo largo de su vida al verme.

Como si yo hubiera venido a juzgar sus almas.

O eso decía él.

Los Reindeer tienden a ser demasiado dramáticos, de todas formas. Y Marko no es la excepción a la norma.

—Ajá. —Responde el hombre tragando saliva nerviosamente y despidiéndose con una sonrisa y un ademán un tanto tirantes. —Bueno.... pues buena suerte. Adiós.

Tras lo que procede a esconderse en la pequeña habitación que hay tras el mostrador de la planta de pediatría y a asomar la cabeza de vez en cuando por la puerta de cristal creyendo que no le veo para ver si me he ido ya.

No sé en qué pensará realmente el enfermero de cuyo nombre no puedo acordarme cada vez que me ve, pero el hombre siempre huele a nerviosismo así que (y de esto culpo a mi alma de policía, heredada de mis ancestros) quizá, o no tan quizá, echara un vistazo a los archivos que tenemos del humano y descubriera que tiene un par de deudas de unas multas de tráfico que no ha pagado todavía.

Así que tal vez sea eso.

O quizá sea el hecho de que se acuesta con el jefe de la planta de odontología y cree que nadie lo sabe a pesar de que muchos de sus compañeros de trabajo son Cambiantes, y que por ende como yo tienen el olfato lo suficientemente desarrollado como para saberlo.

Esas cosas no se pueden ocultar durante mucho tiempo.

No cuando estás rodeado con personas con sentidos hiper-desarrollados que no solo pueden oler la colonia y el olor corporal personal de dicho jefe en tu piel, sino que también pueden oír muchas cosas a través de las finas paredes del hospital y que muchas veces no se cortan dos pelos a la hora de rumorear o murmurar sobre ello.

Me encojo de hombros.

La verdad es que me da igual.

Me giro en cuanto percibo a mi Compañero saliendo por la puerta del fondo de la sala tras despedirse amigablemente de un par de sus compañeros, y mi cerebro decide cortocircuitarse, como me sucede a veces por las mañanas cuando me despierto con él desnudo a mi lado o cuando lo veo haciendo café en la cocina o sentado en el sofá vestido con un par de pantalones holgados de deporte o sonriendo o frunciendo el ceño cuando lee algún artículo científico o.... siempre, en realidad.

Caidan Wolf nunca dejará de causarme problemas respiratorios y mentales.

Nunca.

—Hola, Compañera. —Me sonrío y me besa y yo me esfuerzo por recobrar las neuronas suficientes como para devolverle el saludo.

—Hola. —Le respondo finalmente aclarándome la garganta y fingiendo que no me ha pasado de nuevo.

—¿Nos vamos?

Asiento y cojo la mano que él me ofrece para que enrede mis dedos entre los suyos. Cosa que procedo a hacer de manera inmediata.

Mi corazón canturrea ridículamente contento con ese simple gesto y con poder sentir la piel de mi Compañero y su calidez contra la mía y yo suspiro.

Ya me he dado por vencida en lo de intentar ser más madura y más dueña de mí misma cuando estoy a su alrededor y he asumido que parte de mí será una adolescente enamorada eternamente de él.

Y la verdad es que no me quejo.

Al fin y al cabo mi único amor es todo mío.

—Hasta dentro de un par de días, Gerard. Y feliz año nuevo. —Se despide mi amor del enfermero nervioso, que asoma su cara ruborizada por una ranura de la puerta de cristal y le devuelve los buenos deseos a mi Caidan.

—No entiendo por qué se encierra en el almacén o en el baño cada vez que vienes. —Afirma Caidan con desconcierto mientras salimos del hospital y caminamos hacia el coche.

Qué dulce es.

Mi Compañero no comprende por qué la gente tiende a evitarme. Es un motivo de confusión perpetua para él, porque él me ama de tal forma que no se le pasaría por la cabeza hacerlo.

Lo sé, y ello me llena de calidez y de afecto y de otros sentimientos ridículamente románticos a los que ya estoy acostumbrada a estas alturas.

Recuerdo la cara de Gerard. Ruborizada e incómoda y fingiendo que tenía algo que hacer en el almacén a pesar de que ambos sabemos que no es cierto.

Y he echo a reír de súbito. Al principio empiezan como una risita tonta y luego la risa se convierte en una incontrolable.

Caidan ladea la cabeza y sonrío y puedo sentir su casi palpable desconcierto una vez más, y a mí eso, el saber que a él ni se le cruza por la cabeza que yo a la gente pueda resultarle incómoda o desagradable porque él me adora demasiado como para llegar a imaginar algo así, me hace reír todavía más fuerte.

Mi adorable Lobo puede ser todo lo sociable que él quiera y más, pero no creo que nunca sea capaz de entender que a veces la gente no quiere que una policía conocida por sus sentidos hiperdesarrollados y su seriedad y amor por las leyes intente entablar una conversación con ellos.

Ni siquiera cuando está fuera de servicio.

—Será mejor que nos pongamos en marcha o vamos a llegar tarde. —Carraspeo limpiándome las lágrimas de hilaridad de las mejillas al recordar a Gerard o *comosellame* encerrándose en el almacén cada día tras una incómoda y breve conversación. Eso cuando no logra hacerlo antes de que yo lo vea.

A veces lo he visto correr y fingir que no me había visto.

Para otra gente esto sería altamente ofensivo o hiriente, pero a mí la reacción de la gente que sabe que soy policía me resulta muy graciosa a estas alturas.

Caidan todavía está esperando que le explique qué es lo que me hace tanta gracia, y yo lo intento mientras conduzco hacia el hotel en el que hemos hecho la reserva, pero él sigue sin entenderlo.

—Pero Gerard no es un criminal, cariño. —Protesta con el ceño fruncido. —No tiene motivos para sentirse incómodo a tu alrededor.

—A veces no tiene nada que ver con ser un criminal. —Intento hacerle entender. —La gente se pone incómoda alrededor de los policías. Ocurre con frecuencia.

—Pues no deberían.

Sonrío.

Mi Caidan. Siempre tan amable y considerado.

Estoy deseando llegar al hotel y hacer el amor con él mientras ignoro el mundo, que se vuelve

siempre loco en noches como esta. Como si cada final de año fuese a ser el último y estuviesen diciendo adiós a sus *yos* del año anterior.

Ridículo.

Una persona cambia cuando trabaja en sí misma de manera constante. No de la noche a la mañana, a no ser que se haya mentalizado para ello duramente y que tenga la suficiente fuerza de voluntad para llevar a cabo sus propósitos.

De otro modo, siempre volverá a ser quién era antes de intentarlo. Una y otra vez.

Pero si algo tenemos en común los seres humanos y los Cambiantes es que somos impacientes y tozudos y queremos ser la mejor versión de nosotros mismos de inmediato y con consecuencias visibles el primer día.

Este nuevo año, muchos Cambiantes se prometerán a sí mismos que será el año en el que conocerán a sus Predestinados.

Que será el año en el que se Emparejarán.

Que será el año en el que dejarán de estar solos.

Lo sé, porque yo solía ser una de ellos.

Y mi cobardía me hacía fallar cada año hasta que la vida me dio un ultimátum.

A veces, se necesita un empujón del Destino para que dejes de caer en viejos hábitos dañinos y de decirte las mismas mentiras una y otra vez.

Pienso en mis padres. Hace meses que no sé de ellos, y ello no me causa tanto dolor como quizá debería.

Y en mis dos sobrinas, Kate y la pequeña Hanna, que mi hermana y cuñado nombraron en honor a nuestra tía fallecida y su hija homónima muerta al nacer.

Algunos cambios son difíciles. Mucho.

Pero tal vez la vida sea más fácil y más amable de esta forma, pienso mirando a Caidan mientras la luz de las farolas ilumina los planos de su bello rostro.

Hanna no conocerá nunca a sus abuelos.

Nunca sentirá el dolor y la humillación de saber que jamás será lo suficientemente buena para su abuela ni la agonía de su traición.

Y ello me consuela.

—¿En qué piensas? —Me pregunta mi Predestinado girándose hacia mí.

—En Hanna. —Le digo.

Los ojos de Caidan y el suave murmullo de su alma contra la mía me dicen que comprende bien en qué estoy pensando. Lo hemos hablado más de una vez.

Algunas cosas tardan en sanar.

Sacudo la cabeza.

Esta es una noche de celebración.

Será la primera que celebre sin mis padres, cierto.

Pero también será la primera que celebre con Caidan a mi lado, ya que el año pasado estábamos demasiado ocupados recuperándonos tras nuestra pequeña aventura para ello.

—Ya estamos aquí.

Aparco el coche en el garaje del hotel y cojo la pequeña maleta que dejamos esta mañana en el maletero.

Son las diez y media de la noche, así que no vamos a tener mucho tiempo para nosotros solos antes de que llegue el año nuevo si al final decidimos unirnos a la fiesta que se lleva a cabo en la sala de baile del hotel.

El Grand Cristal Palace es una de las propiedades de los Wolf en la ciudad de la que Caidan tiene una porción junto a sus hermanos, así que reservar la suite de la familia, ya que nadie pensaba usarla esta noche, ha sido muy fácil.

Ni siquiera hemos tenido que meternos en líos de hacer la reserva online antes de tiempo. Ha bastado con una llamada de mi Lobo ayer por la tarde para avisarles de que llegaríamos esta noche y ya está.

Mi familia no es precisamente pobre. Tenemos nuestra propia porción de propiedades en la ciudad. Pero definitivamente un hotel de cinco estrellas, entre otros muchos, no se cuenta entre ellas.

Los ancestros de los Wolf invirtieron su fortuna de manera muy inteligente.

Cogemos un ascensor privado para llegar al ático en el que está situada la suite. Cosa que a Caidan ni siquiera le hace alzar una ceja del asombro.

Mi Compañero incluso saluda a un par de personas del personal del hotel que nos cruzamos en el hall del mismo por su nombre como si los conociera de toda la vida.

—¿Solías venir mucho por aquí? —Le pregunto a mi Emparejado cuando llegamos a nuestra planta y salimos directamente a la habitación.

—A veces. Cuando Liam y yo queríamos refugiarnos de los más pequeños o jugar videojuegos sin que nos interrumpieran solíamos venir aquí.

Silbo de manera apreciativa cuando echo un vistazo a mi alrededor.

La habitación está decorada en tonos crema y azul real.

O al menos lo está el salón, presidido por un inmenso ventanal que mira hacia el parque del río antiguo y un sofá en el que deben caber al menos diez personas sentadas cómodamente frente a una televisión casi más grande que la pared misma.

A la derecha hay un par de dobles puertas que dan a un pasillo ancho que tiene dobles puertas de caoba a cada lado y al fondo del mismo.

—Dos habitaciones con baño y vestidor incorporados y la cocina. —Señala Caidan a las dobles puertas de la izquierda y del fondo y después a las de la derecha. —La primera es la mía. La otra es de Liam. O así solía ser cuando veníamos.

—Me parece bien. —Me encojo de hombros. —Me da igual una que otra.

Abro las puertas que Caidan ha señalado como tuyas primero y entro en un dormitorio casi tan grande como el salón.

Está decorado de manera elegante y clásica, con una inmensa cama de caoba con sábanas en verde bosque de seda apoyada en la pared derecha y un aparador frente a la misma sobre el cual hay otro inmenso televisor.

Y a la derecha de la cama hay otro set de finas dobles puertas de caoba que cuando las abro revelan un vestidor de tamaño considerable separado del baño por una pared de cristal.

En la pared opuesta a la de la puerta de entrada al dormitorio, grandes ventanales de suelo a techo dan a una terraza que rodea toda la planta y a la que se accede a través de unas puertas de cristal situadas en el centro de los ventanales en cada habitación, y que abro para disfrutar de las vistas.

Se nota que estamos en un veintisieteavo piso. Mi aliento hace vaho en el aire y las vistas son magníficas.

Toda la ciudad se extiende a nuestros pies como un océano de luces.

—¿Quieres ducharte tú primero? —Me pregunta Caidan deshaciendo la maleta y sacando su bata de baño favorita de una de las bolsas herméticas de su interior.

Entro en la habitación y cierro las puertas de la terraza tras de mí.

—Quiero que nos duchemos juntos. —Le digo a mi Compañero quitándome la chaqueta y el suéter y tirándolos sobre una de las butacas que hay junto a los ventanales.

Caidan me sonrío con picardía.

—Esperaba que dijeras eso.

Nos reímos como niños mientras nos quitamos las ropas a toda prisa, lanzándolas por toda la habitación sin miramientos antes de correr hacia la ducha.

Hacer el amor dentro de una superficie resbaladiza, sin importar lo ancha y amplia que sea, no es tarea fácil, pero estamos determinados a lograrlo.

—Espera, pon la pierna así. Aquí.

Me río cuando Caidan casi pierde el equilibrio y se agarra a mis caderas para no caerse.

Elevo la pierna derecha y la enredo en las caderas de mi Lobo poniendo las manos en sus firmes glúteos para acercarlo a mí y lo beso apasionadamente mientras él agarra su erección con una mano y me penetra acomodándose en mi interior.

La pared está helada contra mi espalda y tal vez deberíamos haber hecho esto en la cama antes que en la ducha pero no puedo negar que lo estoy disfrutando de lo lindo.

—Más rápido. —Exijo mordiéndole el hombro y haciéndolo gruñir de placer al contraer los músculos de mi interior alrededor de su miembro.

Caidan cambia el ángulo y acelera sus embestidas y yo gimo y clavo mis uñas en sus nalgas porque se siente jodidamente bien.

—Ahí. Perfecto. Sí. —Gimoteo justo antes de llegar al orgasmo y arrastrar a mi Lobo conmigo.

Nos estremecemos y, si no fuera porque Caidan nos sostiene a ambos apoyando su peso sobre mí y usando la pared que hay a mi espalda como punto de apoyo, nos habríamos derrumbado en el suelo con los espasmos.

Nos reímos y besamos mientras su nudo se va poco a poco deshinchando.

—¿Una ducha, señor Wolf-Bear?

Caidan enciende el agua caliente y ambos gritamos de la sorpresa y luego nos reímos a carcajada limpia cuando sale helada al principio.

—Invierno. —Le recuerdo a mi Predestinado mordiéndolo su otro hombro como represalia. —Cañerías heladas.

Nos duchamos rápidamente.

Y luego decidimos que vamos a usar la bañera de hidromasaje esta noche sí o sí cuando nos estamos secando.

Al final no nos unimos a la fiesta del hotel y los trajes que habíamos traído quedan olvidados en la maleta, cosa que a mí no me entristece porque odio llevar vestidos de gala.

Cuando llega el fin de año, nos pilla haciendo el amor en la cama siguiendo las direcciones de una postura del Kama Sutra, libro que Ewan le regaló como una broma a su hermano dado que está lleno de las posiciones más difíciles y ridículas que uno se pueda imaginar y que se ha convertido en algo así como en una diversión el intentar recrearlas todas las veces que nos apetece tener sexo.

—Espera, creo que aquí dice que tienes que mover la pierna tres grados. —Me río alargando la mano hacia la mesita de noche para dar un sorbo a la copa de champán que hemos pedido que el servicio de habitaciones nos suba tras la cena que nos han mandado hacer un rato.

Caidan, con la cara enrojecida y la piel sudorosa y el cuerpo en un ángulo que no debe ser natural, y que es mucho más flexible que yo, se ríe y maldice entre carcajadas y suelta un gruñido

apoyando la mejilla contra mi pelvis e intentando mover la pierna del enredo en el que estamos sin lograrlo.

—¿Sabes qué? —Sisea mi Predestinado desenredando su brazo izquierdo de mi pierna derecha. —Creo que tal vez deberíamos intentarlo a nuestra manera esta noche. O usar ese jacuzzi del que hemos estado hablando.

Yo lo miro. Y veo el lío en que están nuestros cuerpos.

Y me río otra vez.

El champán siempre me hace sentir ligera.

—Creo, Emparejado mío. —Intento decir de manera solemne y fallo cuando Caidan trata de desenredar su brazo de mi otra pierna y acaba con la boca en mi ingle. —Que eres un macho muy sabio.

—¿Jacuzzi? —Logra preguntar mi Lobo dejándose caer a mi lado tras lograr desenredarse del todo y lanzando el dichoso libro al otro lado de la habitación sin importarle un rábano si se estropea.

—Jacuzzi. —Confirmo antes de besarlo.

Mi propósito de este año, reflexiono mientras me tumbo minutos después contra el pecho de mi Compañero disfrutando del masaje del agua caliente llena de aceites contra mis músculos, es el mismo del año pasado: no intentar forzarme a hacer nada que me haga infeliz.

No más mentiras que susurrarme a mí misma para acallar a mi conciencia y a mi corazón.

Ni más tragarme la tristeza y aceptarla como algo normal.

Ni más cobardía a la hora de enfrentarme al mundo.

Eso se acabó para mí.

Mi propósito es, como lo ha sido cada día de este año que acaba de pasar, el ser yo misma, y disfrutar de cada día intentando ser honesta y honrada conmigo misma y valorando a las personas que son indispensables para mí y el amor que comparto con ellas.

El ser la mejor versión de mí misma que puedo ser; dejar el pasado atrás y aprender de él; aceptar mis virtudes y defectos como lo que son; y sentirme orgullosa de ser quien soy y del esfuerzo que me ha costado llegar a este punto de mi vida y hasta esta versión de mí.

Con Caidan a mi lado y el futuro por delante, cada segundo de cada día por el resto de nuestras vidas.

—Feliz año, mi amor. —Me susurra Caidan tendiéndome mi copa de champán para que brindemos.

—Feliz año, Predestinado. Ahora y siempre.



8

Historia Extra

BLANCA NAVIDAD

Emma

—Es la casa de la colina de las margaritas. Bueno, no ahora mismo ya que estamos en invierno y las flores están muertas, pero no tiene pérdida, la encontrarás enseguida.

—Creo que ya la veo. —Respondo asomando la cabeza por la ventana del taxi y mirando a un lado del camino de tierra hasta dar con una casa de dos plantas y fachada algo estropeada.

—Ewan y yo llegaremos en unos minutos a ayudarte.

—Gracias, cariño.

—Señora, por favor, meta la cabeza en el interior del coche o se va a sacar un ojo con alguna rama. —Se queja el taxista.

Ya ni me acuerdo con qué nombre se ha presentado, pero obedezco por no rechistar y porque parte de mí sabe que está siendo más sensato que yo.

Pero es que es estoy tan excitada.

Me siento como una niña en Navidad.

No ha sido una decisión fácil el mudarme a Green Valley desde mi amado Edmonton, pero el hecho de que mi sobrina Natalie esté viviendo aquí unos años ya con su Lobo Emparejado me ha animado bastante a tomar la decisión a pesar de las caras largas de mis hermanos, que siempre han sido un poco sobreprotectores con ambas.

Desde que visité a Natalie aquí poco después de que ella nos diera la noticia de su Emparejamiento no he dejado de soñar con el lugar.

Green Valley tiene algo que enamora. Que hechiza. Que atrapa.

Y conquistó mi corazón desde el primer momento en el que vi la blanca y mágica ciudad a través de la ventanilla del coche cuando vine con mi hermano Eamon a visitar a nuestra sobrina.

No solo porque se trata de un lugar indescritiblemente hermoso, como sacado de las páginas de un cuento de hadas, sino por la sensación que tuve al poner un pie aquí. Al respirar este aire.

Al ver el valle.

Nunca había sentido nada igual a esta llamada. A este anhelo.

Como si hubiera vuelto a casa.

Una sensación de nostalgia que me confundió y que me encandiló como nada lo había hecho antes en la vida.

A mis casi cuarenta y siete años, nunca soñé que acabaría dejando la casa que ha sido mi hogar durante algo más de la mitad de mi vida para mudarme de ciudad y empezar de nuevo, pero así ha sido.

No he podido resistir esa llamada que parecía perseguirme hasta en sueños.

Y aquí estoy ahora: bajándome de un taxi que me ha traído hasta mi nueva casa con mis cosas encima y el resto en camino en camiones de mudanza.

Ni siquiera me lo planteé dos veces antes de comprar la casa tras verla en una Web, y eso no es propio de mí.

Como mujer sola, independiente, y trabajadora, mi vida ha estado siempre llena de horarios y orden y planes con semanas o quizá meses de antelación.

Pero no me había sentido tan excitada, tan viva y llena de energía, desde... posiblemente nunca.

—¿Va a necesitar algo más, señora?

—No gracias. Mi sobrina y su esposo no tardarán en llegar.

Me despido del taxista con una sonrisa y arrastro mis dos maletas hacia la puerta de entrada de la casa.

Es una preciosidad y me enamoró hasta tal punto en cuanto la vi que llamé casi de inmediato a la inmobiliaria para hacerme con ella.

Ni siquiera he vendido todavía mi casa en Edmonton, y me he gastado todos mis ahorros en adquirir mi nuevo hogar así que no tengo un solo céntimo hasta que la venda, pero no me importa.

La cabaña está construida con ese encanto de cuento mágico que está presente en todo Green Valley, y podría fácilmente aparecer en una película de fantasía sobre brujas y magia y dragones y demás.

La fachada de ladrillos está adornada con curvados listones de madera tallada y el tejado es azul oscuro. Las contraventanas y puertas son de madera y cristal, y tienen adornos y cuentas colgando de ellas: runas y atrapasueños y cuervos y demás.

La casa, que cuenta tan solo con tres habitaciones y un baño y es algo más pequeña a lo que estoy acostumbrada, podría fácilmente haber pertenecido a una bruja.

Y yo soy su nueva y flamante dueña.

Y estoy encantada con mi compra a pesar de que no ha sido precisamente barata.

Entro con la llave que Theresa, de la inmobiliaria, me ha proporcionado menos de una hora atrás cuando me la he encontrado en la estación de autobuses, y contengo el aliento sin poder evitar que una sonrisa amplia y llena de maravilla curve mis labios.

Por dentro es todavía más impresionante de lo que lo es por fuera.

La cocina, situada a mi izquierda, es de tamaño perfecto, con muebles de madera natural y encimera también de madera, tan desigual y única en los bordes que debe de haber sido hecha específicamente para esta casa.

A la derecha hay una gran mesa de comedor de nogal con sillas de diferentes estilos, todas ellas rústicas, y al fondo está el salón, cuyos muebles me llegarán en un par de días y que está presidido por una enorme chimenea de piedra.

Los suelos son de madera de nogal y en la segunda planta están el baño completo, que es bastante grande, y los tres dormitorios con encantadoras y únicas paredes pintadas en blanco y con techos de vigas vistas de la misma madera que hay en la fachada.

No podría haberme imaginado un lugar más mágico ni siquiera en uno de mis libros. E imaginación no me falta.

—Tía Emma, ¡estamos aquí!

Bajo las escaleras y saludo con abrazos y besos a mi sobrina y a su Lobo, que ya debe de estar acostumbrado a mis abrazos porque ya no se ruboriza tanto cuando lo hago.

—Es preciosa. ¿No os parece preciosa? Estoy tan contenta de haberla comprado. —No puedo dejar de decir lo mucho que amo la casa, y Natalie, a la que siempre le han gustado los lugares

únicos, parece tan encandilada como yo.

—Buen trabajo de carpintería. —Es el único comentario que hace Ewan mientras nos sigue como un Lobo guardián por toda la casa y nos ayuda luego a limpiarla y acondicionarla para que yo pueda entrar a vivir sin problemas.

—Llámanos si necesitas algo. —Me dice Natalie esa tarde cuando ya estamos demasiado cansados para seguir y ambos se van a casa, y yo les prometo que lo haré y me despido de ellos con una sonrisa.

La luz del sol se va pronto en esta época del año, y la casa no tarda en quedarse a oscuras a pesar de que apenas son las cuatro de la tarde.

Enciendo la chimenea y las luces y cierro las puertas y ventanas y pongo música jazz mientras me hago la cena, acurrucándome luego en una butaca que hemos bajado de una de las habitaciones a la planta baja para que tenga un lugar donde sentarme cómodamente mientras me siento frente al ordenador.

A pesar de estar sola en una ciudad desconocida a kilómetros de la que era mi casa y en mitad de la nada rodeada de un bosque inmenso y milenario, no siento ni un ápice de miedo.

Quizá porque Green Valley es conocido por su paz.

O tal vez por esa misma mágica sensación que me ha traído hasta aquí y que me hace sentir protegida en este valle, como si ningún mal pudiera tocarme en estas tierras encantadas, pero lo cierto es que nunca me había sentido tan a salvo.

Tan en paz.

Me despierto esa noche unas horas antes del amanecer con la sensación de que alguien me observa y descubro que me he quedado dormida en el sillón.

Y que hay un inmenso Ciervo mirándome a través del cristal de las puertas que dan al jardín.

Es enorme. Mucho más grande de lo que me habría imaginado que un Ciervo podría llegar a ser, y eso me hace sospechar que se trata de un Cambiante.

Los ojos le brillan y su pelaje marrón está cubierto de una fina capa de nieve y me doy cuenta de que ha empezado a nevar mientras yo dormía.

El Ciervo golpea suavemente el cristal de las dobles puertas con el morro y yo tengo la sensación de que me está pidiendo entrar.

Durante unos segundos, me planteo qué hacer.

Si se trata de un animal, podría ser peligroso. Y si es un Cambiante, como creo que es, no creo que sea peligroso (ya que nunca he oído de ninguna violación o asesinato a manos de uno de los de su especie y por norma general suelen ser menos agresivos que los humanos), pero tampoco me apetece tener un completo desconocido paseándose por mi nuevo salón y llenándolo todo de olor a animal y pezuñas cubiertas de barro.

El Ciervo vuelve a golpear el cristal con el morro y estornuda y yo lo miro frotándome los ojos y suelto un suspiro que se convierte en gemido de dolor cuando mis músculos y huesos protestan por la postura en la que he estado durante unas horas al dormirme.

Siento pena por él. Las temperaturas han bajado esta noche y hasta yo, aquí frente a la chimenea y cubierta de más capas que una cebolla, me estoy helando.

Al final lo dejo entrar porque mi conciencia no deja de molestarme con imágenes del pobre animal (u hombre, lo que sea) helándose y apareciendo muerto de frío a la mañana siguiente como en una especie de película dramática (como suele hacer mi hiper-imaginativo cerebro).

Y, como sospechaba, me llena la casa de barro y olor a animal mojado.

Me aparto de su camino cuando entra sacudiéndose el pelaje de la nieve que lo cubre y

estornudo cuando me salpica.

Cerrando las puertas tras él y protestando por su mala educación, me giro para encontrármelo de súbito cara a cara a escasos centímetros de mí.

El Ciervo me mira fijamente y sus pupilas se agrandan hasta que el negro de las mismas se traga el verde avellana de sus ojos y su cuerpo empieza a convulsionar.

Y yo veo aterrada cómo sus huesos crujen y él gruñe y gime y se retuerce y corro hasta el otro lado del salón y subo los primeros peldaños de las escaleras con el corazón en un puño.

Me detengo a mirarle, asustada de lo que quiera que esté ocurriendo con el pobre hombre. Parece doloroso y sacado de una película de terror y, aunque parte de mí todavía cree que no me va a pasar nada malo, otra parte está asustada y me grita que me encierre en el baño, eche el pestillo, y llame a la policía.

Y no sé qué hacer ni a qué lado de mí escuchar esta vez.

Al final el tiempo que paso mirando la grotesca escena lo decide por mí.

Lo que quiera que le haya ocurrido al pobre Cambiante acaba tan rápido como empezó y deja a su paso una bruma negra que alejo de mi rostro con una mano y que me hace toser.

Y, cuando se despeja, hay un hombre desnudo inconsciente en mitad de mi salón.

Lo miro con la boca abierta y me pregunto si se tratará de una broma del destino o será una alucinación.

El hombre parece un guerrero Vikingo de esos de las películas. Tiene el cabello rubio y largo, una barba de unos días cubriendo sus mejillas, y un cuerpo musculoso y esculpido, de grandes hombros y poderosos muslos y brazos como troncos.

Calculo que, si estuviese en pie, mediría en torno a un metro ochenta y que debe de tener unos cuarenta años en años humanos, ya que sé que los Cambiantes envejecen de manera diferente y no tengo ni idea de qué edad podría tener en realidad.

Mi cuerpo se deja caer sentado en los escalones y el cerebro me falla totalmente.

No puedo dejar de mirarlo.

Mis ojos se desvían hacia su entrepierna y me quedo mirando su flácido y considerable miembro viril y su varonil cuerpo iluminado por el crepitante fuego de la chimenea.

La súbita aparición de este inusitadamente apuesto hombre es la prueba que necesito para saber que se trata todo de un sueño o alucinación, concluyo.

Porque a mí, Emma Hanson, escritora de fantasía de cuarenta y siete años de edad conocida por su introversión y su soledad y sus Sagas Literarias sobre brujas que dominan el mundo, no me pasan estas cosas.

Nunca.

Ni en sueños.

Oh, Dios mío. ¿Qué es lo que voy a hacer ahora?

Natalie no responde al teléfono, y no me extraña.

Son aproximadamente las seis de la mañana así que ella y Ewan, que son los únicos que conozco y puedo contactar aquí, tendrán sus teléfonos en silencio.

No sé qué otra cosa hacer excepto esperar a una hora más sensata para llamarlos o a que se despierten y vean mis llamadas perdidas.

Está nevando bastante fuerte ahora mismo, y el paisaje se ha cubierto rápidamente de blanco, así que dudo que pudieran acercarse en coche aunque lograra contactar con ellos.

Y el hombre-Ciervo sigue estando desnudo e inconsciente frente a la chimenea.

Me levanto de las escaleras y camino con lentitud hacia él manteniendo una distancia prudencial y preguntándome si no debería coger una sartén de la cocina como potencial defensa o si esta debe ser una situación normal.

Sé que Natalie se encontró a Ewan inconsciente en su jardín nada más llegar aquí el primer día, así que quizá esta sea la extraña manera que los hombres Cambiantes tienen para ligar en este lugar.

Si lo que quiere el Vikingo es que nos demos un revolcón, me sincero conmigo misma mientras lo miro y mi vista se desliza por su cuerpo de Dios Guerrero, tan solo tendría que haberme sonreído en su forma de hombre.

Dios, es tan extraordinariamente guapo que tengo que obligarme a parpadear porque mis ojos se niegan a dejar de mirarlo.

Es incluso más guapo que Ewan, y el marido de mi sobrina, aunque me haya avergonzado pensarlo más de una vez, está para comérselo.

Soy la tía de su mujer, pero ni estoy ciega ni soy inmune a la belleza masculina por mucho que desearía que mi cerebro dejara de pensar en lo guapo que es Ewan, que además es unos cuantos años menor que yo, cada vez que lo tengo cerca.

Pues parece que he encontrado mi solución: comparar a este extraño hombre-Ciervo con Ewan. Porque para mí está claro que mi nuevo invitado no-deseado le gana en cuanto a apostura se refiere.

Y en cuanto a tamaño en ciertas partes, me susurra ese lado depravado de mi mente que nunca he logrado acallar del todo, no tiene nada que envidiarle a ningún hombre, ya sea Cambiante o humano.

Aunque no es que se la haya visto a Ewan. El pensamiento me hace arrugar la nariz del horror. Ni quiero, tampoco.

Hay ciertos límites que no cruzaría nunca.

Y el marido de mi sobrina es uno de esos límites.

Este otro Cambiante, en cambio.... En fin, digamos que si esta es realmente su forma de ligar, tiene toda mi atención.

Y, si las reacciones de mi cuerpo y el hecho de que cada segundo que paso mirándolo me ponga más cachonda y me estén empezando a dar calores son reales y no producto de algún sueño de lo más interesante, entonces también tiene todas mis ganas.

Ahora solo falta que se despierte de una maldita vez y me explique qué es lo que está pasando.

Como si mi exasperación fuese una señal para el universo, mi invitado misterioso deja salir un gemido de incomodidad y abre los ojos llevándose las manos a la cabeza como si le doliera.

Y qué hermosos ojos tiene. Avellana: una mezcla de marrones y verdes y dorados.

Tan hermosos como los del Ciervo pero, dado que él es *literalmente* el Ciervo, eso no debería extrañarme.

—¿Necesitas ayuda? —Pregunto estúpidamente sin saber qué hacer ni qué decir.

Él reacciona a mi voz o a mi pregunta como si le hubiese electrocutado.

Su cuerpo se estremece con un espasmo y se aparta las manos de la cara con rapidez, clavando su intensa mirada en mí.

Yo me llevo las manos al pecho y me ajusto las gafas que se me están resbalando por la nariz por mi inhabilidad de mantener la cabeza erguida en vez de dejar de mirar hacia abajo al hombre desnudo que ahora me devuelve la mirada como si yo fuera una especie de aparición.

Una aparición de lo más agradable, si el hecho de que esté empezando a ponerse erecto y sus pupilas hayan vuelto a dilatarse no es, una vez más, una fantasía provocada por mis noches solitarias y mi hiperactivo cerebro acostumbrado a fantasear.

Pero dudo que yo pudiera fantasear con algo tan magnífico como este hombre.

O su erección.

—¿Hola? ¿Hablas mi idioma?

Perfecto. Más preguntas estúpidas.

Debe de ser el shock.

—Predestinada. —Su voz es grave y ronca y quebrada, como si no la hubiera usado en años y estuviese tan lleno de turbación que le costara pronunciar las sílabas.

En cuanto escucho esa palabra, es como si el mundo se detuviera.

Soy incapaz de moverme. De respirar. De parpadear.

Por supuesto que sé lo que significa esa palabra.

¿Quién no lo sabría?

He vivido como la introvertida que soy todos estos años, pero no aislada en una burbuja de una realidad alternativa.

Todo el mundo sabe lo que una Compañera Predestinada es.

Todas las niñas sueñan con eso desde pequeñas. Con un Alma Gemela.

Y yo no soy diferente. Nunca lo he sido.

Siempre he anhelado ser una de esas escasas elegidas por el Destino para ser la Compañera de un apuesto y leal Cambiante.

Pero jamás he tenido la esperanza de que así fuera.

De tener un Alma Gemela.

De poner fin a mi soledad y encontrar a alguien, en este vasto y solitario universo, que fuera capaz de amarme tal y como soy. Con mis hábitos y mis excentricidades y mis arrugas y mis estrías y mis rarezas y mis kilos de más.

Pero al parecer el Destino tiene otros planes en mente para mí.

Y esos sueños infantiles que me han perseguido desde que tengo uso de razón, este corazón mío que siempre ha deseado que hubiera algo más para mí en la vida que aprender a vivir y morir sola, se acaban de hacer realidad con tan solo una palabra.

En forma de guapo y musculoso vikingo rubio desnudo en el suelo de mi nuevo salón en mitad de lo que parece que va a ser una tormenta de nieve en ciernes.

—Yo....No sé qué decir. ¿Estás seguro?

Me siento como si hubiese un huracán en mi interior. Apenas puedo mantenerme en pie y las piernas me fallan hasta que caigo lentamente al suelo y me quedo allí sentada junto a él mirando al que, al parecer, es mi Alma Gemela.

Un Cambiante de Ciervo del que ni siquiera me sé el nombre. Del que no conozco nada más allá de la atracción que siento por él y que quizá, por su aspecto, sea incluso más joven que yo.

El universo es un lugar extraño.

Si fuese una persona sensata, ahora mismo me estaría diciendo que es imposible. Que, a pesar de los miles de casos que hay al año apuntando a lo contrario, las Almas Gemelas no tienen lógica ni razón.

Que una persona no se enamora de otra solo porque el universo, o la Fuerza de los Jedi, o la química de sus cuerpos, o lo que sea, haya decidido que debe ser así.

Que el amor nace del cariño. De conocerse el uno al otro. De convivir y vivir juntos. De

dedicarle tiempo y atención a una persona.

Y, sin embargo, aquí estoy yo.

Sentada en el suelo mirando los ojos más hermosos que he visto jamás y sintiendo que acabo de encontrar algo, a alguien, que me he pasado la vida buscando sin saberlo.

Y una vez más, como cuando vi el Valle, me siento como si hubiese vuelto a casa.

Me invade un sentimiento de nostalgia y paz y deseo y efecto y muchas más emociones que no comprendo cómo es posible que una persona a la que ni siquiera conozco me provoque.

Pero lo hace.

Este hombre-Ciervo que parece sacado de una película de guerreros nórdicos y que me mira como si fuese la mujer más bella del planeta a pesar de que sé muy bien que no lo soy.

Ni por asomo.

—Predestinada. —Repite él, y mi cuerpo responde como si fuese un instrumento y él el Maestro que lo hace sonar.

Mi corazón palpita desbocado. Mi respiración se acelera. Mi sangre se agita. Mi vientre se llena de calor.

Trago saliva.

Tengo que contenerme para no acercarme y tocarlo. Para no pasar mis dedos sobre su piel y sentir su calidez bajo mis palmas.

Para no besarlo.

Él extiende una mano como si supiera qué es lo que pasa por mi cabeza en esos momentos y yo hago lo que no he hecho desde mis días de universidad: mando toda la sensatez al carajo y sigo los impulsos y deseos de mi corazón.

Y me acerco a él y cojo su mano con la mía, dejando que mi, aparentemente, Alma Gemela me acerque a él hasta que estoy prácticamente sentada en su regazo.

Y entonces me inclino todavía más y lo beso.

Mis gafas chocan contra su nariz antes de que pueda rozar sus labios con los míos y me aparto unos segundos para lanzarlas a un lado y volver a besarlo soltando un gemido de necesidad que jamás hasta ahora me había escuchado a mí misma hacer.

Es extraño. Tan extraño como todo lo que está ocurriendo.

Siento como si lo hubiera besado antes un millón de veces y, al mismo tiempo, como si jamás lo hubiera hecho hasta ahora.

Sus labios son perfectos. Familiares y al mismo tiempo desconocidos. Al igual que su sabor y la calidez de su lengua rozando la mía.

Gimo contra su boca, desesperada por más, y él me aferra con ambas manos y me acerca tanto que caigo sobre su pecho y en apenas unos segundos estoy tendida sobre él y las ropas que nos separan me molestan más de lo que jamás nada me ha molestado hasta este preciso instante.

Me deshago de ellas sin miramientos mandando al carajo el pudor y la vergüenza y cualquier otra cosa que pudiera haber sentido si me diese tiempo a mí misma para pensar en lo que está sucediendo entre nosotros.

La pasión es súbita y el calor y el deseo que me dominan se me hacen tan insoportables como deliciosos.

Las manos de él tocan mi piel como si estuviese desesperado por el contacto, y su boca vuelve una y otra vez a la mía como un adicto a su droga, buscando más.

Nos retorremos en el suelo hasta que estoy sentada a horcajadas en su regazo, completamente desnuda y más mojada que el océano.

Impaciente y presa de una locura que no he experimentado jamás ni en sueños, guío su dura y palpitante erección hasta mi interior y desciendo sobre su longitud hasta que estoy sentada sobre sus caderas y él está totalmente dentro de mí.

Debería ser incómodo y doloroso porque hace siglos que nada va ahí dentro y él es bastante grande, pero en cambio estoy tan mojada y tan excitada que apenas noto la incomodidad.

Todo lo contrario, se siente perfecto en mi interior.

Jadeo y gimoteo y tiemblo como una actriz porno, con la diferencia de que el placer que siento por el mero hecho de estar unida a él es real y me recorre como un tsunami destruyendo cada ápice de mi cordura a su paso.

En lo único que puedo pensar es en lo bien que él se siente dentro de mí. En que quiero más.

Mi Alma Gemela gruñe contra mi clavícula y murmura incoherencias de las que apenas puedo distinguir nada más que palabras sueltas que alaban mi belleza y lo bien que se siente y lo mucho que me desea y algo más sobre nuestras almas, y que se vuelven más intensas cuando empiezo a moverme, apoyando mis manos sobre sus anchos hombros para no perder el equilibrio.

Nunca me habría imaginado siendo capaz de hacer algo así: tener sexo caliente y pasional con un desconocido cuya apostura dejaría en ridículo a cualquier actor de Hollywood.

Soy incapaz de detenerme.

Los músculos de las pantorrillas y los muslos me arden, pero ni siquiera soy capaz de sentirlo.

Acelero mis movimientos y voy cambiando de ángulo hasta que doy con ese punto de mi interior que me hace gemir de gozo cada vez que desciendo sobre su palpitante miembro y que lo hace gruñir de apreciación y elevar sus caderas para dar mayor fuerza a las penetraciones.

El orgasmo llega con tanta intensidad que me marea, y el hecho de que él no deje de moverse, impulsándose y haciendo que sus músculos se contraigan con cada embestida, lo eleva desde placer hasta niveles de puro éxtasis.

Mi Predestinado me coge entre sus brazos y nos da la vuelta, haciéndome soltar un grito de sorpresa, y se acomoda entre mis muslos, alzando mis piernas hasta que están apoyadas en sus hombros, para poder penetrarme con mayor velocidad y profundidad.

Me doy cuenta de que estoy llorando y soltando maldiciones propias de un camionero cuando el segundo orgasmo me lanza hasta los cielos y me deja caer en picado hasta estrellarme de nuevo, deshaciéndome en infinitos pedazos de placer.

Lo escucho soltar un rugido y lo siento temblar contra mi cuerpo y acelerar sus acometidas hasta que se vuelven frenéticas y mi vientre se llena de la calidez de su semilla.

—Joder. —Me oigo decir mientras él se sostiene en sus antebrazos, colocados a cada lado de mi cabeza para no aplastarme, y se inclina soltando una carcajada ahogada para besarme.

Siento algo cálido y lleno de amor y de una devoción infinita rozar mi mente y asentarse en mi pecho y llenarme de una sensación de paz y pertenencia como jamás he sentido antes y jamás he sabido que anhelaba hasta este mismo instante y me echo a llorar de nuevo de la emoción sin poder evitarlo.

Es como si hubiese estado vagando por el mundo, sola y asustada y diciéndome que no necesitaba a nadie ni a nada para sobrevivir, y haber encontrado de pronto el hogar que una parte de mí que me negaba a admitir que existía había continuado esperando y buscando cada vez con mayor desesperación.

Si alguien me hubiese dicho que el sexo podía ser así, lo hubiese practicado más a menudo.

Mi Alma Gemela besa mi rostro y lame mis lágrimas y me rodea con sus brazos hasta que se me pasa el súbito ataque de llanto, y yo me río como una loca con la cabeza apoyada en su pecho y

sintiendo su miembro saliendo de mí con cierta ansiedad.

Quiero que esté en mi interior siempre. Cosa que es completamente absurda pero que no puedo evitar sentir.

—Emma. —Le digo aferrándome a su ancha espalda y maravillándome por lo bien que se sienten sus músculos bajo mis manos.

Acabo de ganar la lotería al Predestinado más buenorro de toda la maldita galaxia y ni siquiera sabía que estaba participando en el juego.

—Fili. —Murmura él con una sonrisa besándome de nuevo.

Sonrío contra su boca sin poder contenerme.

Me siento llena de energía a pesar de la languidez que me embarga. Como si pudiese dar la vuelta al mundo.

Algo dentro de mí canta como Heidi, haciendo eco en las colinas de mi mente y llenándolo todo de una alegría nostálgica que no parece tener fin.

—Fili. —Repito su nombre, embelesada.

Le viene como anillo al dedo. Como si encajara.

Y, como él mismo, se siente a la vez familiar y nuevo en mi boca.

Fili.

Mi Fili.

El Alma Gemela que yo no había creído que existía y que sin embargo existe.

Y está aquí.

Junto a mí.

Y no es un sueño.

No esta vez.

Un año después...

—Más hacia la izquierda. Ahí. Justo ahí. ¡Perfecto!

Fili me lanza una sonrisa por encima del hombro y baja de la escalera de un salto.

Tumbada cómodamente frente a la chimenea, su melliza Flora suelta un resoplido de apreciación cuando enciendo las luces del árbol.

A la Cierva le encantan las luces de parpadeantes colores.

Y a la Alfa Bisonte y al Zorro blanco, de los cuales todavía no sabemos el nombre, también, aunque en estos momentos no están presentes.

Ya ha pasado algo más de un año desde que nos Emparejamos aquella noche fría de invierno, y desde entonces mi esposo y yo somos inseparables.

No soy capaz de imaginarme volver a vivir una vida sin él.

Fili encaja en todos esos huecos de mi vida que yo había tratado de ignorar hasta que lo encontré. Y lo hace de manera tan perfecta que estoy segura cada día más de que el universo debe de amarme con locura por toda la felicidad que mi Alma Gemela me hace sentir cada día.

Ahora, si tan solo pudiéramos lograr que su melliza encontrara a su Predestinado y dejara de ser Feral... y, ya de paso, también nuestros amigos el Zorro blanco y la Bisonte.

Eso sería maravilloso.

—Sorren y Jane estarán aquí en unos minutos. —Me recuerda Fili depositando un rápido beso sobre mis labios antes de poner rumbo a la cocina.

Sus viejos amigos y él son inseparables, y yo he encontrado en Jane y en el amable y honesto Sorren una amistad duradera y genuina que siempre me hace sonreír.

Son ya parte de mi familia, y pienso en ellos de esa forma constantemente.

Mi vida ha cambiado tanto que, si alguien me hubiera dicho algo más de un año atrás que esto iba a suceder, jamás me lo habría creído.

Pero ahora no cambiaría ni un ápice de ella.

—¿Le has dicho a Natalie que traiga el postre? —Me pregunta mi amado cuando entro tras él en la cocina para pasar mis brazos por su cintura y apoyar mi cabeza en su espalda mientras él da los últimos toques al guisado que está preparando.

Esta cena de Navidad es especial.

Fili y yo hemos decidido adoptar a un niño o niña, y empezaremos con el papeleo en cuanto pasen las fiestas.

Y esperamos que el próximo año haya un miembro más en la familia que pueda disfrutar de estas fiestas con nosotros.

Estamos muy ilusionados al respecto, y esta noche vamos a anunciárselo a aquellas personas que más nos importan, aunque Flora ya lo sabe.

La Cierva prácticamente vive aquí con nosotros, aunque de vez en cuando sube la montaña hacia el territorio Wolf en el que visita a la Bisonte y al Zorro.

La manada Feral viene y va entre el bosque, nuestra casa, y la casa de Sorren y Jane y la de Bert y Karen, nuestros otros dos amigos más cercanos.

Y además está la familia Deer.

La madre de Fili y su padre, que también van a venir esta noche a cenar, no han dejado de llorar desde que vieron a su hijo en forma humana dos días después de que Fili y yo nos Emparejásemos (y una preocupada Natalie nos sacase a la fuerza de la casa en la que no podíamos parar de hacer el amor. De hecho, cuando nos encontró ni siquiera estábamos vestidos. No lo habíamos estado desde nuestro Emparejamiento. Y hay días en los que todavía soy incapaz de apartar mis manos de este increíble macho Cambiante).

Mirabelle, que así es como se llama mi suegra, sigue trayendo hombres y alguna que otra vez mujeres a nuestra casa o allí donde esté su hija Flora para «presentárselos», pero hasta ahora ninguno ha resultado ser su Predestinado.

Sorren y Jane, que hace ya tiempo que abrieron su Agencia de Emparejamiento Feral, tampoco han tenido suerte con lo que a nuestra manada Feral se refiere, aunque sí que han logrado Emparejar a varios otros Ferales y a un par de Cambiantes desesperados por encontrar a sus Predestinados, desde que empezaron a trabajar.

Pero ninguno perdemos la esperanza.

Estamos seguros de que es solo cuestión de tiempo y de paciencia.

Yo ya quiero a Flora como una hermana. La Cierva se hace de querer y el hecho de que yo ahora también sea una Cambiante de Ciervo y pueda más o menos comunicarme con ella cuando estoy en forma animal ayuda bastante a entenderla.

—¿Estamos listos? —Pregunto cerrando los ojos y aspirando el aroma de mi Compañero y su colonia masculina y deleitándome en sentirlo tan cerca de mí como hago siempre.

La pregunta no se refiere solo a la cena, y ambos lo sabemos.

Llevamos meses hablando sobre la adopción y estamos los dos nerviosos y excitados, pero decididos.

Siempre hemos querido una gran familia, y sentimos que empezar por una adopción, dada la

cantidad de niños y niñas que hay en el mundo que no tienen un hogar propio y que merecen una familia llena de amor, es la manera perfecta de hacerlo.

Fili deja la cuchara de madera con la que removía la comida y se gira hacia mí dentro de mis brazos sin dejar de sonreír.

—Estoy listo. —Dice inclinándose hasta apoyar su frente contra la mía y besar mis labios con suavidad.

El timbre suena y escucho la voz de Ewan quejándose del frío y de la nieve que está empezando a caer tiñéndolo todo de blanco, y le devuelvo la sonrisa a mi marido llena de esperanza y de nervios y de alegría.

La magia de Navidad existe, y yo he encontrado mi milagro.

Y no podría estar más agradecida o feliz por ello.



Sobre la autora

Marta Guinart, autora de *El renacer de Olivia Carter* y *LOBA*, entre otros, escribe sus novelas de romance paranormal y erótico bajo el seudónimo T. N. Hawke tanto en inglés como en español.

Nació en Valencia, España, en 1988, y se graduó en la carrera de Pedagogía en la Universitat de València hace unos años.

En la actualidad, combina su trabajo como cuidadora de persona dependiente con la escritura, y espera poder vivir de sus libros algún día y dedicarse plenamente a ello.

Otros libros que ha publicado son:

Paranormales y eróticos

Bajo el pseudónimo **T. N. Hawke**

- *LOBA (Saga Vengadoras I)*
- *Romances Eróticos Paranormales Vol. I*
- *SEIZE THE NIGHT (versión en Inglés)*
- *Reclamada por su Alfa (Los Lobos de Green Valley nº1)*
- *Seducida por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº2)*
- *Venerada por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº3)*
- *Amada por sus Lobos (Los Lobos de Green Valley nº 4)*
- *Adorada por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº 5)*
- *Reverenciada por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº 6)*
- *Navidad en Green Valley (Los Lobos de Green Valley Especial Navidad)*

Novela romántica contemporánea

Bajo el nombre **Marta Guinart**

- *El renacer de Olivia Carter*

Descubre más de esta autora en Amazon.

[amazon.com/author/tnhawke](https://www.amazon.com/author/tnhawke)

[amazon.com/author/martaguinart](https://www.amazon.com/author/martaguinart)

O dale a “seguir” en Amazon a su perfil para enterarte de las últimas novedades.

Encuéntrala en Instagram

@tnhawke

@deco_hogar_esp «-- Aquí está más activa.

Lee más sobre los hermanos Wolf y otros libros de la autora en Amazon y en Amazon Kindle Unlimited.

¡Gracias por leer!

*Happy
New Year* ★★